

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 7 - 13 febrero 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 271

**UNA INTERNACIONAL
CUYO NOMBRE
NO PUEDE DECIRSE**

**SUS PRINCIPALES
CENTROS DE
ACCION AL
DESCUBIERTO**



**GRAN PARTE
DE SUS MIEMBROS AL
SERVICIO DEL COMUNISMO
Y LA MASONERIA**

UNA INTERNACIONAL CUYO NOMBRE NO PUEDE DECIRSE

EL discurso de lord Samuel, jefe del partido liberal británico, ha puesto de triste actualidad el problema del homosexualismo en Inglaterra. Hace sólo unas semanas, en el número 267 de EL ESPAÑOL, nos referimos al escándalo motivado, en plena Cámara de los Lores, ante la lectura de unas estadísticas de pervertidos sexuales en la Gran Bretaña, y no deja de ser significativo el hecho de que un viejo lord tenga que levantarse para acusar a su propio país comparando, insólitamente, la vieja Inglaterra con las todavía más viejas ciudades quemadas de Sodoma y Gomorra.

Pero, pese a la gran polvareda que ha levantado, no puede considerarse aisladamente ese escándalo de la Cámara Alta inglesa, sino que es preciso relacionarlo con otros muchos revuelos ocurridos recientemente en la Prensa de Europa y América.

En la Prensa sueca, especialmente en los diarios «Aftenbladet», «Expressen» y «Dagens Nyheter», leemos fuertes diatribas contra los grupos de homosexuales y lesbianas que han sido sorprendidos en las bacanales públicas del parque Berzelius, uno de los más frondosos de Estocolmo. Y la Policía sueca anda ahora a la caza de estos pervertidos por los bares más elegantes de la supercivilizada Estocolmo, mientras revistas «anaturalistas» de aquella capital publican títulos tan sensacionales como los de «Amor sin mujeres!», con gran profusión de datos y fotografías.

DE LA CUEVA EXISTENCIAL A LAS ALTAS ESFERAS

Y cuando esto ocurre sigue su curso el uranismo elegante de «Piccadilly Circus» y el socialmente bajo del barrio londinense de Soho. Los existencialistas del «Quartier Latin», ahora en decadencia, siguen con sus pálidas posturas de «rats» en las cuevas nocturnas, y la elegancia equívoca ronda las mesas del café «Ron Point», en los Campos Eliseos, pasea por la avenida de Jorge V o espera a la puerta elegante del cabaret Lido.

En los barrios portuarios de Hamburgo, de Amberes, por el Gran Bulevar de Bruselas, por el Lungomare del «belli Nápoli», a hurtadillas de la «Célere» de la ronda nocturna por los jardines de Roma, por las desniveladas y bellas calles de Génova, por los «vicos» que huelen a puerto y a taberna, callejuelas de ropa tendida y por las grandes avenidas aristocráticas se puede presenciar



Un juez anota las clasificaciones de cada uno de los aspirantes al título de «Mr. Inglaterra», que para ello es necesario presentarse de esta manera

el paso de seres tarados en mayor o menor grado.

De un tiempo a esta parte, los escándalos se suceden en varios países de Europa y América. Desde el descubrimiento de un club aristocrático en los alrededores de Estoril; una sociedad muy bien organizada en Copenhague, con sus servicios asistenciales, sus médicos y abogados, círculos de ampliación de estudios y biblioteca «higiénica»; el escándalo de la justificada expulsión de unos funcionarios de la Administración Central norteamericana, o la polémica jurídica sobre la propuesta presentada por dos íntimos amigos suecos sobre el derecho de herencia entre «esposos» del mismo sexo, hasta el sensacionalismo con que se ha presentado el caso del barón Montagu, acusado, ahora por segunda vez, de haber perdido su varonía, parece como si en el mundo se hubiese desencadenado una cleada de lo peor y más pestilente de las inmoralidades.

INQUIETUD DE LOS GOBIERNOS Y CAMPAÑAS DE PRENSA

No es extraño que, ante esta realidad, se hayan desencadenado fuertes protestas de Prensa pidiendo la modernización de las leyes de moral pública, algunas de las cuales, como ocurre con la

británica, se consideran completamente anticuadas.

Cada uno de los Gobiernos procura levantar una barrera en defensa de la moralidad pública: la ley Merlin, en Italia; las disposiciones legales sobre costumbres públicas, en Francia; Estados Unidos, Alemania, Estados escandinavos... se encaminan a la protección a que tiene derecho todo ciudadano; pero esas leyes se consideran insuficientes por muchos órganos de opinión, y de ahí las protestas y las campañas periodísticas para que se tomen medidas más rigurosas, especialmente en lo que se refiere al abominable vicio.

Algunos periódicos se han expresado recientemente en términos tan enérgicos que provocaron hasta una sorprendente reacción entre los que creen que no se puede tratar de esta manera a los que «no son más que enfermos». Ni que decir tiene que nosotros no nos contamos entre los que le procuran echar tierra o encubrir el asunto ése, que si alguna tierra merece es la que lo pudiese ahogar para siempre, haciendo imposible su rebrote. Tenemos a la vista una carta al editor de «The Times» en la que se lee una comunicación firmada colectivamente por seis señores en la que éstos se quejan de los términos duros con que el diario se expresó sobre este tema. En esta carta



El maniquí masculino es una profesión que se está imponiendo en muchos países. Se necesita «buen gusto y una delicada exquisitez por las cosas»

el editor los firmantes dicen, en resumen, que mientras ese tipo de actos sean cometidos en privado, entre personas adultas, con mutuo consentimiento y sin escándalo, la sociedad no tiene por qué rasgarse las vestiduras ni motivo alguno de castigarlos con la pública vergüenza o la privación de la libertad.

Pero no merecen ningún tipo de consideraciones esa clase de perversos, sean lores, como Montagu de Beaulieu, en estos momentos acusado por segunda vez, descendiente de Carlos II de Inglaterra, o gentes que pertenecan a las clases más humildes.

GENTES SOMBRIAS EN LA «CIUDAD DE LA LUZ»

A la doble campaña del «Kinsey report» han sucedido esas polémicas parlamentarias, judiciales y de Prensa. Y ahora, últimamente, con el año nuevo de 1954, los medios literarios de la capital de Francia andan envueltos en una discusión sobre la exactitud de los datos que se apuntan en un libro científico de escándalo titulado «Psicoanálisis de París», en el que abundan las referencias y estudios estadísticos sobre los

También en Rangún... Si de Oriente vienen vientos de inmundicias, de allí las agencias difunden los nuevos guapos 1954, o dicho correctamente, «Mrs. Birmania»

«mauvais garçons» de la pedrería parisina. Pero quien no crea cuanto dice este libro, que se de una vuelta por las «caves» existencialistas del barrio Latino, que asista a las alegres representaciones de cabarets como el de «Ma-

dame Arthur», que ande al atardecer por los bosques de Boulogne o de Vincennes y, si todavía no está bien informado, que penetre a fondo en el tipo de «flirt» que tiene lugar en ciertos establecimientos tolerados de Montmartre o Montparnase.

Los grandes núcleos urbanos, como París y Londres, ofrecen muchas oportunidades a esta clase de perversos. En las grandes ciudades existen tabernas, cabarets, restaurantes, casas de baños... con esta ralea.

No cabe duda de que están en esta misma línea muchos de los decadentes «zazous» parisienses, esos muchachos de cabello largo hasta el cuello, sobre la frente y las sienas, con zapatos de golf, pantalones exagerados, a menudo completamente negros y remangados hasta media pantorrilla, una camiseta de vivos colores de cuello alto y estrecho, un suéter negro o una chaqueta muy larga, casi siempre de terciopelo. Esos muchachos del «boulevard Saint Michael», que pasan su palidez lánguida por el populoso «Bul-Mich». Los bellos «mignons» parisienses del existencialista en bancarrota.

Respecto a esto, hay que decir también que el «Comune», de Nápoles, protestó, justamente y a su debido tiempo, contra la calumnia de que en los primeros momentos de la ocupación de la ciudad por unos heterogéneos ejércitos aliados se llegase a ser puestos en alquiler chiquillos de las clases más hambrientas para que se satisficiera así la aberrante lujuria de algún que otro «goumier» nórdicoafricano.

En estos grupos, el desarrollo de un complicado «argot» sirve, a veces, de defensa de los grupos contaminados contra el resto de la sociedad. Ninguna de esas organizaciones de la ciudad es conocida en las zonas rurales, por lo que esta circunstancia ayuda a que la homosexualidad crezca a una frecuencia notablemente menor entre los campesinos de esos países.

Pero remontémonos de lo par-



Pág. 3.—EL ESPAÑOL

ticular a lo general y vayamos al «Kinsey report». El Informe Kinsey, realizado sobre las preguntas a doce mil ciudadanos, no puede darnos, como en el mismo se dice, datos de absoluta certeza, aunque constituye un gran trabajo de investigación realizado a voleo entre hombres pertenecientes a los más diversos estamentos sociales y las más distintas profesiones y actividades. El «Kinsey report» nos informa que de los trabajos de colaboración e informaciones recibidas de distintos países se desprende que los pueblos latinos son los que dan el índice de más baja frecuencia en lo que respecta a la homosexualidad masculina.

En general, son los grupos de países que gozan de una vida más muelle y decadente los que dan el mayor porcentaje de afectados. Los países del norte de Europa tienen ahí una cada vez más agudo problema.

UN INFORME MUY EXAGERADO

El Informe Kinsey hace un estudio de la raza blanca, aunque lo da con las reservas de algo que no es exacto y que, particularmente, a nosotros nos parece exagerado en sus cifras.

No somos tan pesimistas como el señor Kinsey sobre la moralidad sexual de la raza blanca. Pero no existen, como antes se indicó, estadísticas internacionales absolutamente exactas, así como no se ha creado un organismo que, desde el plano internacional, estudie directamente este problema.

La organización internacional de los homosexuales es muy probable que siga actuando en la sombra como hasta ahora. La misma naturaleza del espíritu de sus componentes les inclina a la cautela en todos sus actos y a actuar siempre como una especie de masonería de la perversión. Los signos de identificación existen, la ayuda mutua se practica de una manera eficaz. Se escalan puestos elevados y de responsabilidad tanto en el dominio del poder como en el del dinero, en un auxilio mutuo que en las pequeñas organizaciones locales, a veces, rompe la explosión de celos que motivan quienes tienen la obsesión del cambio, que acarrea entre ellos innumerables sinsabores, rifas amorosas, «chantajes», incidentes con la Policía y con las personas normales que les rodean. Ya que sus relaciones, alternadas frecuentemente con rifas terribles, se asemejan mucho a las amistades rivales y solapadas de las mujeres entre sí.

OBSESION PARA CIERTA LITERATURA ACTUAL

Nunca como ahora habían estado tan bien organizados y con tantas conexiones en el ámbito internacional. La facilidad de las comunicaciones y su rapidez ha operado este fenómeno, desconocido hasta ahora, de que se unieran en el plano supernacional los com-

ponentes de esa despreciable facción de la humanidad que hasta ahora estuvo desconectada entre sí con sus pequeñas organizaciones locales, que hoy día parece que están bien foderadas.

También es cierto que en ningún tiempo la literatura estuvo tan obsesionada por este tema ni nunca en años anteriores la Prensa se lanzó, respecto a eso, a campañas tan escandalizadas. En el montón de periódicos que tenemos encima de la mesa hay diarios de muchos países y de muy diversas tendencias ideológicas.

En la capital de Francia, como dijimos, acaba de aparecer un libro de escándalo titulado «Psicoanálisis de París», una obra que tiene una intención científica, al menos aparente, y que ha suscitado ya una polémica bastante fuerte, parecida a las que promovieron las escandalosas obras de A. Gide, que en su última época se hizo un descarado defensor de la homosexualidad. Los explotadores de este tema literario parecen ser cada vez más numerosos y de año en año es más larga la lista de nombres de escritores, algunos de los cuales tratan este asunto del todo desinteresadamente. H. Proust, P. Marguerite, A. Hermant, Binet-Valmer, Lang, Oscar Wilde, F. de Micmandre, F. Perché, Curzio Malaparte, etcétera, etcétera..., pueden estar «satisfechos» de haber abierto brecha a sus numerosos seguidores, que se lanzan a ser voceros de una cuestión para la cual la humanidad, hasta ahora, tuvo vergüenza de hablar descaradamente.

Es cierto que éste es uno de los mayores temas de escándalo que a un escritor pueden ofrecérselo, pero también es verdad que a un hombre normal le produce tal asunto, aunque sea novelado, un malestar indefinible, una enorme repugnancia. Un hombre nor-

mal y de formación estética, con una buena predisposición para lo bello, no puede deleitarse fácilmente en contemplar ese desvío del gusto hacia algo abominable y tarado, que parece estar fuera del plan armónico de la vida.

Mientras eran tratadistas que estudiaban el problema por interés científico, nada había que decir, pero no es por afán de ciencia el que se lancen algunas novelas por el despeñadero vidrioso de esas historias y leyendas. Ello indica que la internacional pederasta existe y eso son síntomas de que se lanza incluso a una velada propaganda. La homosexualidad parece amenazar el mundo ayudada por la neurosis general de la vida moderna en las grandes ciudades.

CONTACTO INTERNACIONAL Y UNIDAD SECRETA PARA LOS FINES

Se trata de un viejo problema, pero que ofrece ahora la novedad de que se haya llegado a su organización supranacional. Lo grave de estos días es que alguien parece haber lanzado una consigna muy parecida al grito de «Pederastas de todo el mundo, uníos», y que esa consigna se haya cumplido por encima de las fronteras y de las divisiones políticas que separan a los grupos de potencias. Se han descubierto signos cabalísticos, señales de identificación, reglamentos, órdenes y consignas de la internacional pederasta, que se mueve ambiciosamente, por lo que, digan lo que quieran sus secretos directores, no es un organismo totalmente apolítico. No olvidemos que el hombre es, por definición, un animal político, y



Como el hombre no tiene tiempo para la elección de sus trajes, una casa parisina prepara a sus modelos para exhibir las últimas novedades de temporada

aunque los pederastas no sean hombres, en toda la extensión de la palabra, sí son hábiles y sinuosos políticos.

Son evidentes los contactos del alto grupo de los invertidos y la homosexualidad proletaria, que se revelan, cada día más, impudicamente descubiertos como un reto a las buenas costumbres, a los «prejuicios», a las reglas, a las leyes morales que generalmente los invertidos de las clases altas, frente a los profanos, y especialmente frente a los profanos de las clases humildes, fingen, con celosa hipocresía, respetar.

De esta tendencia morbosa por los harapos del vestido y las más turbias flaquezas de la carne nace una contaminación que no sólo es de naturaleza social, en cuanto al modo, sino también, y por encima de todo, en cuanto a las ideas, o mejor dicho, en cuanto a las actitudes intelectuales.

Esa internacional ofrece un cauce y un caldo bastante favorable a los manejos marxistas. No olvidemos que muchos llaman comunismo al prescindir total de los «prejuicios burgueses» que el freno religioso ha establecido también alrededor de todas las perversiones y abusos de la sensualidad. Muchos llaman comunismo a su rotura con la «moral burguesa» y dicen ser «enemigos du capitalisme» cuando no pasan de ser «enemigos de la naturaleza».

De la misma manera que el comunismo aprovecha la miseria y el hambre para sus fines, también la parte más encumbrada y rica de la pederastia mundial busca el hacinamiento de los miserables y los hambrientos para el comercio de la carne. No hay que olvidar los episodios ocurridos en algunas ciudades asoladas por la segunda guerra mundial y junto a los montones de personas que quedaron desplazadas, hambrientas y muchas veces sin trabajo a causa de ella.

El marxismo, a veces, se toma como pretexto para justificar la libertad y el libertinaje de las costumbres, y de ahí al cruce de la frontera del equívoco sexual no hay más que un paso. Y esa reacción contra los «prejuicios» está bien aprovechada y conducida de lejos por alguna mente fría y cínica, interesada en disolver la trama social para preparar aquello que tantos espíritus débiles saludan como la gran revolución de nuestra edad moderna.

Si este caldo está bien preparado para el marxismo también lo está para la fuerza oculta de la masonería internacional, siempre dispuesta a no desaprovechar las bazas que se le ofrecen bien encubiertas con otros fines, aunque éstos sean tan extraños a la naturaleza como el que nos ocupa.



De París vienen las modas, los perfumes, los «rorros» y también, ¡ay, cómo no!, la influencia que de sus centros y cuevas de diversión producen efectos de quintaesenciada decadencia y descomposición; de un mundo vertiginoso y fatídico para la civilización y que a su amparo se esconden turbios manejos al servicio del comunismo y la masonería

Nos parece que es de apremio e interés mundial el desarticular la fuerza de esa internacional, para la que no existe ningún «telón de acero» que divida el territorio bajo su jurisdicción y mando.

Algunos dicen que, procedente de Persia, fué introducido, desde antiguo, en Europa una especie de ceremonia, que la alta escuela de los pervertidos guarda casi como un «rito»; eso que es algo tan abominable.

Pero lo cierto es que la Policía de alguna ciudad ha sorprendido extrañas reuniones, en las que se fingen bautizos o partos a cargo de sónicos repulsivos, en ceremonias como la «figliata», que describe un novelista contemporáneo.

El poder de esa internacional es muy grande, y puede serlo inmenso en el caso de que se adhieran a ella grandes masas de los individuos de contextura amorfa y de temperamento sinuoso, servil, adulador y traicionero. Todos esos hombres incapaces de la noble agresividad que practica la acción directa. Los que no manifiestan nunca al exterior la más pequeña rebeldía. Los simpáticos traidores, los dulcísimos malhechores, los delicados temperamentales, los agre-



sos solapados..., entonces sí que la internacional pederasta, con todos sus aliados, pondrá en verdadero peligro la existencia de los hombres moral y físicamente íntegros, a menos que éstos se den cuenta a tiempo de la gran maniobra y, con la energía viril que les ha dado la Naturaleza, organicen una rápida y eficaz defensa contra la internacional de la contranatura.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JUAN LOPEZ LOPEZ

CADA pedazo de la sociedad española vive en simbiosis con los otros pedazos sociales de España, transmitiéndose entre sí el plasma sanguíneo y la unanimidad espiritual, que sintetiza, concentra y representa el Estado. Este Estado que no es un solo español, a la manera solar de aquel Rey, eje del sistema; pero tampoco es el enemigo de los españoles, al modo libertario de quienes ponen en su gana la evasión del forajido, fuera de la ley y fuera del arrepentimiento. La contrición es que nos comunique Dios con su amor y con el amor del prójimo, y donde hay prójimo socialmente, en su proximidad están la Iglesia y el Estado. La seguridad social está asegurada por el Estado mediante la ejecución administrativa de las obras de misericordia, mediante la previsión que abre hacia el porvenir los ojos como el ojo de la Providencia, mediante el orden pacífico y armónico por el que veían estatalmente los guardias, seguridad colectiva que colabora con el Santo Angel de la Guarda de cada uno. Esta paz social y este equilibrio entre las partes y el todo, con mutua comunicación e interdependencia, han salido de una Cruzada, antes de la cual el Estado monárquico se había indispuerto con sus súbditos, aniquilando a sus defensores (éste es el caso del general Primo de Rivera), mientras que el Estado republicano fué la última metamorfosis del Estado monárquico, la postrera señal de su decrepitud, que no salvaguardaba vidas y haciendas y ni siquiera la unidad y la independencia nacionales. Así durante la Dictadura, cuando se impone a la Monarquía de las Juntas de Defensa, del pistolero de la C. N. T., del desastre en Marruecos, de los cantones de la Universidad, de la almoneda peninsular, de la aristocracia extranjerizante, de la burguesía amenada y del pueblo entre la anarquía y el marxismo, cuando se le impone un aparato ortopédico para meter la quebrancía dentro de una faja militar y patriótica, la Monarquía se sale de madre y de padre en nombre de los insurrectos, de la venganza sindical, de los encartados por el general Picasso, de los caudatarios de la Institución Libre de Enseñanza (no me olviden que la Institución y la Constitución son del año 1876), de la finanza internacional, de los nobles infieles a su casta, de los burgueses traidores a su clase y a su ciudad, del país proletarizado y des cristianizado... y entonces inspira y autoriza la Dictadura en 1930.

En los alrededores de esa fecha ha comenzado la refriega entre los estudiantes y los guardias; porque ni los estudiantes eran estudiantes, ni el Estado monárquico amparaba a sus custodios, ya que estaba haciendo trizas, astillas, fragmentos irrecorrilables e insolidarios a la sociedad de los españoles y preparando su traspaso a través del Campo del Moro. ¡Qué cercanía y qué casualidad entre los puertos de Cartagena y Alicante, por donde se fué el Monarca y por donde pretendió escapar el detritus del Estado republicano en la macabra y cobarde desbandada del Frente Popular vencido bélicamente! Los estudiantes, hasta la degeneración del Trono, habían estudiado más o menos, pero como hijos de familia no habían sacado los pies del plato doméstico. Sus huelgas eran juergas para

pedir las vacaciones anticipadas e irse a casa para reanudar la coexistencia hogareña en las festividades cristianas. Los guardias eran algo deliciosamente popular y querido, aunque sin demasiado prestigio, pero sin mengua de su función. Eran los guindillas en medio de las verduleras, los que dan la vuelta a la manzana en el escenario de «La Gran Vía», los que aparecen en «La casa de la Troya», en un Santiago de Compostela sin Año Santos, son los decorativos «romanones», con más apostura, pero menos picardía que el conde, bajo cuyo mandato fueron organizados y uniformados. La sociedad era pobre, sencilla y blanda y el Estado podía permitir ese andar en zapatillas, que algunas veces eran de abrigo. Pero, a partir de la revolución rusa (no me olviden que la revolución rusa de febrero, la Asamblea de parlamentarios y la huelga revolucionaria en el agosto español, movidas las tres cosas por ingleses y franceses, son del año 1917), el mundo no estaba para bromas y la desintegración de España iba a venir, aprovechándose de la atonía del Estado monárquico. Frente al dictador se alzaban los estudiantes, que empujaban Francia e Inglaterra para instaurar la República checoslovaca que faltaba en Europa, el ensayo final de Alejandro Kerenski en España. Los estudiantes, engañados y abandonados por el Estado monárquico, se quedaron en la calle, a la intemperie, esperando que los recogiera el S. E. U., que no era el agente de ningún Gibraltar ni de ningún colonialismo galo. Los guardias de Seguridad, idílicos, inofensivos, inocentes, fueron retirados por la República checoslovaca del 14 de abril y sustituidos por los guardias de Asalto, que nunca fueron el exponente de un Estado español, sino del miedo de los sucesores de la Monarquía a que la nación, que permanecía en la calle, tirada en el arroyo, asaltara sus sincuras.

Desde el 13 de Julio, el S. E. U., que era toda la juventud nacional, se hizo combatiente en todos los frentes de guerra, donde fraternizó con cuantos habían de integrar luego la Policía Armada, la defensa de nuestra patria, de nuestra Revolución española, de los pedazos en simbiosis de España. Estudiantes y guardias son ambos militantes, ex combatientes de una lucha contra las Brigadas Internacionales, el Estado Mayor francés en el Ebro y los barcos y cónsules con bandera de la Unión Jack entrometiéndose donde no les importaba o les importaba excesivamente. Los estudiantes y los guardias ya no son asunto de salnete, como antaño, ni una antinomia, ni una incógnita que hay que despejar a tiros. Ambos son fuerzas respetables y cada una tiene su cometido, aunque los dos coincidan en la necesidad histórica, irrenunciable, patética y fatal de la reivindicación de Gibraltar. Entre Gibraltar y nosotros no existe ningún «telón de acero», pero no consentimos, señor don Juan López López, que echen ustedes por el medio una cortina de humo. Los estudiantes del S. E. U. cumplieron con su deber y la Policía Armada cumplió con el suyo. La demasia o el exceso de celo es culpa de los agentes provocadores, de los agentes británicos. Ahora bien, señor don Juan López López, estoy convencido de que usted no lo es.

ASEGURESE USTED

EL ESPAÑOL

UN ALIMENTO
ESPECIFICO
DEL CEREBRO



El desgaste de la vida moderna
halla un remedio compensador: el

ACIDO GLUTAMICO

Hasta ahora no existía un remedio cerebral específico. Todos los conocidos actúan sobre el cerebro de modo indirecto; el ACIDO GLUTAMICO es el único metabolizado directamente por éste

De ahí un preparado cuya base es este producto, y que además lleva dos componentes, como el FOSFORO y la VITAMINA B, que complementan la acción del primero.



FOSGLUTÉN

RECONSTITUYENTE CEREBRAL

INSTITUTO TERAPEUTICO, S.A. - MADRID

EN una reunión de periodistas celebrada en París, el doctor Candau, director general de la Organización Mundial de la Salud, ha declarado que el 40 por 100 de las camas de los hospitales existentes en el mundo, están ocupadas por enfermos mentales. Se trata, pues, de una cifra alarmante. Una cifra que permite toda clase de divagaciones sobre la angustia y el malestar moral y psicológico de nuestra época.

Una revista francesa, «La France Catholique», comentando las declaraciones del doctor Candau, señala que las causas que producen la gran cantidad de perturbados mentales, son el alcoholismo, la sobreexcitación sexual y la agitación de la moderna vida en las grandes ciudades. El número de enfermos mentales de origen alcohólico, dice la citada revista, aumenta considerablemente en los hospitales y sanatorios de Francia.

No pretendemos rectificar las opiniones de «La France Catholique». En la misma revista leemos que un médico famoso, director de un gran hospital parisiense, contestó a una enferma que se quejaba de no poder dormir: «más de la mitad de ciudadanos franceses se encuentran en el caso de usted». Creemos, empero, que esa proliferación de insomnios y de enfermos mentales no ha de tener necesariamente su única causa en los excesos señalados por la revista que comentamos.

En definitiva, podemos sospechar que el alcoholismo, la sobreexcitación sexual, el anhelo de vivir en una constante distracción—cine, teatro, televisión, radio, etcétera—no manifiesta otra cosa que una necesidad de evasión del hombre moderno. La causa última de las enfermedades mentales que sufren los hombres de nuestra época, reside seguramente en la incapacidad para resistir a la dispersión y a la vida sin intimidad. La sabiduría filosófica nos ha venido enseñando, como una definición constante, que la personalidad es siempre una victoria sobre la multiplicidad de nuestras tendencias. La personalidad se obtiene cuando no solamente resistimos a las tendencias externas que nos invitan a la difusión, sino cuando sabemos encauzar y ordenar las tendencias interiores que quieren manifestarse a la vez por un abanico de caminos diferentes.

En tal sentido, creemos que los gobiernos de los países afectados por esa cantidad tan considerable de enfermos mentales podrán combatir el alcoholismo—deben hacerlo—, descongestionar las grandes ciudades—sería una buena medida—, evitar los estímulos

que llevan a los ciudadanos a una constante sobreexcitación sexual, pero la causa profunda, la necesidad de dispersión continuará subsistiendo. Para curar al enfermo no es necesario tan sólo atacar y combatir la fiebre, sino acudir a las causas que provocan esa fiebre.

El hombre puso su fe en el progreso material, en el dinero, en el amor humano, en el placer, y de pronto se ha dado cuenta que todas esas cosas son parciales, limitadas, insuficientes. Creemos que la sensación de soledad que se experimenta entre todas esas cosas, que actualmente ocupan un volumen tan considerable en nuestra vida pública y particular, es causa de numerosas neurastenias. Un médico barcelonés, psiquiatra, hombre práctico y de experiencia, nos decía que la angustia es un fenómeno de desconfianza y de aislamiento. Viven agobiados por la angustia aquellas personas que no saben en quien confiar. Este fenómeno de soledad, de desengaño, de pesimismo, es seguramente el sustrato real que impulsa el alcoholismo, las aberraciones sexuales y otros excesos señalados por «La France Catholique».

Somos por lo tanto causantes, cada uno de nosotros, de las enfermedades mentales de los demás. Somos quienes con nuestra falta de caridad, de sentido humano, con un moralismo a veces inmisericorde, lanzamos a tantos

semejantes nosotros a la locura. No obstante, es curioso constatar cómo las estadísticas españolas quedan muy por debajo de este 40 por 100 de enfermos mentales que señalaba el doctor Candau. Se dirá que nuestro país no sufrió la última guerra mundial. Pero también hemos tenido nuestra guerra, y muy dolorosa por cierto, porque luchábamos frente a otros españoles. Pero luego se ha creado en nuestro país una realidad administrativa y social a la medida del hombre español. Ni el delincuente, en España, puede sentirse aislado. Numerosas son las organizaciones

que acuden en su ayuda. El Patronato de Nuestra Señora de la Merced y otras muchas instituciones del Estado y de la Iglesia se ocupan de esos españoles en la desgracia de unas vidas opuestas al Código Penal.

También el hombre corriente, el hombre de la calle, tiene en nuestro país recursos múltiples, instituciones y personas, que no le cierran la puerta a la esperanza. En las pequeñas localidades, el régimen de amistad, de compañerismo o si se quiere de compadrazgo, atenúa siempre el rigor de la ley, sea esta fiscal, civil o penal. Asimismo en las capitalidades españolas, todos nos encontramos con el amigo en la hora justa en que sufrimos apretados contra los barrotes del lecho del dolor, o bien estamos contra la pared apuntados por el revólver de una grave sanción económica de un grave quebranto familiar. Esa democracia cristiana práctica que es España, obra espontánea de la sociedad, fomentada siempre por la Iglesia y favorecida también por el Estado, explica en parte, por qué en nuestro país, las enfermedades mentales continúan siendo una excepción. He aquí por qué creemos que junto a los extraños ritos de los actuales métodos del psiquiatra para los casos individuales, un sentido menos técnico, más cristiano y humano de la vida, puede prevenir y evitar en lo colectivo, el moderno auge mundial de la locura.

Claudio COLOMER MARQUES

MAÑANA SERA OTRO DIA

A la hora de escribir este segundo artículo, se han producido nuevos comentarios en torno al drama «Cuarto de estar», desde el punto de vista de sus valores católicos. El del señor Gómez Picazo, en «Madrid», del 27 de enero, es, a nuestro entender, tan significativo como descaminado: se propone hablar de qué cosa sea teatro católico para ello se apoya en el concepto de «moraleja» teatro católico será aquel del que se deduzca una moraleja clara, evidente, sobre la que no quepa ninguna duda ni de pie e interpretaciones erróneas.

Resbaladizo asunto el de la «moraleja» de las obras literarias. Sobre cual sea la moraleja del «Quijote» se han escrito muchísimos quilómetros cuadrados de papel, y sigue siendo improbable que reunidos tres lectores del libro, coincidan en atribuir los tres la misma moraleja clara y evidente. Por lo común, la claridad y evidencia de la moraleja está en razón inversa del valor de la obra: así, las moralejas sumamente claras y ridículas son las del «Juanito». De otra parte, la moraleja que el lector extrae nada tiene que ver—en ocasiones tan señaladas como el «Werther», verbigracia—con la que el autor deseó. Considérese aún que el valor moral de la «moraleja» cambia con el tiempo histórico: escritos que en otra época fueron probados, son aconsejables hoy. Y así diríamos otras muchas cosas, si ello no nos distrajera de decir lo que más nos importa, a saber: que reducir la religión a la moral es empequeñecer la religión, aun ponerla en riesgo de que se la considere inútil, ya que una determinada moral sin religión es absolutamente factible. De hecho, la moral, como

NO HAY DECADENCIA ECONOMICA

EN sus editoriales, en artículos, ensayos y reportajes, ha venido ocupándose EL ESPAÑOL de las distintas facetas de la economía española. Y de las primeras muestras de su resurgimiento. Ahora, la revista de «Economía» acaba de lanzar un número monográfico, en el que bajo el título «Sobre la decadencia económica de España», se recogen trabajos dedicados a los aspectos más generales de nuestra problemática económica.

El resumen de este diagnóstico general revalidase estos días en un ciclo de conferencias en el Ateneo de Madrid.

Que, tomada la palabra decadencia a lo ancho o a lo largo, en lo que tiene de relativa o en lo que pudiera tener de permanente y sustancial, no existe decadencia económica en España. Existe, eso sí, desde la época de los Austrias, un cierto retraso en nuestro desarrollo económico, si lo comparamos con el de otros países del occidente europeo. Retraso provocado por factores de muy distinta índole: naturales, humanos y políticos.

Nadie ignora que la infraestructura económica de nuestra Patria (la disposición de nuestra accidentada orografía, la distinta fertilidad de nuestras tierras, la escasa pluviosidad de nuestro clima...) constituye, de hecho, y en comparación con la de otros países, un factor que nunca resultó favorable para nuestro desarrollo, una condición adversa con la que es necesario luchar lo mismo a la hora de tender un ferrocarril o abrir una carretera, que a la hora de ordenar racionalmente los cultivos de nuestras tierras. Tampoco el carácter individualista, la falta de constancia y el escaso sentido de la misión empresarial de nuestros hombres de otros tiempos han beneficiado a nuestra economía. Y hay que añadir, además, otro factor negativo general: la inadecuación de las formas políticas del siglo XIX y de principios del XX, a nuestro complejo económico nacional. Causas, todas ellas, que por sí mismas, y por sus derivaciones particulares, explican suficientemente nuestro retraso económico, pero que no constituyen, en ningún modo, una barrera insalvable que condene a nuestra economía a la decadencia.

En el fondo del ideario político que inspira la constitución y la gestión de gobierno del Nuevo

Estado español, está planteada sin atenuantes la situación real de nuestra economía en todas sus fases, en todas sus partes. Este claro planteamiento del problema nos sitúa ya a medio camino de la solución.

No se pueden compensar en tres lustros de buen gobierno las circunstancias adversas del suelo y clima de un país, ni se pueden enmendar errores históricos que cuentan su antigüedad por siglos. Pero la tarea está emprendida. Y avanzada. Las obras públicas, los regadíos, los planes de ordenación económica de las provincias, el aumento constante de las fuentes de energía eléctrica están modificando sustancialmente la infraestructura económica de España. La creación del Instituto Nacional de Industria, ha iniciado una trayectoria económica compensadora del monopolio hacia el que tienden algunas ramas industriales. Y la legislación española actual, en suma, va corrigiendo muchos defectos de nuestra conducta económica y social. La Organización Sindical, la institución de los Jurados de Empresa, las Escuelas de Formación Profesional, etc., abren una etapa nueva y distinta en las relaciones del capital y el trabajo. La renta nacional, aunque baja todavía, acusa en estos últimos años una tendencia alcista, de la que se derivará un notable aumento de nuestro nivel de vida.

En un sistema económico, por muy perfecta que sea la distribución de los bienes, no puede repartirse más que lo que realmente se produce. Para aumentar el consumo resulta imprescindible aumentar la producción. Para vivir mejor, elevar, con el esfuerzo de todos, la renta nacional. Pesa, pues, sobre todos nosotros—el empresario, el técnico, el obrero—la responsabilidad de sumarse, sin reservas, a la empresa de la recuperación económica de España, iniciada por el nuevo Estado. De sumarse, sin regatear esfuerzos ni consentir desmayos al ánimo, para compensar nuestro retraso económico. No nuestra decadencia, nuestra imposibilidad de llegar, que no existe, sino nuestra llegada posterior a la plena expansión de nuestras posibilidades económicas.

EL ESPAÑOL

“LIVING ROOM” (2)

su nombre indica, es «costumbre» o «costumbrística». Según lo cual, «moraleja» sería «costumbrecilla», hábito menor y banal, rutina.

Tengo para mí que no se puede llamar católico a nada que no sea «antes» religioso. No pasa así con los seres humanos—el niño recién bautizado es católico ya, aunque no es religioso todavía, ni tiene conciencia ni sentimiento ni conducta religiosas—, pero sí pasa así con las obras humanas. Un libro no es católico si no es religioso. Por ejemplo, una obra literaria dedicada a describir el comercio de plátanos y carente de toda otra intención y contenido, en la que casualmente aparezca un ateo que roba en el peso y un devoto que no engaña en la mercancía, será tan católica como si todo sucediera al revés, es decir, como si el devoto defraudase y el ateo cumpliera. Ofrézcase a tal moraleja o se ofrezca a la contraria, el libro no será católico, porque empieza por no ser religioso. No tiene nada de católica una obra de la cual se deduzca la buena suerte que tienen para los negocios los que van a misa, o lo afortunadas que son en sus matrimonios las cónicas que leen a Tihamer Toth, o la riqueza, paz, tranquilidad y buena ventura que aguardan a los educados en tal colegio, en contraposición con la quiebra, enfermedad, ruina y desastre que acechan a los que fueron educados por tales otros maestros. ¡He ahí las historias más cuajadas de gordas moralejas, he ahí las historias más desprovistas, sin embargo, de religiosidad!

Por contra, ¡qué asustantes moralejas pueden extraerse de algunos libros de la Biblia! Tanto,

que algunos los tuvo prohibidos la Iglesia para el uso del vulgo durante bastantes siglos; no ayudarían mucho a las buenas costumbres en algunos y la Iglesia hizo bien en prohibirlos, pero, ¿se les negará por eso su carácter religioso?

Otra prueba histórica de lo mismo son las obras bien cargadas y sobrecargadas de excelentes moralejas—«Corazón», de Edmundo de Amicis, es el ejemplar común—, que, sin embargo, son resueltamente ajenas y opuestas al cristianismo. Hay infinidad de libros morales, de discursos y argumentos morales, de razonamientos, de comedias, de obras científicas morales, puesto que dan buen ejemplo y buenos consejos y empujan a conducirse de una manera honesta y moral... sin que por eso dejen de ser irreligiosos y hasta «antirreligiosos».

En cambio, señor, ¿qué diablo de moraleja contiene un villancico de Lope de Vega; una lira de San Juan de la Cruz; una exclamación de Santa Teresa; un «auto» de pastores en el portal, de Valdivielso; un diálogo entre el amigo y el amado, de Ramón Lull? ¿Y quién negará que son obras religiosas y católicas, teatrales o no, aunque por su propia elevación no arrastren esa cola inferior rasertera y cartonácea que suele llamarse «moraleja»?

Pienso que era necesario tocar estos puntos para darse cuenta de qué la religión es mucho más que la moral para mostrar la endeblez de las moralejas, y para irse acercando a ver cómo «El cuarto de estar»—según escribió Carmen Laforet— es un drama, en primer lugar, profundamente religioso; paso ineludible para ser, como también lo es, en segundo lugar, «específicamente católico».

Seguiremos, Dios mediante, el próximo día.

Luis PONCE DE LEON

(Premio Nacional de Periodismo 1953)



El Ministro de Agricultura acompañando a Su Excelencia el Jefe del Estado en una cacería

“Mi experiencia de labrador la he llevado íntegramente Departamento

rebaños que bajan de la aristocrática Castellana, acogiéndose a las franquicias de La Mesta.

Subimos por la doble escalinata del Ministerio, mientras nuestra mano acaricia insensiblemente los mármoles de la balaustrada. Es un placer que el hombre moderno, aplastado por el hormigón armado, se puede permitir en muy raras ocasiones. Salvado el último escalón tomamos la galería de la derecha, a lo largo de la cual se alinean, a uno y otro lado, los retratos de los hombres que han regido los destinos del Ministerio desde su creación. Los hay con imponentes uniformes recargados de oro y grandes cruces; no falta el democrático traje civil, y tampoco está ausente, en este desfile del tiempo aprisionado en estampas al óleo por los pinceles de los artistas la camisa azul que lleva, por ejemplo: Raimundo Fernández-Cuesta. Faltan tres retratos—otras tantas camias azules—para completar la galería de Ministros: Miguel Primo de Rivera, Carlos Rein y Rafael Cavestany.

Estamos sentados ya ante la mesa de trabajo del Ministro. No hay muchos papeles encima de la mesa, que nos da una cabal sensación de orden y nos produce la impresión de que los asuntos no tienen aquí posibilidad alguna de hacerse viejos ni de ahogarse en un mar de papeleo.

Rafael Cavestany es un técnico que lleva las riendas de un Departamento donde priva la técnica. Pero no hay que ser un lince para descubrir en el ingeniero agrónomo Rafael Cavestany una intensa pasión política que a veces le desborda incontenible. El Ministro tiene exactamente cincuenta y un años, peinada algunas canas, es de estatura media, posee el color sano y la fuerte complexión del hombre que no abandona jamás el contacto con la naturaleza, y habla y gestícula dejando traslucir un fuerte temperamento. Sus ojos miran fijamente a su interlocutor, y a veces parece que se quedan suspensos por un instante, como si mirasen hacia adentro. Rafael Cavestany es enérgico y ama la

ESTA entrevista comienza en el paseo de Atocha, pasa más tarde por la calle de Lista y termina en plena meseta de Castilla, en tierras de Valladolid. No es que hayamos buscado de propósito descomponer la personalidad de don Rafael Cavestany y de Anduaga en sus tres facetas—Ministro, ciudadano y labrador—para ofrecer tres versiones distintas de su perfil humano. La teoría de los vasos comunicantes se cumple aquí de una manera inexorable: el labrador influye sobre el hombre de la ciudad y éste sobre el político. No existen, pues, aspectos parciales equivalentes a compartimentos estancos de la personalidad. El hombre es la única pieza—maciza por cierto—de este pequeño laberinto que el cronista ha organizado al intentar proyectar la luz periodística de la entrevista sobre un prisma humano. Obediente a la ley física, la luz se ha descompuesto en tres bandas que nos dan la clave fundamental de Rafael Cavestany político, ciudadano y campesino.

El Ministerio de Agricultura linda con el Jardín Botánico, el Retiro y la estación del Mediodía, y desde sus ventanas puede respirarse el aire purificado del vecino bosque municipal y la brisa embalsamada que asciende desde la floresta del Botánico: especie de culta latiniparla, que rechaza

a los niños por temor a sus anticientíficas travesuras, y no huye de la polilla del ferial de la cuesta de Moyano.

A las siete y media de la tarde atravesamos la glorieta de Atocha, humedecida por el aliento rural de las masas verdes circunvecinas. La glorieta tiene a esta hora un aire de zoco chico, común a muchas otras plazas de Madrid. No falta el puesto de churros, ni el tenderete de patatas fritas, ni la barraca del pim-pam-pum. El charlatán de las plumas estilográficas o de las hojas de afeitar o de la barrita quitamanchas, atrapa la modesta peseta de los últimos «primos» de la jornada y se larga frotándose las manos ateridas con el male-tin debido del br. zo. La estación del Mediodía suministra a este paraje de la ciudad un público «flotante», que atisba los dorados medallones de merluza frita, el pollo en pepitoria y la blanca rosa de la coliflor en los escaparates de las tabernas próximas, donde nunca falta un mozo de cuerda con su gorrilla de pequeña visera charolada y su blusón campesino. Las gentes que vienen a Madrid desde el campo de La Mancha o Andalucía, o desde las vegas de Murcia o Valencia, entran a la ciudad por la ancha puerta de Atocha, a dos pasos del Ministerio de Agricultura, situado a orillas de un camino de cañada que, de vez en cuando, ve hollada su estampa municipal por

OL...TENE DOS EJES FUNDAMENTALES: AGUA Y BOSQUES



Rafael Cavestany ha sido un «pionero» de la explotación forestal de la Guinea española. Aquí vemos al entonces joven ingeniero en dos momentos de su vida en el Africa occidental. Arrancando a la selva su riqueza pasó el hoy Ministro de Agricultura seis años de su existencia

Conversación en tres actos con el Ministro de Agricultura, don Rafael Cavestany

verdad. En más de una ocasión le hemos oído decir que en su vida habrán aciertos y errores, pero que jamás engaños. Discutimos pues, por el camino de la sinceridad.

Estamos ahora en el instante mismo en que se cumple la séptima hora de trabajo en la jornada cotidiana de diez que el Ministro consagra a las tareas de su cargo. Quizá por eso Rafael Cavestany encuentra en su conversación con el periodista una laguna placentera y aspira con fruición el humo de su cigarrillo negro. A mi espalda, un tapiz nos da la estampa grata y bucólica de una escena campesina que ahora recuerdo vagamente.

—Soy hombre detallista —me dice el Ministro— que no me contento con la mera exposición de los asuntos, sino que me complazco en auscultar sus más débiles latidos, hasta un punto tal que me proporciona una verdadera tranquilidad de espíritu. Luego, no me gusta perderlos de vista y los persigo hasta la última fase de su tramitación.

Uno, que no sabe casi nada, piensa en los problemas agrarios de España y recuerda estremecido las terribles filípicas de Joaquín Costa cuando hablaba de lo que, a su juicio, constituían dos dolencias típicas de nuestro campo: el «mal de piedra» y la «intemperancia del arado». Porque nuestra Patria es un país tremendo y extremo que jamás ha andado sobrado de pan y de agua. Toda la mala política del tiempo pasado no fué capaz ni aun de asegurar a los españoles la dieta carcelaria del sorbo y del mendrugo. A la feroz sequía de la tierra se ha unido la no menos terrible sequedad de los espíritus. El agua...

—Vamos a reducir a dos grandes ejes de marcha—ahora habla el Ministro con palabras que toma para el caso de un discurso suyo a los labradores castella-

nos—sin perdernos en pequeñas desviaciones, el futuro de nuestra agricultura: **AGUA Y BOSQUES**. Hay que extender las zonas regables hasta el infinito posible. Hay que buscar todo el agua posible, porque el agua es el único disolvente de esa masificación proletaria campesina que acampa sobre ciertas zonas de España con sus miserias. El agua eleva al hombre del campo, dispersa las concentraciones de braceros y conduce a éstos hacia la propiedad.

(Nos rondan ahora la imaginación aquellas palabras inflamadas que en Torrentera salían de los labios del polígrafo aragonés cuando dirigiéndose a los campesinos de Barbastro les decía: «Tenéis hambre y el río es pan para alimentarlos; tenéis frío y el río es lana para cubrirlos; tenéis sed y el río es sandías y melones, es tomates y pepinos, es peras, es cardo, es ciruelas y melocotones, es grosella y fresas; envidiáis las praderías de otros pueblos y su industria pecuaria, tan descansada y socorrida, y el río bullicioso transporta rerbños de vacas y cerros de forraje; tenéis la carretera ociosa, lamentando no poseer cosa alguna exportable para llevar al ferrocarril, y el río es aceite, es fruta, es queso y manteca, es cáñamo, es seda, es azúcar, es pieles...»)

—Es preciso evitar—escuchamos las palabras del Ministro— el espectáculo de esos ríos, caudales de un aforo bastante considerable, que vierten en el mar después de atravesar zonas desérticas, y el no menos triste cuadro de esos secanos que poseen agua tres metros de profundidad y donde perecen cosechas que pudieran ser magníficas a unas brazas de ricas corrientes de

agua que elevadas con bombas eléctricas convertirían las estepas en vergeles.

No hablaremos de «programa agrario», porque la realidad social, económica y jurídica de la tierra se aviene mal con el «numerus clausus». En un sentido abierto, amplio... Rafael Cavestany accede a numerar sus preocupaciones más acuciantes:

—Podemos articularlas así:

Primero. Agua.

Segundo. Bosques.

Tercero. Destierro de la rutina y reestablecimiento de la técnica moderna creadora de riqueza, y, dentro de aquella, otorgar especial atención a dos quehaceres: mecanización del campo y establecimiento de industrias agrícolas derivadas.

Cuarto. Mejora de la ganadería.

Quinto. Necesidad de una economía agrícola estable que deter-



Este es un retrato familiar de los Cavestany, en el que aparece con su esposa e hijos

mine la afluencia de capital al campo.

Sexto. Necesidad de llevar la instrucción al medio rural.

Séptimo. Inculcar en nuestros campesinos el gusto por la cooperación y las empresas colectivas.

Como punto final de semejante tarea—concluye el Ministro—se impone llevar a todos el convencimiento de que la protección al campo no sólo tiene efectos estrictamente agrarios, sino que repercute en beneficio de todos, quizá por aquella sencilla razón joseantoniana de que «España es el campo y el campo es España».

Sabemos que el Caudillo ha dado a Rafael Cavestany la orden tajante de forzar la plantación de árboles hasta el máximo. El Ministro nos confiesa que impresionado por los paisajes desolados que ofrecen los páramos castellanos, sueña con ver aquellas tierras y todas las demás de la Patria pobladas de árboles.

—Tenemos extensas superficies—dije en una ocasión en Valladolid—en las que apenas crecen unos miserables brotes leñosos, que fueron un día aquellos famosos bosques que podían dar sombra a un jinete desde Burgos a Valencia. Hoy esos bosques son unas calvas empobrecidas en las que sólo puede pastar una ganadería extensiva sin ninguna calidad ni selección.

Desde su estancia en el Departamento, Rafael Cavestany ha configurado con exactitud una política de protección al campo. Protección económica, social, técnica y jurídica. En los dos años de su gestión, las páginas del «Boletín Oficial del Estado» han recogido leyes inspiradas en la máxima jurídica que nos dice que «el derecho es para la realidad, y no la realidad para el derecho». «Hay que dar al campo—según afirmaciones del Ministro—unas instituciones y un derecho conforme con nuestro tiempo y concordantes con la finalidad social y económica que ha de cumplirse».

—Obedece esta política, señor Ministro, al cumplimiento de un programa concreto de ideas económicas y sociales, técnicas y jurídicas?

—Mi política pasa exactamente por los puntos programáticos que ha incorporado el Movimiento. Todo debe centrarse en la idea del valor humano, porque «el hombre es el sistema». No debe limitarse el noble impulso de la iniciativa privada, siempre que se ajuste a los dictados cristianos del bien común.

—... Y ahora, señor Ministro, ¿gustaría proseguir esta conversación en su casa, al lado de los suyos, allí donde el hombre se siente proyectado sobre sus cosas...

* * *

Hemos franqueado ya el umbral de la casa del Ministro. Es un piso de la calle de Lista que Rafael Cavestany ocupa desde los años anteriores a la guerra de Liberación. Pisamos con suma reverencia una alfombra de Cuenca del siglo XV que hay en el vestíbulo. La fibra de artistas que hay en los Cavestany se nos muestra generosamente en todos y cada uno de los detalles de la casa, en donde detrás de cada cosa—cuadro, porcelana, sillería...—se descubre la mano invisible de

quien ha ordenado este pequeño mundo que es el hogar.

Don Enrique Cavestany, hermano del Ministro y uno de sus más inteligentes colaboradores, nos conduce en la pequeña aventura de elegir unas cuantas fotografías de entre los centenares que llenan los cajones de una antigua y preciosa cómoda. El álbum familiar nos trae el perfume olvidado de otros años y caigo en la cuenta de que la nostalgia tiene la color amarillenta como estos retratos familiares que sólo son ya sombras del pasado.

Saludo a la esposa del Ministro. La señora tiene una mirada dulce y un poco melancólica, que también creo descubrir en sus tres hijos.

Nos hemos sentado en la biblioteca, frente a una chimenea practicada en un testero de pared totalmente lleno de libros.

—¿Qué idea tiene de la educación de los hijos?—preguntamos a Rafael Cavestany.

—Pienso que los hombres deben ser educados para el trabajo y las mujeres para la casa.

—¿Qué es el hogar para el hombre público?

—Su descanso. Yo, personalmente, no hallo mayor reposo que cuando encuentro el ocio y puedo estar entre los míos. Entonces cualquier disculpa es buena para gozar de la vida.

—¿Debemos, pues, estimarle hombre de hogar?

—Exactamente. Por el hogar pasa una de mis más queridas aficiones: el arte decorativo. Creo que es una hermosa empresa la de lograr la belleza decorativa de la propia casa.

Va a surgir de un momento a otro esa pregunta inevitable que todo periodista lleva en su agenda: «¿Qué colecciona usted?» No sé por qué me acuerdo del doctor Alladolid brasileño, coleccionista de lechuzas disecadas; de Lewis Northrop, que conserva en el jardín de su casa más de doscientos monumentos desmontados, retirados y desechados de los más diversos lugares; del criminalista Francisco Vargas, que posee más de seis mil monedas falsificadas; del comerciante Gualterio Clifford, de Londres, macabro sujeto que ha reunido más de mil sentencias de muerte; de la incomparable Esther Williams, que colecciona trajes de baño; de la señora Horvat, que logró juntar siete mil espejos de todas las épocas y lugares; del contable Engelhardt, que ha dedicado veinticinco años de su vida a la partida doble y a los libros que tratan de los hongos, consiguiendo poseer una vasta colección; de Harry Truman, coleccionista de pistolas...

—¿Qué colecciona usted?

—Chofetas. Tengo la debilidad por estos pequeños braseritos de plata que hoy tienen una aplicación puramente decorativa.

—¿Cuáles son los pilares fundamentales del coleccionismo?

—Sin duda, éstos: tiempo y dinero. Mi modesta experiencia en tales asuntos me ha inclinado por la virtud de la paciencia. Es mucho más importante que el dinero.

—¿Existe alguna razón para que el hombre con instinto de coleccionista se sienta profunda-

mente inclinado hacia una cosa determinada?

—Puede que mi afición a esas pequeñas bagatelas de que antes le he hablado tenga su remoto origen en un oficio familiar: la platería. La célebre platería Martínez fue fundada por mi bisabuelo, bajo los auspicios de Carlos III. Destruída cuando la invasión napoleónica, ocupaba un amplio terreno en el Paseo del Prado, entre el Hotel Nacional y el antiguo Hotel Savoy.

Inquirimos ahora acerca de las «cosas» de familia.

—Hemos sido una larga familia de catorce hermanos. Durante treinta años hemos estado todos presentes, hasta el umbral doloroso de la guerra, a la cual pagamos nuestro tributo de sangre. De los once que hoy vivimos, uno de ellos tiene exactamente once hijos.

Entramos ahora en detalles:

—De los catorce hermanos, ocho nos casamos, cuatro tomaron estado religioso y dos han permanecido solteras. Hay, pues, en la familia monjas, sacerdotes, ingenieros, escritores, abogados... Yo soy el número trece de los hermanos. El trece es, pues, mi número y debo estar contento de cómo me ha tratado.

—¿Existe algo que sea el común denominador de todos los hermanos?

—Existe, en efecto, una afición por lo artístico común a todos nosotros. Es, sin duda, la herencia de mi padre: poeta y académico. Mi padre fue un artista precoz, que a la edad de trece años se reveló con una obra en verso, «El esclavo de su culpa», que le dió entrada en la poesía de su tiempo, junto a los consagrados.

—¿Qué deportes practica usted?

—Dos fundamentalmente: golf y equitación. Este último es una faceta de mi vida de hombre de campo. Todos los labradores somos un poco jinetes. La caza merece capítulo aparte.

—¿Le tienta la lectura?

—No dejo de leer. Me siento profundamente inclinado hacia los temas de historia. Por mi oficio, sin embargo, debo prestar mucha atención a las cuestiones técnicas y económicas.

—¿Y la música...?

—Debo confesar que no profeso gran inclinación a esta bella arte. Pero mi hijo—estudiante de Agrónomo—y mis dos hijos son unas criaturas sinfónicas en extremo. Puedo añadir en este punto que soy un padre comprensivo y tolerante...

—¿Le gusta viajar?

—Los viajes constituyen una de las grandes aficiones de mi vida. Durante diez años he tenido ocasión de recorrer muchos lugares. He viajado por cuatro continentes. Debo aclarar que asuntos profesionales me llevaron a África no más salir de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, en el año 1925.

Rafael Cavestany me habla ahora de sus comienzos en el ejercicio de la ingeniería en tierras de Guinea.

—Durante seis años estuve en África Occidental. Allí fundé una de las empresas de explotación forestal más importantes entre las que existen. Trabajé también

en empresas puramente agrícolas. El primer tractor y la primera camioneta que entraron en Guinea llegaron de mi mano.

La conversación se extravió un poco por los impenetrables caminos de la selva africana. Seis años vividos allí acababan por dejar huella en la vida de un hombre.

—A los cuatro años de estancia en África —prosigue— cogí mis ahorros y me pareció cosa buena gastarlos en un viaje de dos meses. Fué algo realmente espléndido, se lo aseguro.

—¿Cómo terminó la peripecia de la selva?

—De un salto caí en el exquisito y supercivilizado París. Fui a ocupar un puesto diplomático: agregado agrónomo.

Si la caza merece capítulo aparte, hablemos de ella, aunque sea brevemente. Parece que los grandes políticos han sido grandes cazadores de vuelo. Las reglas de Tamariz de la Escalera, cuando escribía: «El perfecto tirador de vuelo se ha de fundar en tres importantísimas reglas, como son: conocimiento, reportación y prontitud», constituyen un código perfecto de actuación política. Alfonso X el Sabio decía que «la caza es arte e sabiduría de guerrerar e de vencer», y el infante don Juan Manuel opinaba que «non ha cosa que más se allegue con las maneras del caballero que ser montero et cazador».

—Yo prefiero la caza de vuelo, y dentro de ella la de perdiz.

Durante un gran rato hablamos del tema cinegético hasta que la tarde muere lentamente como un pájaro herido. Mientras escucho el relato del cazador Rafael Cavestany, vuelvo los ojos hacia el balcón que se asoma sobre la calle bulliciosa y la mirada, perdida en el infinito, cree ver cruzar el espacio bandadas de avutardas, grullas, garzas, faisanes, perdices, codornices, becadas, becasinas, palomas, tórtolas...

... Y en pos de su vuelo imaginario volamos nosotros a tierras de Valladolid, en busca del labrador Rafael Cavestany, vecino de Torre Lobatón.

Hace tiempo que Madrid quedó atrás. Nuestro automóvil corre como si tuviese prisa por remontar el curso de la historia. La historia es Medina del Campo, Rueda, Arévalo, Tordesillas... El «Vedette» de cambio electrónico que nos conduce, ofrece un duro contraste con estos pueblos en los que casi todo está por hacer. La Castilla austera y severa, hidalga y pobre puede ser un lujo de escritores o una figura retórica al alcance de todas las fortunas. Pero pienso que los hombres de mi generación queremos una Castilla distinta: cultivada, trepidante, mercantil, avasalladora, sometida al Fuero de la Ley de Sociedades Anónimas, tiznada del hollín de las fábricas... que sobre este «ara gigantes» que decía don Miguel de Unamuno, se consume la redención de un pueblo que apeetece bienes materiales porque no cabe duda de que Dios está también en los frigoríficos, en la calefacción, en los automóviles...

«Monte San Lorenzo» se llama la finca que Rafael Cavestany posee en el término de Torre Lobatón, a unos treinta kilómetros de Valladolid. Esta finca tiene muchas hectáreas, y por eso conviene que vayamos despacio. De vez en cuando alguna radio extranjera se «enfada» con el Ministro de Agricultura, y a falta

acaso lo que significa ser labrador de Castilla?

La casa es amplia y hermosa. Su arquitectura responde al estilo castellano. No es el clásico «chalet» de recreo a donde los amos de la tierra vienen a pasar unos días al cabo del año. Es el cuartel general desde el que se gobierna una finca de mucha labranza. Esta casa, que no carece de comodidades; pero que tampoco alberga detalles superfluos, ociosos, que contrastaría frívolamente con la severidad del paisaje, fué la obra final de «Monte San Lorenzo». Hasta que no estubo concluido el magnífico poblado de casitas acogedoras y reluctantes en que viven los trabajadores; en tanto no se edificaron garajes, cobertizos, establos y graneros; mientras no estubo en pie la escuela, el club y el cine, no se movió ni una sola piedra de esta casa, en derredor de la cual giran todas las demás cosas como el heliotropo en torno del sol.

Ahora estoy sentado cerca de la gran chimenea del vestíbulo, en la que el alegre fuego lanza de vez en cuando pequeñas y fugaces constelaciones de doradas estrellas diminutas. Acabamos de dar una vuelta en «jeep» por la finca con Rafael Cavestany al volante.

—Antaño esta era una finca arreadada, sometida a un sistema de explotación extensiva. Hoy hemos llegado en orden a la intensidad en el cultivo y al establecimiento de industrias complementarias al límite mismo que permite una tierra pobre como Castilla.

Al escuchar las palabras de este labrador que se conoce sus tierras palmo a palmo; que entra familiarmente en la casa de cualquiera de sus hombres y les habla de sus minúsculos problemas, de sus afectos y hasta de sus enojos que sabría distinguir entre millones a las reses que comen en sus establos, que pregunta cómo va lo de aquella vaca de enormes ojos glaucos, que está en estado de buena esperanza, que se olvida del mundo viendo correr en tropel a los potros de sus cuadras...; al escuchar, decimos, esta voz sincera y enamorada de la tierra, nuestros ojos se vuelven a lo que acaban de ver minutos antes. No somos millagreros, pero creemos en el milagro del trabajo cuando éste se alía con la inteligencia. ¿Por qué pensáis que la sembradura se despierta aquí con más vigor? ¿Cómo se explica que por cada espiga de antes crezcan ahora más de dos? ¿A qué atribuir la maravilla que ha hecho posible que lo que otrora daba justamente para malcomer se muestre ya espléndida y generosa? Pienso que todo esto es posible cuando la rutina es ahuyentada, como un fantasma harapiento; con el runruneo de los tractores y el exorcismo del agua fecunda que sale del vientre de Castilla, hueca de tanto parir hombres y pueblos. Nunca más repetir aquellos versos atroces de Antonio Machado:

La madre, en otros tiempos, fecunda en capitanes,
madrasta es hoy apenas de humildes ganapanes.



Tres personalidades en el perfil humano de don Rafael Cavestany: Ministro, ciudadano y labrador

de argumentos para meterse con él le llama «terratendiente». Aunque «Monte San Lorenzo» es grande, yo no creo que Rafael Cavestany sea un «terratendiente». Porque para ser «terratendiente», en el sentido nada peyorativo que se dice por ahí, hace falta reunir una serie de condiciones que en este caso brillan por su ausencia. ¿Conoce usted, ignorando locutor, algún «terratendiente» que pague jornales ajustados a un patrón cristiano y generoso? ¿Sabe usted de alguno que haya dado a sus trabajadores casa alegre y confortable? ¿Sabe usted

Digamos ya que «Monte San Lorenzo» fué declarada «finca modelo» en el verano de 1951.

—Fué a propuesta de la Organización Sindical. Aquel 18 de Julio tuve el honor de recoger el título de manos del Caudillo, quien, dos días después, me honró nuevamente confiándome el Ministerio de Agricultura.

Preguntamos qué méritos han de concurrir en una finca para merecer tal galardón:

—Se tienen en cuenta no sólo circunstancias sobresalientes en el orden puramente material del cultivo, sino muy especialmente el aspecto social de la explotación agrícola. «Monte San Lorenzo» es la obra de mi vida de labrador. Pero considero de justicia compartir este orgullo con quienes me prestan su ayuda y trabajan la tierra con un amor del que no saben nada los títulos de propiedad.

Sería una impertinencia apostillar ahora que obras son amores y no buenas razones. Prestemos atención al relato de los amores de un labrador:

—He procurado que los trabajadores de «Monte San Lorenzo» tengan vivienda digna, limpia y confortable, y que fuera de ella encuentren, sin necesidad de salir de la finca, escuela para sus hijos, deportes, clubs, capilla, cine...

Lo del cine—soy criatura de este tiempo—me llama la atención.

—Apunte usted que en el cine de «Monte San Lorenzo» estrenamos muchas películas incluso antes que en la Gran Vía.

—Su obra material, señor labrador, ¿cómo se ha manifestado aquí?

—Sencillamente, mecanizando. Y gracias a la mecanización se ha triplicado el número de familias que viven en la finca.

—¿Cuál ha sido su principal experiencia en la transformación de esta tierra?

—Mi experiencia como labrador castellano ha venido a confirmar la idea ya universal de que la pobreza de España se debe en gran parte al poco desarrollo de la riqueza material que se encierra en su suelo. Tengo la seguridad de que estamos, por fin, en el camino de nuestra recuperación, que, cuando esté totalmente conseguida, nos situará en una primera línea de prosperidad y bienestar.

—¿Tiene el labrador Rafael Cavestany algo que decir al Ministro de Agricultura?

—Tiene que decirle simplemente que ha llevado al Ministerio toda su experiencia de labrador...

Mientras las rachas de viento frío apuñalan inútilmente los cristales de la ventana, los troncos que crepitan en la chimenea producen pequeños surtidores de chispas, que caen mansamente sobre las cenizas del hogar. Rafael Cavestany, cuyo rostro se anima con la luz intermitente del fuego, me parece sencillamente un justo. Un justo, porque en «Monte San Lorenzo» no hay esta noche ni ninguna otra noche ni un hogar apagado ni una mesa sin pan.

Cristóbal PAEZ

RENDIMIENTO Y CALIDAD

INSENSIBLEMENTE todos nos inclinamos, siempre que se plantea un problema nacional, a exigir que sean los organismos oficiales los que habiliten y lleven a cabo su solución. En muchos casos es cierto que son ellos los que han de encontrarla e imponerla. Pero en otros muchos es a la sociedad, a todos y cada uno de los particulares, a quienes corresponde este deber. La falta de colaboración social, de cooperación puede, cuando no imposibilitar, si obstaculizar gravemente hasta los más acertados planes de gobierno. Nunca se insistirá lo suficiente en lo necesario que es este espíritu de solidaridad. Hoy, más que nunca, es absolutamente imprescindible que todos los miembros de un país tengan conciencia clara de que vivir en comunidad es vivir dentro de una gran «empresa», cuya buena o mala marcha depende esencialmente de que cada uno mantenga en pleno rendimiento todas sus energías. La mayor parte de las deficiencias de orden económico, social, administrativo y hasta político quedarían automáticamente eliminadas si cumpliéramos debidamente nuestros propios deberes sociales y profesionales. Basta fijar la atención en lo que al rendimiento se refiere y a la calidad y perfección del trabajo que realizamos. La obra bien hecha y el volumen de obra que estamos obligados a realizar por jornada de trabajo se queda de ordinario muy lejos del nivel que concedemos a los que consideramos «nuestros derechos» y, sobre todo, a las que estimamos «aspiraciones legítimas». Mientras exista esta desproporción nos moveremos fuera de lo justo y hasta de lo viable.

No se trata de que el sistema stajanovista sea el ideal apetecible. El hombre no ha nacido, ni existe, ni se reúne en sociedad sólo y exclusivamente para «producir». La «producción» es únicamente un medio, pero, eso sí, el debido rendimiento y la calidad de este rendimiento, sea intelectual, moral o material, es una condición sin la cual no es posible la vida decorosa y digna de los individuos y de los pueblos como comunidades auténticamente soberanas.

Conviene a este respecto no olvidar que ya no cabe la prosperidad real y estable en una clase social o un determinado sector profesional si los restantes se desenvuelven en condiciones precarias, nada satisfactorias. Por lo que al comercio afecta, es evidente que una capacidad adquisitiva en el consumidor no proporcionada a los precios de los productos origina, fatalmente, la crisis en el circuito comercial. El primer estudio al que, en buena ética, ha de aplicar su atención el técnico comercial honrado y competente debe ser el reajuste de sus márgenes de ganancia y de sus procedimientos de venta. Siempre que sea dado un reajuste en estos márgenes no será moral buscar o propugnar otras soluciones, máxime si su propio país se halla empeñado en la tarea fundamental de revalorizar y potenciar sus fuentes de riqueza y hay zonas de población para las que aun no se ha conseguido el nivel de vida conveniente. Como tampoco es procedente que el industrial pretenda cargar a sus productos todo el aumento o alza que se registre en los jornales. También aquí deben ser analizados los beneficios hasta ahora logrados y muy particularmente sus métodos y sistemas de producción, la organización del trabajo, su instrumental y sus equipos directivos. Lo contrario es la línea de la comodidad, de la menor resistencia, de lo fácil y, desde luego, de lo peligroso, cuando no de lo anticristiano y antinacional.

EL "OPUS DEI" CUMPLE 26 AÑOS DE SU FUNDACION



ESPAÑA DA DE NUEVO A LA CRISTIANIDAD UN NUEVO FUNDADOR: M. ESCRIVA

LA OBRA CUENTA CON MAS DE CIEN CASAS EN TODO EL MUNDO

CON espíritu innovador y características propias, monseñor José María Escrivá de Balaguer y Albás ha creado un Instituto secular, al cual ha sonreído la fortuna desde su fundación. El hecho ocurrió hace solamente un cuarto de siglo. El comienzo fué sencillo, modesto, sin solemnidades públicas. Casi pasó inadvertido. Pero corrieron los años y aumentó el número de adeptos. El tiempo mostró la necesidad de su labor y la eficacia con que la realizaba. Sucesivamente fueron llegando las aprobaciones de las autoridades eclesiásticas, hasta que finalmente, en 1950, Su Santidad el Papa Pío XII, felizmente reinante, daba a conocer el decreto de aprobación definitiva de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del «Opus Dei». Entre tanto, había sido creada la legislación canónica especial de los Institutos seculares, motivada en gran parte por el desarrollo sistemático y concienzudo que la obra de monseñor Escrivá iba alcanzando. España había dado de nuevo a la Cristiandad un fundador con originales concepciones en torno a la vida de perfección.

DOS SOCIEDADES UNIDAS TOTALMENTE

Aunque en las conversaciones se suele nombrar únicamente al «Opus Dei», al citarle se hace referencia, en realidad, a dos entidades distintas, aunque unidas inseparablemente. Una de ellas está constituida por la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Co-

mo su denominación indica, sus miembros son solamente presbíteros. En cambio, el «Opus Dei» está dedicado preferentemente a los seglares.

Buscando, sin duda, una mayor perfección espiritual, la dirección de las dos ramas corre a cargo de la Sociedad Sacerdotal. Los miembros del «Opus Dei» son orientados por aquélla y realizan sus tareas en el mundo sin necesidad de cambiar su modo de vida habitual.

NO HAY VIDA EN COMUN

Una de las características más definitorias de la sociedad es que en ella no hay vida en común. Si San Ignacio de Loyola suprimió el coro en la Compañía de Jesús, en los Institutos seculares se ha llegado a una situación de mayor holgura, en la cual los socios pueden vivir de costumbre en las mismas condiciones y en los mismos lugares que los seglares no afillados. No obstante, existe una limitación establecida por el decreto «Provida Mater Ecclesia», carta magna de las asociaciones de esta índole: Los Institutos han de disponer de casas comunes que sirvan de residencia a los que llevan su gobierno, y adonde han de acudir los miembros para completar su formación y realizar ejercicios espirituales. Igualmente, tales casas se utilizan para que en ellas se recojan los socios enfermos, inválidos o en tal situación moral o física que no convenga que vivan aislados. Las casas sirven de aglu-



Arriba: Ese palacete de Diego de León número 14, es la sede central del «Opus Dei». Abajo: Monseñor José María Escrivá, fundador y primer presidente del «Opus Dei», que ha sido condecorado con la Gran Cruz de la Orden de S. Raimundo de Peñafort

tinante, de forja del espíritu común. Luego, en la actividad pública, la independencia es casi absoluta.

LOS FINES DEL «OPUS DEI»

A nuevos tiempos, nuevos problemas. Y a nuevos problemas, nuevas soluciones. Esta parece la consigna del «Opus Dei». Porque su fin, en realidad, es atraer suavemente a la Iglesia de Cristo a los que, deslumbrados por los señuelos de la vida moderna, se apartan de su seno. Hay una preferencia marcada por la lucha en el campo intelectual, cosa lógica, pues intelectuales son en mayoría los socios, e incluso en buen número catedráticos. No es únicamente en el terreno de la enseñanza donde el «Opus» labora.

También en la economía, en la política o en la técnica industrial puede ser notada su acción.

El fin de apostolado antes descrito no es el único. Además, busca la santificación de sus socios por la práctica de las normas evangélicas y la observancia de las propias constituciones.

INDEPENDENCIA PUBLICA DE LOS SOCIOS

Ahora ya es más fácil comprender la independencia con que actúan en sus distintas ocupaciones profesionales los miembros del «Opus Dei». A ellos les es lícito tomar bienintencionadamente cualquier postura o decisión en asuntos económicos, científicos o políticos, sin que esto prejuzgue coincidencia de criterio de la Sociedad. Claro es que las opiniones intelectuales han de estar de acuerdo con el dogma y la moral católicos. Los socios están sometidos a las leyes de su país y deben acatarlas totalmente. En asuntos humanos, el «Opus Dei» no es más que un centro de formación de espíritus cristianos selectos, que luego influyen en el mundo de acuerdo con las situaciones que se presenten. De esta manera se llega a la máxima flexibilidad en el apostolado seglar.

LOS VOTOS SON PRIVADOS

Han de ser hechos por los socios del «Opus Dei» los tres votos acostumbrados en los Institutos religiosos: de pobreza, de castidad y de obediencia. Pero la emisión de tales votos es privada. Esta es otra de las notas diferenciales de los Institutos seculares.

Así se encuentran los socios del «Opus Dei» en un estado de perfección sustancialmente completo, mas no completo desde el punto de vista del Derecho canónico. Siguen, después de ingresar en el estado de clérigos o de laicos, de acuerdo con el carácter que tengan dentro del Instituto, sin que se produzca alteración alguna por el hecho de asociarse.

TAMBIEN HAY UNA RAMA FEMENINA

Dentro de la singular estructura del «Opus Dei» está comprendida la rama femenina. Su fundación es posterior en dos años a la de la obra masculina: nació el 14 de febrero de 1930. Este sector, cada día más extendido, tiene una independencia total, contando con superiores propios y fines específicos. Su misión primordial cumplida de manera silenciosa y eficaz, es la administración de residencias de estudiantes y casas de ejercicios espirituales. Como es natural, aquí se emiten igualmente los tres votos privados preceptivos.

EVOLUCION HISTORICA DEL «OPUS DEI»

Toda institución eclesiástica ha de pasar, desde su fundación, por una serie de estados sucesivos en los cuales se va perfilando y adquiere madurez. La duración de este periodo formativo es variable. En el caso del «Opus Dei» ha resultado sorprendente-

mente corto. El día 2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Arcedios Custodios, fueron creadas la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y el «Opus Dei». Inmediatamente contaron con la aprobación diocesana. Después de un periodo de afianzamiento, la Santa Sede concedió, el 11 de octubre de 1943, conmemoración de la Maternidad de la Santísima Virgen el «Nihil Obstat» a la Sociedad sacerdotal y la aprobación al «Opus Dei», quedando ambas indisolublemente unidas. Entonces se transformaron en sociedades de derecho diocesano.

Los desvelos de monseñor Escrivá y sus estudios juridicocanónicos fueron preparando el terreno a un documento pontificio fundamental, denominado «Provida Mater Ecclesie». En él se daba armazón legal a los Institutos Seculares. Para su redacción fueron muy tenidas en cuenta las Constituciones del «Opus Dei». Pocos días después se publicó el «Decretum Laudis» y la sociedad pasó a ser de derecho pontificio. Las cartas comendaticias para la concesión del «Decretum Laudis» iban avaladas por 60 ordinarios, entre ellos ocho eminentísimos cardenales y todos los metropolitanos españoles.

MAS DE CIEN CASAS EN TODO EL MUNDO

A partir del «Decretum Laudis» el número de socios creció en enorme proporción. Para lograr la aprobación definitiva fueron enviadas cartas comendaticias de 110 prelados de 17 naciones. La concesión de tal gracia fué hecha el 16 de junio de 1950, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Entonces contaban ya con más de 100 casas, distribuidas por 20 países de Europa, América del Norte, Central y del Sur, Africa y Asia. El decreto se salía de lo corriente, tanto en extensión como en el número de puntos estudiados. A un Instituto secular español le cupo la gloria de ser el primero en lograr la madurez completa.

ORGANIZACION JERARQUICA

Al igual que las Ordenes, Congregaciones e Institutos Religiosos, la Obra, desde su reconocimiento como de derecho pontificio, está regida por una especie de Curia Generalicia, cuyo presidente es el propio fundador, monseñor Escrivá, designado directamente por el Sumo Pontífice. El cargo es de carácter vitalicio, lo que únicamente ocurre en una de las Ordenes religiosas: la Compañía de Jesús. Además del presidente, hay un secretario, un administrador y un procurador generales, un prefecto de Estudios y cuatro o cinco consultores. La sede central sigue siendo la casa que tienen en Madrid, en el número 14 de la calle de Diego de León. Pero aparte de monseñor Escrivá, que reside más frecuentemente en Roma, la Procura General de la Obra se halla radicada en la Ciudad Eterna (Viale Bruno Bouzzi, 73).

En agosto de 1949, Su Santidad el Papa cedió a la rama femeni-

na del «Opus» una villa cercana a Castelgandolfo.

Aunque por la calidad de vitalicio que ostenta el presidente no hay necesidad de capítulos generales de tipo electivo, la Obra ha celebrado ya su I Congreso general, que se desarrolló en Madrid, en mayo de 1951, bajo la presidencia de monseñor Escrivá y con asistencia de representantes de todos los países en que el «Opus Dei» ejerce su apostolado.

ALGO SOBRE EL ESPIRITU DE LA OBRA

Persona muy allegada al fundador, el cual ahora se encuentra en Roma, nos dijo atinadamente que el espíritu de la Obra no puede ser comprendido totalmente sin conocer a monseñor Escrivá. Vamos a atrevernos a señalar al menos una dirección de su pensamiento citando dos significativos textos suyos. Uno de ellos, extraído de su libro «Camino», dice: «Servir de altavoz al enemigo es una idiotez soberana, y si el enemigo es enemigo de Dios, es un gran pecado.»

«Por eso en el terreno profesional nunca alabaré la ciencia de quien se sirve de ella como cátedra para atacar a la Iglesia.»

El segundo texto, que quizá complete el anterior, pertenece a una conferencia dada en Madrid por monseñor Escrivá. «Un rasgo esencial en la vida de los socios de la Obra es la caridad; a todos los hombres, a los que aman a Cristo y a los que no le conocen, alcanza el amor de los que han hecho a Dios entrega de su vida. De ahí la gran comprensión con que los socios de la Obra han de ver siempre todas las cosas, lo mismo las virtudes que los defectos de los demás.»

Ahora, poderosa y extendida con sólo veintiséis años de vida, la Obra se encuentra en pleno periodo de expansión.

F. CARANTONA

EL ESPAÑOL

ha publicado en sus páginas novelas de

Concha Espina.

Federico García Sanchiz.

Eduardo Aunós.

Noel Claraso.

Tomás Borrás.

Carlos Rivero.

Luis Romero.

Ana María Matute.

Roberto Molina.

Ignacio Aldecoa.

F. García Pavón.

Miguel Delibes.

Alfonso Sastre.

Juan Antonio de la Iglesia.



CON PLUMA AJENA

FRANCOIS PIETRI, EX EMBAJADOR DE VICHY EN ESPAÑA, ENJUICIA LA NEUTRALIDAD DE NUESTRO PUEBLO

EL GENERALISIMO FRANCO DESARROLLO UNA POLITICA DE SUMA HABILIDAD Y PRUDENCIA

Comentarios sobre el fracaso de la operación "Félix" en España y sus posteriores consecuencias



Arriba: M. Pietri, durante su misión diplomática en Madrid al servicio del mariscal Pétain. Abajo: Tropas alemanas en la frontera francoespañola

FRANCOIS Pietri fué durante la guerra mundial embajador de Vichy en España. Su condición de francés al servicio del mariscal Pétain y su misión diplomática en Madrid le sitúan en condiciones para captar la verdad de las cosas en medio de la compleja situación bélica y de los torrentes de propaganda y las pasiones que ofuscaron tantas inteligencias normalmente claras, de ilustres extranjeros.

Esto confiere singular valor a su juicio sobre la mentalidad española en un artículo que reproducimos a continuación. Por necesidades de espacio, hemos suprimido párrafos que no afectan esencialmente al conjunto. En cambio, se traduce íntegramente y con exactitud todo lo fundamental en las manifestaciones del señor Pietri.

De este testimonio excepcional se desprende, por encima de todos los matices subjetivos de interpretación, el hecho primordial de la neutralidad absoluta de España. Y cómo los gobernantes españoles, en condiciones de una complejidad y gravedad extraordinarias, sirvieron con acierto y lealtad ejemplares los intereses de su pueblo. Hicieron lo que tenían que hacer. Nunca la defensa del bien de la Patria fué servido, en circunstancias tan difíciles con un tacto, una sabiduría y una decisión más firmes. En lo que se refiere a la División Azul, sin restar validez a las razones que en su defensa alega el autor, parece que éste no subraya debidamente la indiscutible verdad de que nuestros voluntarios luchaban contra el comunismo, prestando así sin más complicaciones con generosidad muy a la española un inestimable servicio al mundo entero que no era más que continuación del que los mismos españoles habíamos prestado ya durante la Cruzada de Liberación. La División Azul y España con ella no buscan ni necesitan ninguna otra justificación que la de su historia y la clarividencia y rectitud de conducta de su Caudillo.

Hoy es una verdad probada, pero que ha tropezado con dificultades para abrirse camino antes del proceso de Nuremberg: que en ningún momento, desde 1939 hasta 1945, ha pensado el General Franco en lanzar a España a la guerra; que, por el contrario, la ha evitado siempre con gran habilidad, y que, por este hecho, ha prestado a los aliados—los quisiese o no—un servicio más considerable aun que si se hubiese alineado a su lado. En efecto, en este último caso, la reacción de Hitler habría podido ser violenta y cambiar, con ventaja para él, todo su dispositivo africano.

Dicho esto, no dejará de haber casuistas que, forzados a reconocer—porque es un hecho—que en resumidas cuentas la Wehrmacht no penetró nunca en España, alegarán que, sin la sorpresa del desembarco de noviembre de 1942 en Africa del Norte, que indujo repentinamente al General Franco, en contra de sus deseos íntimos, a mostrarse prudente, su complicidad con las potencias del Eje se habría afirmado más pronto o más tarde y habría terminado por sucumbir a la misma tentación que Mussolini.

En el formulario de principios,

o de prejuicios con el que mi generación—sin duda por error—ha sido cuidadosamente impregnada, no encuentro nada que pueda condenar el delito de intención, o el mal pensamiento.

Ahora bien, España no sólo no ha cometido esa falta mortal, sino que, abundando en el sentido de esas mismas censuras por hipótesis pretendo—y así lo he asegurado sin cesar en mis comunicaciones de Embajada—que siempre ha tratado de evitarla y que, desde el principio del conflicto, se ha dedicado a mantener y defender una neutralidad que se guardaba muy bien de proclamar, pero por la que estaba decididamente resuelta.

Se recuerda el asombro con que la opinión europea acogió una mañana la publicación—hecha por primera vez por el «Daily Telegraph» del 8 de diciembre de 1945—de las notas secretas del general Jodl, uno de los principales acusados de Nuremberg. En estas notas se consideraba personalmente responsable a Serrano Suñer del enorme desengaño de Alemania en relación con la actitud del Gobierno español. «Los nazis—decían—contaban con la ayuda del General Franco para apoderarse de

Gibraltar y prohibir luego la entrada por el Estrecho a la Marina británica».

En efecto, una directriz firmada por Hitler, que data de noviembre de 1940 y que fué revelada a los jueces de Nuremberg, contiene los detalles de la operación llamada «Félix», para la intervención alemana en España. «El fracaso de este plan—precisa con amargura el general Jodl—se debió a las actividades del Ministro español de Asuntos Exteriores».

Ahora bien, mientras que varios de mis colegas extranjeros calificaban a Serrano Suñer de «hombre de Alemania» y aclamaban su salida, en el verano de 1942, como una victoria de su diplomacia, yo comunicaba a Vichy que esta destitución no tenía relación directa con la política exterior de España y que el señor Von Stohrer, lejos de quejarse—aunque hubiese sido sólo por mero formalismo—había confiado a un diplomático neutral que «ese joven Ministro mostraba un talento extraordinario para crear enemigos en todas partes».

Habrà que reconocerme el mérito de que, en contra de la creencia casi universal que consideraba a Serrano Suñer como un celador del belicismo proalemán, yo no dejé de opinar lo contrario desde el principio de mi misión, no sin tropezar a veces con cierto escepticismo. Así, cinco años más tarde, fui uno de los pocos que no se sorprendieron con las declaraciones escritas del general Jodl, recogidas en los archivos de la Cancillería de Berlín.

Desde junio de 1940, al día siguiente de Dunquerque, algunos habrían abogado de buena gana por una intervención de España que, en aquel momento, quizá hubiese podido decidir de manera fatal y definitiva la guerra.

En el otoño, justo en vísperas de mi llegada a Madrid, se celebró la entrevista Hitler-Franco, en Hendaya. Puesto en trance de pronunciarse, el Caudillo sale adelante mediante hábiles escapatórias y encuentra entonces la fórmula de la «no beligerancia» que le permite enmarcar su firme intención de neutralidad bajo el velo de una promesa a largo plazo.

A finales de noviembre de 1940, cuando, después de su tentativa infructuosa de Hendaya, Hitler se muestra impaciente por realizar su programa mediterráneo, y cuando su presión sobre España ha vuelto a hacerse particularmente viva, yo informo a Vichy que Serrano Suñer, que había marchado precipitadamente a Berlín, se negaría, sin duda alguna, a hacer que España se adhiera al Pacto Tripartito.

Esta vez va a tratarse de Gibraltar y del Estrecho. Hitler no pedirá nada a España. Se limita a notificarle que se dispone a atacar la famosa roca por tierra y por mar. Pero, es evidente que para España, aun en actitud pasiva, eso será el bloqueo, con todas sus consecuencias. Serrano Suñer objeta que hace falta esperar, por lo menos, la llegada de tres millones de quintales de trigo penosamente obtenidos de América, sin los cuales la población sufriría hambre. Reclama un respiro de dos meses. Hitler

se aviene, concede un mes y termina haciendo un último esfuerzo de seducción: la entrada de España en la guerra resolverá todo y entonces obtendrá todo lo que piensa reclamar...

Diciembre de 1940. Es el almirante Canaris en persona quien viene a El Pardo y hace saber que el Führer entrará en España personalmente al frente de sus tropas. Franco le arranca un nuevo aplazamiento.

Yo escribía poco después a Flandin, en enero de 1941: «La política exterior de España sigue siendo compleja, pero está dominada, ante todo, por la voluntad de no dejarse arrastrar a un conflicto que no le interesa directamente y que parece que ha de ser mucho más largo y duro de lo que indicaban ciertas previsiones...»

En la misma época señalaba también una fuerte presión alemana e italiana sobre el Gobierno español y la certidumbre de una cuarta negativa. Esta se confirmó muy pronto en Boddighera, y el mariscal, en su entrevista de Montpellier con Franco, organizada en febrero por iniciativa mía, recogía este eco de viva voz.

A partir del 23 de febrero estaba yo en condiciones de telegrafiar al Departamento que, con ocasión de la entrevista de Boddighera, el Duce había participado a Franco su temor a una posible unión anglofrancesa en Argelia y del vivo deseo que habría tenido Hitler de ocupar Andalucía meridional y la parte norte del Marruecos español. El Caudillo había alegado su impotencia para convencer a la Falange misma de la oportunidad de un proyecto semejante.

De hecho, el señor Gamero del Castillo, uno de los jefes del Partido y miembro del Gabinete—informaba de ello en otro de mis despachos—se había mostrado hostil a esto, en pleno Consejo y había pronunciado esta frase significativa: «Así, ¡Francia vencida resiste allí donde nosotros tenemos que obedecer!...»

En abril de 1941, saqué, de una larga conversación con Serrano Suñer—y di cuenta de ello—la impresión de que, como consecuencia de estas negativas sucesivas, las relaciones hispano-alemanas habían llegado a cierto punto de malestar.

Una reunión secreta de todo el Estado Mayor español y un artículo belicoso del «Arriba»—que me pareció una finta—no me hicieron cambiar de opinión.

En honor a la verdad debo reconocer, después de una entrevista con sir Samuel Hoare, de la que di cuenta a Vichy el 25 de abril, que éste compartía enteramente mi punto de vista, con la única diferencia de que atribuía la abstención de España a la amenaza del bloqueo inglés, más que a la decisión de guardar la neutralidad.

Sir Samuel no se equivocaba en cierto modo, pero mi punto de vista personal era que el «chantaje de los navycerts»—es exactamente la expresión que emplea Serrano Suñer en su libro—servía de pretexto a España vis a vis del Reich, pero no era la razón determinante.

A lo largo de todo el año 1941, la habilidad española, notablemente orquestada por la Prensa

del Partido, no dejó de continuar. Era la época en que el Caudillo enviaba a Berlín un mensajero especial con la misión de informar al Führer de que la toma de Suez parecía una condición esencial y previa a todo proyecto de colaboración militar.

Estaba yo informado sobre estos detalles penosos y los daba a conocer puntualmente a Vichy. ¿Se imagina el paciente ingenio que el Gobierno español se veía obligado a oponer a la Alemania medio triunfante de entonces, que, muy próxima y totalmente preparada en la frontera de Irún, se hacía cada día más acuciante y más imperiosa?

Se alegaba, sucesivamente, la insuficiencia del material y la necesidad de recibirle; la imposibilidad en que se encontraba el Tesoro de hacer frente a ciertos gastos; el estado de cansancio físico y moral del pueblo español al salir de tres años de guerra civil mortífera; la alianza ruso-alemana que alzaba ante la conciencia castellana un obstáculo doloroso...

En Roma, y luego también en Berlín, Serrano Suñer, que continuaba haciendo la defensa en el mismo tono, hizo valer mil razones y mil excusas que tenían la virtud de irritar a Hitler y de llevarle con frecuencia a profemar amenazas verbales, pero sin que se decidiese a pasar más adelante y correr el riesgo de una ruptura con España.

En varias ocasiones, a ésta, le reclamaron nuevamente con insistencia una base en las Canarias. No olvidemos, lo repito, que en aquella época se cree comúnmente en la historia alemana y que los Estados Unidos parecían decididos a no entrar en la guerra. Serrano Suñer se debate, invoca la inalienabilidad del territorio nacional, la susceptibilidad de la opinión española... Las Canarias no son una colonia: forman parte histórica e integrante de la metrópoli...

Sin duda, esta sutil maniobra no podría seguir adelante sin concesiones aparentes. En mayo de 1941, los oficiales alemanes vienen a conferenciar con el Estado Mayor español. En junio, el Gobierno de Franco accede a enviar 100.000 obreros a Alemania, pero encuentra la manera de no dejar marchar más que a la cuarta parte.

Mientras tanto, estalla la guerra germanorussa. Con quince días de anticipación había dado yo la fecha segura, a base de una confidencia del embajador de Turquía, con el que estaba muy unido. Uno de los principales argumentos tácticos para la abstención de España, desaparición de golpe. Es inmediata y vívidamente requerida para que se adhiera, por fin, al Pacto Tripartito. Se libra, una vez más, el «Arriba» resume bajo esta fórmula hábil: «La primera batalla contra los soviets ha sido ganada por España. La lucha que comienza, sólo ha sido posible gracias a la victoria previa de las armas del Caudillo.»

DIVISION AZUL

Tampoco en esto me dejé engañar por ciertas apariencias. Después de una manifestación de estudiantes de Madrid, congregados bajo las ventanas del Ministerio

terio de la Guerra, para reclamar armas contra Rusia, comuniqué a Vichy el 23 de junio:

«Corre el rumor del envío muy próximo de un pequeño Cuerpo expedicionario para unirse a los alemanes en el nuevo frente del Este, pero que no tendrá más que una importancia y un valor simbólicos... Para subrayar aún más que este gesto no constituye una participación de España en la guerra, la iniciativa y el reclutamiento han sido dejados al Partido y no al Ejército.»

El 17 de agosto, la Prensa inglesa había lanzado la falsa noticia de la entrada de los ejércitos del Reich en territorio español, y «Arriba» la desmentía sin hacer ningún otro comentario.

Seguí aferrado en mis despachos, a la opinión de que España estaba, más que nunca, firme en su maniobra. En septiembre, hice saber que los medios dirigentes españoles comenzaban incluso a emitir ciertas dudas sobre la certidumbre de un triunfo alemán, y, desde octubre de 1941, señalaba yo la falta de afecto por parte de los alemanes hacia Serrano Súñer.

El 16 de septiembre de 1941 tuve una conversación, que di a conocer al departamento, con mister Weddell, el embajador de los Estados Unidos, que me mostraba una amistad y una confianza particulares. La entrada de América en la guerra era cosa que se tenía ya por descontada y Weddell me preguntaba cuál creía yo que sería, en ese caso, la actitud de España. «No se modificará lo más mínimo—respondí claramente.»

Y aquel mismo mes, en efecto, Serrano Súñer, llamado de nuevo a Berlín para discutir esta eventualidad, se limitaba a firmar la renovación del Pacto Antikomintern.

A su regreso, el conde Glano, al que parecía estar especialmente unido, había de llamarle una vez más a capitular para obtener que España se decidiese a cerrar el estrecho de Gibraltar. Tuve conocimiento de esta gestión y se lo comuniqué en seguida al Departamento (noviembre 1941), pero añadiendo que la consideraba inútil.

No pienso enumerar aquí fastidiosamente los telegramas o las cartas por los que, semana tras semana, me he consagrado a tranquilizar a Vichy respecto a la entrada de España en la guerra, dada por cierta, e incluso por próxima, por gentes que pretendían estar mejor informadas. Tuve que romper algunas lanzas, sobre este punto, con mis propios agregados militares. «Por qué ocultar, además, que una o dos veces yo mismo sentí que se venía abajo mi convencimiento, que llegaba a presentarse, a mis propios ojos, como una idea fija?»

Sin embargo, en enero de 1942 indiqué de nuevo que la irritación alemana contra Serrano Súñer se acentuaba, en febrero, que se había opuesto un mentís rotundo a la afirmación de la Prensa americana de que se habían concedido bases navales a Alemania en las Islas Canarias; en junio, que los viajes del Ministro de Asuntos Exteriores a Suiza y a Roma no aportaban ningún cambio en



M. Pietri preside en Madrid un funeral por las víctimas ocasionadas en París por la aviación inglesa



La bandera nazi ondeando sobre el Arco de Triumphe de París

la posición de neutralidad de su país.

Sin embargo, Serrano Súñer, que se había hecho sospechoso a los alemanes, no había por eso dejado de ser antipático para los aliados, que no se mostraban menos descontentos de una política que habrían deseado ver más claramente ligada a sus propios intereses.

En mayo de 1942 le tocó el turno a Inglaterra, enardecida por la resistencia española a las presiones del Eje, de tantear el terreno para un desembarco eventual de los aliados en Galicia o en las Canarias. La certidumbre de una reacción popular violenta hizo abandonar este proyecto, que Serrano Súñer—según hice saber a Vichy—rechazó con menos dificultad que las exigencias alemanas, pero que le valió una animosidad aún mayor por parte del Foreign Office.

VERANO DE 1942

Señalemos que todavía faltan unos meses para la operación de Argel y que no podía decirse, si no es de mala fe, que España no cedió más que ante la fuerza de los acontecimientos y

en virtud de lo ya comunicado.

En realidad—como no dejé de señalar—el cambio o, mejor dicho, la inflexión nueva de la neutralidad española, se efectuó ya a finales de la primavera de 1942. El advenimiento del conde de Jordana no hacía más que consagrar un estado de espíritu ya modificado y la creencia, que comenzaba a abrirse camino en El Pardo, con El Alamein y Stalingrado, de que, si no estaba próximo una victoria aliada, por lo menos se llegaría a una paz en tablas en la que el único que saldría malparado sería el régimen nazi.

Serrano Súñer me decía, con cierta ironía, en el curso de una visita que le hice después de su caída, en el mes de agosto, y de la que di cuenta:

«El hecho de que fuese amigo de los alemanes me ha permitido resistirlos mejor que cualquier otro. Me enorgullezco de haberles impedido, en varias ocasiones, y especialmente en diciembre de 1940, que nos arrastrasen a la guerra. Una política semejante no la habría podido llevar a cabo un germanofobo.»

Así llegamos a la víspera del desembarco aliado en Africa del Norte y estaba claro que, a partir de ese momento, y sin el socorro de ninguna exhortación, en mi opinión se encontraba definitivamente descartado todo peligro de ver a España lanzarse a una guerra cuyo inevitable desenlace había ya previsto desde hacía tiempo. En agosto indiqué incluso en uno de mis telegramas—que el proceso de Nuremberg se ha encargado más tarde de justificar—que Alemania no hacía ya ninguna presión sobre el Gobierno ni sobre los militares, precisamente por temor a que semejante gestión acelerase o provocase el desembarco que empezaba a presentir, si no en Argelia, al menos en Dakar y en Casablanca.

El embajador del Brasil me había confiado poco antes—y yo había comunicado sus palabras—que el señor von Stohrer no dejaba, en este sentido, de dar a Berlín consejos de moderación que los nazis que rodeaban a Hitler acogían con cólera y de los que habrían de servirse como un arma, en 1943, contra su propio embajador.

«En todo caso —decía yo ya en un despacho del 12 de octubre— si los aliados desembarcasen en África, según el rumor que corre, España, que empieza a separarse totalmente del Eje, no pondría el menor obstáculo.»

De hecho, los españoles no tuvieron la menor reacción en contra del desembarco, que fué acogido por ellos con más curiosidad que sorpresa. En cuanto se conoció la noticia me apresuré a ir a casa del conde de Jordana ante el temor —en el que desde luego no creía— de que España tomase en nuestro Marruecos, a favor de una situación que podría servirle fácilmente de pretexto ciertas precauciones o prendas.

El conde de Jordana era un hombre cuyo aire dulce y silencioso no excluía en modo alguno la agudeza. Se guardó muy bien de tranquilizarme oficialmente y adujo el mal efecto que produciría en la opinión española una pasividad por nuestra parte, que podría parecer complicidad. Pero, en este punto, creí distinguir sus verdaderas tendencias hasta el punto de que no vacilé, dos días más tarde (el 7 de noviembre), en afirmar a Vichy que, a pesar de las nuevas manifestaciones oratorias posibles, la neutralidad española se mantendría invariable.

Según toda lógica, los acontecimientos que se desarrollaron a partir del famoso mes de noviembre de 1952 —verdadero punto de inflexión de la cronología de la guerra— no tenían más remedio que reducir a nada la hipótesis, ya absurda, de una participación española al lado de los alemanes. Y sin embargo, la retirada del señor von Stohrer, al que injustamente se le hacía responsable de la neutralidad persistente de España, y su sustitución por el conde von Moltke, que nos llegó a Madrid, en el verano de 1943, precedido de una reputación de rudeza y energía, me hizo temer que el Reich intentase un último y brutal esfuerzo, si no para arrastrar a España a su lado, al menos para forzar su territorio. Pero murió súbitamente, al cabo de unas semanas, y el señor Diekhoff, que fué nombrado en su lugar, dejó percibir desde los primeros días, por orden o por gusto, que reanudaría la política acomodaticia de von Stohrer.

¿Qué cosa mejor podría haberse exigido a esta España nacional que tres años antes, en la terrible guerra civil que le costó un millón de los suyos había sido combatida por Rusia?

A partir de entonces, día a día, a pesar sobre todo de las vehementes protestas de Berlín, el general Franco va a orientar su política del lado de los aliados, y va a multiplicar, en relación con ellos, gestos como estos:

Negativa a dejar elevar a la categoría de Embajada la Legación del Japón, y, un año después, ruptura de las relaciones diplomáticas con este país.

Reforzamiento de los contactos con los países de América del Sur; retirada de la División Azul del frente ruso.

Reconocimiento de hecho del Gobierno provisional de Argel; intercambio de delegados oficia-

les entre Argén y Madrid (el señor Sangroniz a Argel, el coronel Malaise y, más tarde, M. Truelle, a Madrid).

Autorización concedida a los refugiados franceses para marchar, en convoyes enteros, al África del Norte. De esta suerte, 12.000 franceses pudieron entrar clandestinamente en España y pasar a Argelia o a Marruecos. ¿Necesitaré decir que si, por mi parte (lo confieso tanto más abiertamente puesto que Vichy no me desautorizó en absoluto), he ayudado poderosamente a este éxodo, los alemanes, por la suya, han elevado protestas tanto más vivas puesto que, a decir verdad, España rebasaba claramente, en aquella ocasión, los deberes de una estricta neutralidad...?

Negativa a internar a varios centenares de aviadores americanos caídos por error o como consecuencia de averías, en territorio español, y autorización para que llegasen a África.

El año 1944 nos hace asistir a un cambio de frente firme y definitivo de la política española. Ya, el 17 de agosto de 1943, una circular secreta de Franco a la Falange precisaba, de la manera más clara, que España permanecería invariablemente neutral, con una tendencia proamericana visible. Pero el verdadero clarino para el cambio fué dado por el Caudillo, en enero de 1944, en un parlamento (noviembre 1941). taciones divergentes y en el que exaltaba, casi en un tono de amenaza, el papel de los «guerrilleros» yugoslavos. Proporcionó a Vichy una versión que se comprobó en una semana: España no sólo se desembarazaba de manera abierta de los últimos lazos que pudieran ligarla a la Alemania que perdía, sino que entraba en negociaciones directas con los ingleses y los americanos.

No tardaría en darme la razón otra serie de gestos significativos:

Negativa a reconocer el Gobierno establecido por Mussolini en la Italia septentrional.

La misma negativa respecto a la representación que el Gobierno húngaro de Szalaci pretende instalar en Madrid.

Entrevista y negociaciones de los generales Patton, Clark y Bradley con el Alto Comisario español en Larache y Tetuán.

Y todo esto para llegar, en la primavera de 1944, a una vasta negociación de conjunto, a raíz de la cual España prohibirá todo envío de wolframio a Alemania, entregará a los aliados los barcos italianos internados en Baleares y, por último, cerrará; imperativamente y sin previo aviso, los consulados alemanes en Tánger y Ceuta.

Pero no es necesario decir que en el plano de la guerra propiamente dicha España sigue apuntando, si se me permite expresarme así, a su neutralidad sistemática. El 11 de enero de 1944 me entero de que ha surgido de nuevo la idea de un desembarco angloamericano en Vigo y en Barcelona. Lo desmiento en un despacho sin tomarme siquiera la molestia de comprobarlo.

Afirmo además, y nunca lo

repetiré bastante —y creo que con cierto conocimiento de causa— que la leyenda de una España ligada al Eje no solamente es inexacta, sino que es lo contrario de la verdad.

Lo que está claro, a la luz del análisis que precede, es que España, después de haber defendido su neutralidad corriendo los peores riesgos, en la plenitud del triunfo alemán y cuando la Wehrmacht acampaba a sus puertas; después de haber dominado todas las cóleras y todas las presiones que provocaba por parte de Hitler, vacilante constantemente en este asunto entre su deseo de seguir adelante y su temor instintivo a echarse encima un adversario más, ha sabido, a fin de cuentas, salir de esa neutralidad, incluso, para prestar a la causa de los aliados los más grandes servicios.

Pero miro aun más allá: no sé que ningún otro país de los neutrales, salvo quizá Portugal —aliado de España, no lo olvidemos— pueda envanecerse de haber servido más claramente el interés de esas grandes naciones democráticas que, al día siguiente de una victoria, debida, en gran parte, a esa neutralidad benévola, han respondido con una condena solemne y un ostracismo inexplicable.

Si en las líneas que preceden me he dedicado a poner de relieve con tanta insistencia que la neutralidad de España, a lo largo de toda la guerra —neutralidad deseada y tenaz— había servido al a causa de los aliados hasta el punto de ayudarlos a triunfar, no ha sido únicamente por enorgullecirme de haberla previsto y comprendido constantemente. Ha sido también para subrayar la asombrosa injusticia que se habría de cometer con ella una vez disipado el peligro, al tratarla como a un enemigo...? La acogida que se ha dispensado a Italia o al Japón, o a Alemania con las caricias que se le colman, hacen totalmente ininteligible una política que pone a este país —y sólo a él— al margen del concierto internacional.

Pero, sin llegar tan lejos y ateniéndonos a lo que fué durante la guerra, la actitud de las otras potencias neutrales, cómo olvidar que mientras España resistía peligrosamente a las presiones y a las amenazas alemanas, Turquía y Suecia, por ejemplo, se portaban de manera totalmente diferente?

Turquía —que había firmado en 1939 un pacto con Gran Bretaña y Francia—, no contenta con proclamar oficialmente la cordialidad de las relaciones manoturcas, entrega a Alemania 70.000 toneladas métricas de oro. Todavía, en 1944, deja pasar barcos alemanes por los Dardanelos. En cuanto a Suecia, después de haber permitido, en el invierno de 1940, que 150.000 soldados del Reich atravesasen su territorio en los dos sentidos y de haber ganado una protesta fulminante del Gobierno inglés, no autoriza de nuevo, en junio de 1941, el uso de sus vías férreas por la Wehrmacht, y no permite pronto a las legiones de voluntarios enrolarse en las filas de

manas para combatir a los rusos?

El hecho de que estás naciones sean democracias explica, sin excusarla, una parcialidad de la que lo menos que puede decirse es que es contraria, en todo caso, a la tradición republicana. La Convención y el Directorio tenían sus embajadores en la Corte de los Borbones de España, últimos representantes de la Monarquía absoluta, e incluso estaban ligados a ellos por un tratado de alianza. La República de 1848 ha hecho lo mismo y mantenía relaciones cordiales con los dictadores del período isabelino. La Francia radical de hace sesenta años no sentía escrúpulos al aliarse con la Rusia de los zares y del «knut»...

Remontémonos, de todas formas, diez años más atrás e interrogémonos sin rodeos... ¿Éramos muchos, antes de que terminase el año 1942, los que creíamos que España no se lanzaría antes o después a una guerra de la que, en aquellos momentos, podía esperar sacar el máximo provecho con el mínimo riesgo? La falta irreparable de Mussolini fué ceder a esta tentación, y la sabiduría de Franco y de sus Ministros sucesivos, Beigbeder, Serrano Suñer, Jordana, fué el no dejarse engañar por esas apariencias.

Una vez terminada la guerra, hemos tenido numerosos testimonios, y quiero recordarlos aquí en apoyo del mío, pero permitiéndome subrayar que mis telegramas y mis despachos se anticiparon en cuatro o cinco años a estas revelaciones «a posteriori».

En primer lugar, y desde antes de que terminase el conflicto, un discurso del señor Eden en los Comunes, en febrero de 1944, en el que, aunque atacaba a España en varios puntos, tenía la lealtad de decir: «En los días sombríos de la guerra, y cuando nos encontrábamos solos, la actitud del Gobierno español, que no permitió el paso de nuestros enemigos a través del territorio de la Península, nos fué extremadamente provechosa, especialmente en el momento de la liberación de África».

Y en las actas de la sesión puede leerse: «señales de aprobación».

Después pasando a la posguerra, las notas secretas de la Cancillería del Reich, de las que hemos hablado al comienzo de este artículo.

Luego las Memorias de Serrano Suñer, a las que cabría tachar de tardías, sino fuese porque se ven confirmadas y comprobadas por mis propios archivos de Embajada.

En 1949, otro libro, debido a la pluma del antiguo director de política del Ministerio de Estado, señor Doussinague, ha corroborado mis afirmaciones de 1941 y 1942, enriqueciéndolas con precisiones y detalles que constituyen un conjunto documental precioso sobre la historia de este período confuso. El señor Doussinague nos dice, concretamente, que la sustitución de Beigbeder por Serrano Suñer, en octubre de 1940 no había tenido otro objeto que «pagar con buenas palabras el precio de la neutralidad



Tropas germanas en el puente internacional de Hendaya



Fuerzas de ocupación norteamericanas desembarcan en el norte de Africa

de España» y que Serrano supo ocultar bajo «un aspecto exterior de amistad, por lo demás sincera, hacia el bloque italoalemán su voluntad, muy firme, de no cederle nada». ¿No era este mismo mi propio lenguaje de nueve años antes?... Serrano confía pronto a Doussinague, después de haberle expuesto su plan de contemporización: «Sobre todo, no diga nada a nadie, porque es esencial para nosotros el inspirar confianza a los alemanes.»

Pero hay más, pues esta vez son los mismos aliados los que vienen a prestar declaración en favor de España en el incomprensible proceso que contra ella intentan sus propios Gobiernos. Remitámonos a las Memorias del embajador Hayes. Su mala voluntad hacia Vichy no me impide reconocer que hace a España la exacta justicia que se merece en el capítulo de su neutralidad y de las ventajas sacadas por los aliados.

¿Qué es lo que nos dice concretamente? Desde luego, le cito resumiendo:

«Para Hitler, el no haber podido forzar la frontera española en 1940 ha sido el gran «paso en falso estratégico» que le condujo a su derrota final.»

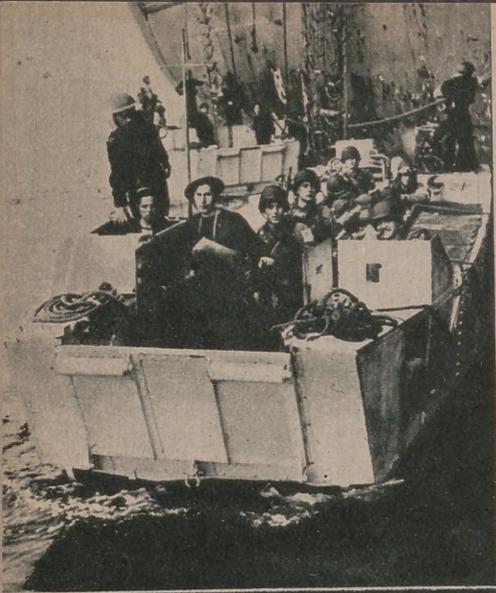
«En dos ocasiones, después del desembarco de Argella, los alemanes han visto cómo le negaban a sus tropas el paso por España.»

Con ocasión de la cuestión de Túnez, Franco les hace saber que si entran en España, ésta no vacilará en entrar en la guerra al lado de los aliados.

«En junio de 1943, el Caudillo, decidido a oponerse por la fuerza a una violación de la frontera pirenaica, prepara un plan de resistencia en el Ebro para dar a los aliados tiempo y posibilidad de unirse a él.»

A su vez, en mayo de 1947, en un libro titulado «Nuestro juego a Vichy», un profesor americano de la Universidad de Harvard, William L. Langer, escribe textualmente: «Franco, cada vez que se hizo presión sobre él para que entrase en el conflicto, ha sabido evitar todo compromiso... y esta actitud obliga a Hitler a renunciar a sus planes en momentos en que, sin ninguna duda, eran los mejores para haberlos realizado.» Y añade incluso —hay que anotar esto de paso— que «el Gobierno francés no se mostró tampoco más dócil y que si Hitler hubiese logrado obtener la ayuda de la Francia de Vichy y de la España de Franco, la guerra habría tomado otro cariz completamente diferente.»

En 1948, otro testimonio resonante... Transcribo una información de Washington que los periódicos ingleses y franceses se han guardado muy bien de reproducir: «Ante la Comisión senatorial de las fuerzas armadas,



Tropas inglesas de desembarco en Africa del Norte

el general Eisenhower, al responder a la pregunta de un senador, declara que España, aun cuando poseía la llave del Mediterráneo, nunca ha intentado la menor amenaza ni puesto el menor obstáculo a los movimientos de las tropas aliadas durante la guerra.»

Sobre este tema —siempre pendiente, a pesar de las cenizas que empiezan a recubrirle— de la neutralidad de España durante la guerra queda aún por contestar una objeción seria:

España no ha prestado al Eje ningún apoyo militar directo de ninguna clase... Pero ha armado un Cuerpo de voluntarios que ha ido a combatir a los rusos desde 1942 hasta 1944. ¿No es éste un acto característico de beligerancia?

En primer lugar, es bueno recordar que la presencia de voluntarios extranjeros bajo las banderas de un país en guerra nunca ha sido interpretada como un acto de beligerancia. La famosa Legión francesa del coronel Villedois-Mareuil en las filas de los boers no ha sido considerada en ningún momento como un acto de guerra de Francia contra Gran Bretaña, ni —para volver sobre ejemplos más recientes— tampoco el apoyo de legionarios americanos a Finlandia.

Pero atengámonos solamente a España. El hecho es que ha autorizado que varios millares de jóvenes fuesen a combatir a los rusos. ¿Se habrá olvidado tan de prisa, por las necesidades de una tesis ya difícil de sostener que dos años antes cerca de 100.000 voluntarios de las llamadas Brigadas Internacionales, en las que dominaban los franceses, los americanos y los ingleses, formaban las tropas de choque al servicio de Rusia contra el Ejército español?

Esta constante trasposición de la parábola de la paja y de la viga es lo que vicia el debate entre los aliados y España.

Además el pequeño Cuerpo de voluntarios españoles fué disuelto y repatriado a principios de 1944. Apenas se había repuesto de sus fatigas cuando esos mismos aliados comenzaban a considerar a esa misma Rusia como el enemigo definitivo. François PIETRI

PARA toda empresa, individual o colectiva, cualquiera que sea el género de negocio a que se dedique, es esencial conocer al comienzo de cada año o campaña, el monto de las existencias realizables y disponibilidades que constituyen su cobertura, así como lo exigible en plazos determinados, para poder formar un juicio exacto de la situación económica e inducir el ritmo y volumen probable de las operaciones de compra y venta que ha de ejecutar en dicho período, al objeto de estar en condiciones perfectas de atenderlas y poder salvar posibles contingencias. Con mayor motivo, el Estado, que es empresa de todo un pueblo, debe estar en posesión de cúmulo de datos que le permita saber las obligaciones a satisfacer por cargas, obras y servicios y los recursos a obtener como medio de atender aquéllas. Para ello tiene necesidad de formular un plan financiero que matice el cálculo de gastos e ingresos con clasificación adecuada, verdadera proyección del pasivo y activo en el futuro. Pues bien, este plan financiero es, en la técnica hacendista, el presupuesto.

En el desenvolvimiento de la función económica pública se pueden distinguir tres momentos bien diferenciados: preventivo o inicial, de acción o gestión y de crítica o enjuiciamiento. El primero, que es el que interesa exclusivamente a nuestro estudio, tiene como elemento primordial el presupuesto. Este, que es construcción numérica, se divide en dos grandes partes: Estado letra A, que recoge los gastos, y Estado letra B, para los ingresos. Dice la ley de Administración y Contabilidad de la Hacienda pública que «son únicamente obligaciones exigibles del Estado las que se comprendan en la ley anual de presupuestos o se reconozcan como tales por leyes especiales». «Constituyen los presupuestos generales del Estado la enumeración de las obligaciones que la Hacienda deba satisfacer en cada año con relación a los servicios que haya de mantener en el mismo y el cálculo de los recursos o medios que se consideren realizables para cubrir aquellas atenciones».

De la comparación de los ingresos con los gastos pueden resultar las siguientes situaciones presupuestarias: nivelada, con superávit y con déficit, según que los primeros sean iguales, mayores o menores que los segundos. El superávit indica el sacrificio exagerado e innecesario que se impone al contribuyente, cuyo excedente no tiene fin que cumplir y debe rechazarse por perjudicial. El déficit presenta el aspecto contrario y demuestra la insuficiencia de la Hacienda para la productividad tributaria o la aparición de circunstancias excepcionales graves que provocan obligaciones anormales, con influencia negativa en la estabilidad económica del país. Es ideal la situación de nivelado, que responde a la acertada ordenación financiera y deja patente la ejemplaridad política en su actuación dinámica. Pero un superávit o déficit ciertamente reducido, muy escasamente perjudica y son expresión de la tendencia decidida al equilibrio, por lo que deben aceptarse como buenos por su significado de prudencia.

El presupuesto aprobado por las Cortes para el bienio 1954-1955 está ajustado a esta última característica: asciende en gastos a 26.020.777.835 pesetas, e ingresos, 23.074.200.000 pesetas, y ofrece un superávit de cerca de 54 millones, como se ve muy comedido, que constituye el 0,20 por 100 de la suma de los gastos, claro está que tal valor y signo queda modificado ligeramente al incorporar a aquél los créditos necesarios para atender diversas mejoras de haberes de personal, por un importe total aproximado de 319 millones de pesetas, con lo que existe un déficit inicial que se fija en 265 millones, que es el 1 por 100 del presupuesto de ingresos. Sigue la línea descendente en los signos negativos para acercarse a la nivelación, constante preocupación del Gobierno, y puede considerarse en grado francamente satisfactorio.

El discurso previo pronunciado por el señor Ministro de Hacienda, en el que hizo exposición razonada y detalladísima de las perspectivas financieras para el próximo ejercicio 1954, sin dejarse arrastrar de abierto optimismo, que en este caso estaba justificado, pone de relieve que todo hace suponer que en el ejercicio próximo la recaudación seguirá su continua marcha ascendente, como en los últimos años, y no solamente por la expansión normal y corriente de los ingresos, sino también por los factores de carácter extraordinario interio-

res y exteriores, que al actuar sobre nuestra economía y elevar la renta nacional aumentarán también positivamente las bases tributarias, no es aventurado predecir que esperamos que no será difícil mantener e incluso dejar atrás la cifra que preventivamente hemos estimado como importe de la recaudación para 1954. Y ello se presagia y confirma por el resultado final obtenido en 1953, que revela un superávit de más de 1.911 millones de pesetas auténtico éxito de gestión que en el más alto porcentaje corresponde al Ministerio de Hacienda.

Analicemos ahora, de manera general, la significación e importancia de las diversas partidas de gastos, para formar agrupaciones racionales en orden a la homogeneidad de los fines y tantos por ciento de lo que representan de la suma total.

Tenemos, en primer lugar, las instituciones políticas de tradición y las indiscutibles dentro de nuestro régimen: Consejo del Reino, Cortes Españolas y Consejo Nacional, Instituto de Estudios Políticos y Secretaría General del Movimiento, así como los Consejos de Estado y Economía Nacional, por un importe total de 95 millones de pesetas y el 0,36 por 100 del presupuesto de gastos. Y por cargas ineludibles para la subsistencia y continuidad del Estado y previsión de sus servidores: Deuda pública y Clases pasivas, por 5.200 millones y el 19,74 por 100.

Siguen después. Para atender las relaciones internacionales y proteger a los súbditos españoles en el extranjero: Ministerio de Asuntos Exteriores, por 297 millones y 1,13 por 100. Por la acción impulsora de exigencias inherentes al desarrollo progresivo de la civilización: Ministerios de Educación Nacional y Obras Públicas, Direcciones Generales de Sanidad, Arquitectura y Regiones Devastadas, Ordenación Urbana de Madrid y Obligaciones Eclesiásticas, por 5.976 millones y 22,69 por 100. Fomento de la riqueza económica: Ministerios de Agricultura, Industria y Comercio y Dirección General de Correos y Telecomunicación, por 1.473 millones y 5,59 por 100, a cuyo resultado, y como fundamento de estudio, sería conveniente agregar la suma de los presupuestos de organismos autónomos correspondientes, por estar en éstos vinculada una gran parte de la realización de dichos departamentos. Mantenimiento de la independencia nacional, con integridad y decoro, base principal para la existencia de un Estado libre en el mundo internacional: Ministerios del Ejército, Marina y Aire, por 7.505 millones y 28,49 por 100. Por disfrutar de la tranquilidad pública o paz interior: Direcciones Generales de Política Interior, Guardia Civil y Seguridad, por 1.675 millones y 6,35 por 100. Obligaciones derivadas de las imperfecciones y contradicciones sociales: Ministerios de Justicia y Trabajo y Dirección General de Beneficencia, por 1.118 millones y 4,24 por 100. Para propaganda y horas libres: Ministerio de Información y Turismo, por 244 millones y 0,92 por 100. En Administración Pública: Ministerio de Hacienda, Tribunal de Cuentas, Dirección General de Administración Local y Gastos de las contribuciones y rentas públicas, por 783 millones y 2,97 por 100. Finalmente, con destino al Protectorado de Marruecos y posesiones del golfo de Guinea: Acción en Africa, por 992 millones y 3,76 por 100.

Tan sólo hemos de agregar breves palabras en calidad de comentario: los gastos están, evidentemente, muy por bajo del nivel de precios, clara demostración de la austeridad que se ha seguido en su cálculo y de la moderación en su empleo. Suponen una carga anual de 942 pesetas por habitante, que, como se ve, es muy reducida.

Para percatarse cabalmente de la trascendencia de las consignaciones presupuestarias y su proyección útil, citaremos, a título de curiosidad, el importe de algunas de ellas para el ejercicio 1954. La instrucción primaria pública cuesta 1.393 millones de pesetas. Las carreteras se llevan 727 millones en su conservación y reparación, y 204 millones por nuevas construcciones, en junto 931 millones de pesetas; las obras hidráulicas, 766 millones, y los puertos, 374 millones. Se han incluido los créditos principales y aquellos otros accesorios que aparecen extendidos en jornales y auxilios y subvenciones, y aún debiera agregarse la parte proporcional del personal facultativo y colaborador destinado en estas realizaciones. La sanidad, 342 millones, y los servicios de correos y telégrafos, 764 millones. La administración de justicia, incluido prisiones, tie-

ne un egreso de 590 millones, y la beneficencia, de 234 millones de pesetas.

Aun cuando de primera impresión parezca elevado el importe que se invierte en las anteriores atenciones, siempre resultará más barato y eficaz que tener cada habitante que subvenir con independencia a tales exigencias colectivas. El progreso se traduce en el mayor y mejor perfeccionamiento de la sociedad, y esto, como es natural, no ha de ser de ningún modo gratuito, sino que se acomoda a una escala de gastos para la satisfacción de las necesidades públicas. ¿De qué manera se consigue llevar a efecto la actividad agrícola, industrial y comercial, de qué modo se defiende la propiedad privada, la libertad, la justicia y el trabajo y en qué forma es posible atender la educación y la sanidad pública, de no existir un verdadero orden estatal establecido que armonice con el medio y dé protección al fin?

Dentro del presupuesto de ingresos destaca el grupo que integra la contribución de Usos y Consumos, con 11.803 millones de pesetas, de la que forman parte impuestos que existen en nuestra legislación fiscal desde los comienzos de siglo y fines del pasado, tan conocidos como los de transportes terrestres, producto bruto de minas, gas, electricidad y carburo de calcio, pólvoras y mezclas explosivas, alcoholes, azúcar, cerveza y achicoria, y desde 1927, la patente nacional de circulación de automóviles, clases B y C (automóviles de alquiler, ómnibus y camiones), que constituyen en junto, 1.190 millones. El resto puede asegurarse que procede de los impuestos creados por la ley de Reforma Tributaria de 16 de diciembre de 1940, salvo algunos que proporcionan escasos ingresos, y destacan, por su cuantía, los que recaen sobre la gasolina y gas-oil, con 3.000 millones y consumos de lujo por 1.309 millones de pesetas. Es de advertir que estos impuestos, cuando pesan sobre el consumo suitario, constituyen una forma legendaria de gravar la renta individual, por la íntima relación que de común existe entre el gasto y el ingreso privado, por lo que se aminoran los defectos e inconvenientes que hacen valer la mayoría de sus detractores.

Se valora en 3.100 millones de pesetas la contribución de Utilidades, tarifa III, o sobre renta de sociedades, que, como se sabe, grava los beneficios que se obtienen de la colaboración del capital con el trabajo y apreciado independientemente ocupa el primer lugar en importancia dentro de nuestro sistema tributario. También son de estimar los 1.700 millones que contiene el impuesto de Derechos reales, y 2.400 millones el del Timbre del Estado, cuya justicia, en ambos, nadie debe poner en duda. Por derechos de Aduanas se obtienen 989 millones de pesetas, y Monopolios, 2.317 millones, en los que destacan Tabacs, con 918 millones; Loterías, con 650 millones, y Petróleos, con 585 millones.

En los impuestos de producto, los que recaen sobre ciertas inversiones de capital están fijados en: 925 millones, la propiedad rústica; 920 millones, la urbana; 975 millones, el comercio y la industria, y 900 millones las utilidades procedentes del capital, que suman 3.720 millones de pesetas. La contribución de Utilidades sobre el trabajo personal es de 2.150 millones, lo que pone de manifiesto que esta base es una de las más fuertemente afectadas por el gravamen fiscal, sin duda por la dificultad de evasión cuando se trata de empleos fijos. Figura la contribución sobre la Renta, con 400 millones de pesetas, cifra ciertamente no muy elevada, quizá por la circunstancia de ser un supergravamen, cuyas bases son con anterioridad sometidas a los impuestos de producto y por la facilidad de ocultación.

Hemos querido presentar con lo anterior la imagen más completa del presupuesto para el ejercicio 1954-1955. Estamos en presencia de la transformación radical de nuestra riqueza, que cada vez se adapta mejor a los relieves de la economía nacional, abriendo nuevos surcos de vitalidad y facilitando el acierto y equidad en su redistribución. El nivel de vida es también más elevado, prueba fehaciente de la pujanza de los elementos que actúan en la producción y de la eficacia de la intervención del Estado. La nave de la Hacienda, diestramente manejada por experto piloto, puede navegar por mares de calma y arribar a tierras fecundas, capaces de fructificar por sus propios medios, en épocas de gran prosperidad.

Enrique ESTEBAN

LA UNIVERSIDAD LABORAL DE ZAMORA,

DE ZAMORA, MONUMENTO ETERNO DE LOS FUEROS DEL TRABAJO



35.000 METROS CUADRADOS OCUPA LA EDIFICACION

- CERCA DE 800 NIÑOS PRACTICAN EN LOS TALLERES
- ACTUALMENTE VIVEN INTERNOS 300 BECARIOS DE LOS MONTEPIOS LABORALES



Arriba: Una vista de la Universidad Laboral de Zamora. Abajo: Detalle del patio, con la iglesia al fondo

EL último sueño lo dormí de Toro a Zamora. Cuando me desperté, el tren estaba pidiendo entrada, y la niebla había humedecido la tabla de mi vagón de tercera. Al bajar del tren, un señor con pantalón de pana me indicó, lo mejor que pudo, el atajo más corto para la Universidad Laboral. Por el camino de la estación a la Universidad me encontré con lecheros que volvían a sus establos, y algún que otro asistente con el desayuno para su capitán. Porque la Universidad Laboral de Zamora está construida a las afueras y frente por frente del cuartel. Es un pe-

queño Escorial, con tejados más bajos y aerospiratos, que se arrastran sobre la tierra y parece como el abanderado de Zamora en la lucha de todas las ciudades por el ensanche.

DIFERENTES REGIONES BAJO UN MISMO TECHO

El padre director, don Fila, es un burgalés de pro y con una simpatía y bondad que le asoman sin disimulo a sus gruesas gafas. Desde el despacho pude observar la amplia lonja, entosada con rollito, que da recogimiento

a las serenas portadas de estilo jónico y dórico de la Universidad y de la iglesia. Durante el tiempo suficiente para liar y fumar me un pitillo me informo de algunas cosillas.

Por obra y gracia de los Montepios están reunidos en la recién estrenada Universidad los más dispares y antagónicos caracteres de España.

—Durante siete años convivirán andaluces con catalanes, vascos con castellanos y asturianos con gallegos. Poco a poco se van entendiendo, para, al final, en-



Muchachos practicando en los talleres de mecánica y carpintería

zar amistades entrañables en virtud de una disciplina común y de la caridad de San Juan Bosco. La única separación que existe es la exigida para la formación integral de los alumnos. Están divididos por cursos y edades, y sólo se ven en los actos de comunidad. Tiene especial interés la educación salesiana en que el niño crezca en la sabiduría de la vida con su misma edad y nunca iniciado por sus compañeros de más años.

Todos los días oyen misa y cada semana tienen la confesión de comunidad. Hay un padre, el catequista, que cuida del funcionamiento de las compañías de María y de todos los actos religiosos externos. La dirección íntima de las conciencias es exclusiva del padre director.

Se le da mucha importancia en la Universidad a la educación física y a la formación social. Todos los días hacen gimnasia al aire libre, aunque disponen de un gimnasio cubierto. Lo reservan para los días de temporal y para conocer los trastos empleados en este ejercicio. La formación social la cultivan sobre todo en el teatro. Es bastante social el convivir bajo un mismo techo tan diferentes regiones; pero al salir al escenario capacita al niño para saber saludar y hablar con llaneza y serenidad a los desconocidos. Hay notable diferencia en un internado del trato de los que actúan en escena al de los que siempre quedan fuera del telón.

Tres días a la semana estudian música. Cada uno puede aprender el instrumento que más le guste y sufrir examen en el Conservatorio. El día de mañana, al salir del trabajo, podrá dedicarse a dar clases particulares. Hoy día hay ya una coral de doscientas voces, y en los actos públicos interviene el coro de armónicas. Muy pronto Zamora podrá oír la sinfónica que piensan organizar los salesianos. De la última humarada de mi cigarro tomó parte el cartero, que entró con un montón de giros y cartas. Al poco rato apareció por el despacho don Gerardo de Castro.

Después de presentarnos abandonamos a don Fila y lo dejamos firmando certificados y envuelto entre papeles y cartas abiertas y trabajo para todo el día.

TRESCIENTOS BECARIOS INTERNOS

Gerardo de Castro, comerciante zamorano, es el encargado general de la oficina de obra.

Actualmente viven internos trescientos becarios de los Montepíos Laborales, y por ende becarios del proletariado español. Otros quinientos externos se aprovechan de las clases y talleres en vez de estar en sus pueblos tirando piedras de esquina a esquina, después de las horas de escuela. Practican cinco horas diarias de taller y con huecos breves de recreos alternan las clases de teoría. Cada especialidad tiene sus textos salesianos, y los alumnos se ejercitan durante

los cinco años en el dibujo profesional. En cada taller, además del vigilante para la disciplina, hay dos auxiliares y el profesor, a quien puede recurrir el alumno en los momentos de duda.

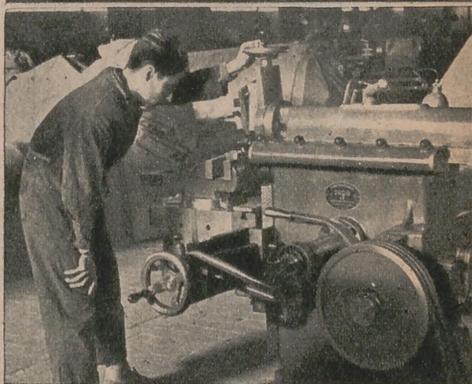
Eran las diez y treinta, justamente la hora de entrar los niños a talleres, cuando don Basilio Sokil nos dió el «pase» a la imprenta. Es un ucraniano muy colorado y robusto y ama mucho a España. Mientras hablábamos con él llegaron los veintidós niños que se inician en la imprenta. Los doce cajistas se colocaron en sus puestos, y, a pesar de nuestra charla, cada uno compaña con seriedad sus letras. Cuando pasamos a las máquinas sólo estaba una minerva de pedal en marcha. Empiezan trabajando a pedal por si un descuido les cuesta un dedo o una mano. Una vez que los niños se han acostumbrado a la velocidad, comienzan a usar las máquinas eléctricas. Al lado de nosotros descansaban dos flamantes neblotos, tras de las que se le iban los ojos a don Basilio. Nos despedimos de él en la encuadernación, donde unos niños se entrenaban en la guillotina, y con Gerardo me fui a la carpintería.

Nos recibió el profesor con un guardapolvo pajizo y un metro de madera asomándole por el bolsillo. El suelo estaba cubierto de serrín menudo y de la cepilladora salían virutas retorcidas como cabellos de ángel. Cada alumno trabaja en su banco, pequeño, como esos que le pintan a San José. Todos estudian carpintería y ebanistería, pudiéndose especializar cada uno a su elección. Empiezan trabajando piezas sueltas; pero siempre con el plano y el dibujo del mueble para que es la pieza. Al finalizar los cinco años estos jóvenes de dieciocho abriles salen capacitados para realizar y hacer el presupuesto de cualquier encargo de carpintería o ebanistería. En el quinto curso los ebanistas hacen ejercicios de talla y escultura, y terminan conociendo todos los estilos de su especialidad.

El taller de mecánicos está pegando al de carpintería. Junto a la puerta de entrada trabajan los de primero: sus únicos ejercicios son de lima y de taladro. Un poco más hacia el centro, los de segundo, manipulaban tornos silenciosos sobre los que se desparramaba el sol como un collar de perlas al estrellarse contra el suelo. Las demás máquinas estaban cubiertas con lonas, como el caballo del fotógrafo de minuto cuando llueve, y esperan la llegada de nuevos cursos para estrenarse. Hay catorce tornos, cuatro limadoras, tres fresadoras, una mortajadora, dos mandrinadoras, una cepilladora y dos rectificadoras: una cilíndrica y otra plana.

ELECCION DE VOCACION

A un muchacho que se acercó a hacer una pregunta al profesor le pregunté de dónde era: «catalán», me dijo. Después me enteré que de los cuarenta y nueve alumnos que trabajan en



Varios aspectos de la Universidad. La recia arquitectura que se alza en Zamora alberga en sus aulas y talleres una promesa hecha realidad en los muchachos que allí se forjan

este taller cuarenta son catalanes. Y más que lo solicitan. Pero la capacidad se agota con la cincuenta de alumnos. Tal vez en pocos sitios españoles de formación el niño escoge su vocación, tranquilidad de la vida futura, con la seguridad y acierto con que la elige aquí. Desde que el niño entra en la Universidad, hasta los doce o trece años, que es la hora de pasar a talleres, los profesores le observan en sus aficiones y destreza para los diversos oficios. Son ellos los que eligen su vocación; pero siempre orientados y garantizados por un examen psicotécnico que las ha-



Sección de imprenta y encuadernación de la Universidad

cen los padres salesianos al finalizar los años de preparatoria e ingreso.

Quando estos muchachos finalizan los cinco años de talleres, previo examen ante tribunales competentes, adquirirán los títulos de maestros u oficiales de primera, segunda o tercera en las cinco especialidades que hasta ahora funcionan en la Universidad.

CON LAS TIJERAS EN LA MANO

El profesor de sastrería nos recibió con las tijeras en la mano y una pieza de tela sobre la mesa de cortar, envidia de cualquier sastre que visite este taller. Es un italiano de estructura baja y con título internacional. Allí estaban los doce alumnos, sentados en sus banquetas y alrededor retazos de tela por el suelo, asomando hilos por las orillas. No empiezan cosiendo a tonatas y a locas. En primero aprenden todas las clases de punto. Quienes peor parados salen en este ejercicio son los dedos. Al principio se pican con la aguja y frecuentemente enratan y rompen el hilo. El curso segundo lo dedican a la hechura de pretinas y al remate de rabillos; en el último trimestre confeccionan pantalones y chalecos. En cuarto se inician en el corte, y en el último curso dominan la prueba y el corte de abrigo, frac, levita y smoking. En tercero trabajan la americana hasta la primera prueba, y en las clases de teoría estudian el tejido y la hilatura para no sufrir engaños ni errores en las compras de paño.

Quando llegamos a la zapatería los pájaros habían volado a estirar las piernas antes de comer. Es una sala pequeña, bien iluminada, como todos los talleres, y con capacidad para doce alumnos. Casi todos los que escogen este oficio, que son pocos, lo hacen con miras a establecerse por su cuenta. Durante los cinco años se ejercitan en el arreglo de calzado, en la construcción de nuevo para caballero y señorita y en el corte y modelado. También aquí el alumno dispone de todas las máquinas empleadas en la industria del calzado de artesanía.

Un pequeño zapatero que se había retrasado para hablar con su profesor, me llevó por un largo pasillo al sitio de recreo. Los

recreos, breves e intermedios entre clase y talleres, los pasan en el patio central. No tiene nada más que ocho mil metros cuadrados, repartidos entre dos estanques y jardines. Hace tres años era terreno de peña, donde no se criaba más que el tomillo. Hoy es un magnífico jardín gracias a la dirección de don Cecilio, que bien seguro bendecirá desde el cielo este y todos los jardines españoles. Por entre las calles de los jardines juegan a guardias y ladrones. En amplios soportales, que resguardan a las paredes del frío y de la lluvia, juegan a la pelota, y los aficionados a la música tocan la filarmónica en corrillos.

Los inspectores son salesianos, que interrumpen su carrera en el mismo año para dedicarse completamente al magisterio y al trato de los niños. Aunque no tienen aún campo de deportes, se han organizado ya los equipos de curso y las olimpiadas funcionan con toda regularidad. La preocupación del educador salesiano es que el niño no vea nunca misterio en la vida de los superiores. Por eso juegan con ellos, según lo manda San Juan Bosco, y no es raro ver en los repartos de teatro nombres de alumnos mezclados con los de sus profesores e inspectores.

A la una menos cinco tocaron el pito los vigilantes. Poco a poco fueron desapareciendo las pelotas hasta que el tercer pitido apagó los acordes de las armónicas más rezagadas.

Mientras subían la escalinata de las puertas de cristales, que dan acceso al comedor desde el patio, no pude menos de pensar en las proporciones y frutos de este apostolado social, iniciado por don Carlos Pinilla, cuando cada mayo, con las nuevas hojas de los árboles de Valorio, vayan saliendo hornadas de oficiales barbilampifios que en grandes empresas o en la recoleta artesanía concurren al mercado nacional con tornillos, muebles, calzado y trajes hechos a conciencia, con precisión y con ajuste.

LOS ALUMNOS MEJORES SIRVEN A SUS COMPANEROS

Mientras los alumnos practicaban por la tarde en los talleres, aproveché el rato para ver los alrededores, ordenar mis no-

tas y visitar algunas dependencias. Por un pequeño patio interior me llevaron a la cocina. Era la hora de preparar la cena. Es espaciosa, cómoda, y tiene una amplitud de cuatrocientos catorce metros cuadrados. Mientras una operaria metía las patatas en la peladora, otra las cortaba con una segunda máquina. Vi las alubias nadando en agua y las marmitas empezando a hervir. Curioseé los arcones donde guardan los garbanzos, las legumbres y el postre de la semana. En una limpia espetera asomaban dos blancos quesos que, como la carne, los huevos y las legumbres, proceden de la Granja de Experimentación Agrícola de Villalazán, adonde pienso ir mañana. A cargo de la cocina están las Hijas de María Auxiliadora, cuya casa se halla totalmente incomunicada con el resto de la Universidad. El servicio de la comida a padres y alumnos lo realizan por medio de tornos-ascensores, en los que no cabe más del perímetro de un plato sopero.

Quando llegué al comedor la merienda estaba esperando pacientemente sobre la mesa a los pequeños artesanos. Con quince o dieciséis higos y un bollo no se llena mal el bache de la comida a la cena. El comedor es un cuadrado con buena luz, que da a un pequeño patio, donde el mirto recién plantado crece al sol de Zamora. Los alumnos comen en mesas de a cuatro con mantel blanco. Naturalmente, pregunté por los camareros. «Aquí no existen», me dijo Gerardo. Son los mismos alumnos los que se sirven unos a otros. Cada semana se turnan los mejores: es decir, los que mejor se han portado o más han aprovechado en las clases y talleres. Original manera la salesiana de premiar: con la humildad.

UNA BOVEDA DE SETECIENTOS METROS

Quando al sol no le quedaba más de media hora de camino nos fuimos a rezar el rosario. Allí estaban todos los alumnos des-parramados por la elipse que forma la iglesia y cubiertos por una bóveda de cerca de setecientos metros de diámetro, sin columna de sostén y en la que brilla por su ausencia el cemento armado. Es maravillosa esta vida de Universidad Laboral. Después de las horas de taller, cuando el



Entrada a la granja y remolques para el servicio de la misma



cuerpo y el espíritu están cansados de las faenas del día, se reúnen bajo esta maravillosa bóveda, creación del arquitecto don Luis Moya, para rezar y descansar junto a Dios. El rosario lo dirigió un alumno con voz de tiple. Entre Santa María y Gloria me distraía profesionalmente para admirar la bóveda. No crean ustedes que es tan fácil. Hay que juntar bien el occipucio con la espalda para echarle una vista general de gusano. Porque desde el suelo y la veleta sólo hay cuarenta metros de altura y el diámetro es bastante largo. Los arcos, que son de ladrillo y en total miden alrededor de quinientos metros lineales, entretujan como una tela de araña en la que se enreda el sol a todas las horas del día. Van cubiertos por chaffanes dorados y arrancan de nudos macizos en los que el rojo contrasta con el oro y el gris con el blanco. El contraste entre el tantum ergo de sabor medieval y ese diálogo de la luz con los colores puros, me estremeció el alma.

A la bendición salieron con el padre seis monaguillos, vestidos de rojo y colgándoles por la espalda graciosas caperuzas. Son los canónigos: este tratamiento sólo lo alcanzan en premio al buen comportamiento, y es estímulo para los juguetones fuera del recreo.

«Debes apuntar, me cuchicheó Gerardo, que para salvar la resonancia y la confusión de voces, hubo que abrir las paredes a diez centímetros y cubrirías con diez centímetros y colchonetas». Ingenuamente le confíé mi doble extrañeza de sentir calor y de no ver radiadores por todo el perímetro

de la iglesia. «Es que el sistema de calefacción, me respondió, se ha resuelto por medio de paneles radiantes, colocados en el mismo suelo y cubiertos por el baldosín».

Cuando salí de la Universidad las farolas alumbraban la nueva avenida de los Salesianos y de las casas sólo se veían las luces ralas de las ventanas.

Ellos quedaron dentro, cenando, que eran las nueve; para mañana, después de asearse, bajar a oír misa y volver a trabajar, a divertirse, a estudiar cada día hasta cinco años. Pero siempre en esa rigurosa vida de familia en la que el mayor castigo que recibe el niño es el que un superior le niegue el saludo, si en algo ha obrado mal. Y yo bajé hacia la antigua Zamora, de aceras estrechas como cuartillas, por las que pasean malamente tres, y el de la pared rozando el codo con los canalones y los escabarpates, para preparar mi viaje a la granja de Villalazán.

HACIA LA GRANJA FLORENCIA

De Zamora a la Granja Florencia fuimos en una furgoneta metálica, sentados como Dios nos dió a entender entre sacos de carbón y garrafas tumbadas de panza y rodando de asa a asa. Dejamos atrás Villaralbo. Por el parabrisas y la puerta del conductor pasaban las cepas secas y el campo verde, a trozos, como la barba en la cara de un mozo.

Junto a mí iba sentado un anciano oriundo de Villalazán. Aun que no fumaba entablamos conversación a lo pocos baches. Entre los chirridos de la puerta de atrás y los saltos del coche me

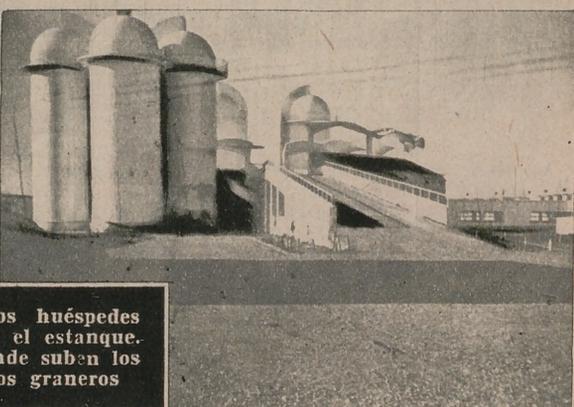
fué contando el linaje de la granja que hoy han montado los Montepíos. En tiempos perteneció a unos frailes, cuya Orden desconocía mi viejo compañero de viaje. Según huesos que se encontraron después aquí tuvo sus cárceles, tan traídas y llevadas, la Santa Inquisición. Cuando la desamortización de bienes los frailes predicaron que quien comprase sus tierras se condenaba. Pero el que las adquirió las ha conservado, repetía el anciano de bache en bache. En poder del último dueño un cerdo se escapó de la pira. Cuando el porquero lo encontró hozaba afanosamente hasta descubrir un gran boquete en un ribazo. Sólo anduvo el porquero unos pasos por la oscuridad. Al parecer era la boca de una galería que abrieron los frailes de la granja a Toro. «Una usted esto con lo de los huesos», me dijo el anciano ya apeado y con un talego blanco en la mano. «Y la leyenda será completa», dije para mí.

PASTORES CON RADIO

Mismo a la salida de Villalazán pasamos unas casas nuevas pintadas de blanco, donde viven los obreros fijos de la granja con sus familias. A la derecha de la carretera, recostadas en la ladera, toman el sol de diciembre las casas de los pastores y el aprisco. Son andaluzas las ovejas y hasta ahora han viajado enjauladas de pradera en pradera. Al oscurecer cada pastor las encierra en el aprisco común, que es un semicírculo cubierto, y ellos se van a calentarse a la lumbre y a oír la radio que don Carlos Pinilla les ha regalado. A más de la lana las ordeñarán para fabricar queso.



La casa de los huéspedes reflejándose en el estanque. Rampa por donde suben los tractores a los graneros



Manolo de la Torre, que es un toresano ancho de espalda y de cara como los de la tierra, nos enseña las dependencias de la granja. El color blanco de las paredes y el verde de las puertas son los que predominan en los edificios. Blancos son los gallineros, las cochiqueras, la vaquería, las pateras y las caballerizas. Todo es blanco, menos las casas de la dirección de la granja. En ellas viven el administrador, el subdirector, el mecánico, etc. Son de piedra labrada y lo suficientemente altas para dos viviendas. En una esquina de la plaza—también tiene su plaza—está la iglesia, pequeña, como el número de alumnos y habitantes. Aun no está pavimentada la plaza; pero para la próxima primavera se abrirán los primeros capullos en sus jardines.

Los gallineros están orientados al Mediodía. Sus inquilinos toman el sol en las alambradas, desde que nace hasta que les llega la hora de acostarse. Hasta que no venga febrero, gallos y gallinas no se ven más que a través de las mallas de las redes que los separan.

CRISTALES AZULES EN LA VAQUERIA

La vaquería, desde fuera, da la impresión de una barca descansando en la arena con la quilla al sol. Preside la comunidad de vacas un macho holandés con un lomo tan ancho como una carretera de primera. Cada vaca tiene su celda de hierro, y sólo las parturientas están aisladas, por si una coz o una morrada de la vecina le mata la cría. El techo de la vaquería está calado por ventiladores automáticos y eléctricos. Despidase, pues, el poeta bucólico de venir a inspirarse aquí con el olor a establo. El ambiente es normal y hasta los cristales son azules para que las moscas se ausenten en verano. Los silos semejan obuses gigantes dirigidos hacia el cielo, y, como los graneros, están unidos a la vaquería por un puente. En un pequeño molino, que queda en medio de los graneros, muelen el maíz, los piensos y el trigo. Este año, a pesar de ser el primero, les ha resultado casi totalmente la cosecha de maíz. Han montado termómetros en los silos y graneros; cuando la temperatura baja o sube, sacan las mazorcas a unas casetas de madera hasta que vuelven a sazón. Los tractores suben por una rampa y descargan en la misma boca de los graneros. Una elevadora se encarga de lanzar la hierba a los boquerones de los silos.

MANTEQUILLA Y QUESO EN PRODUCCION ACELERADA

La leche, después de ordeñada a máquina, la llevan en grandes cántaras, tapadas a presión, a una báscula, que, a la vez que la pesa, la filtra. En un termo de unos 1.200 litros, que ya les es pequeño, se conserva a la temperatura que se quiera. Fabrican leche pasteurizada, mantequilla, leche concentrada y queso. Para dar idea de lo completa que es la maquinaria en esta sección, basta decir que trabajan en la

industria un jefe y unas pocas mujeres. Podrían fabricar también leche condensada, pero hoy por hoy se dedican a la venta de leche y a la fabricación de queso y mantequilla. Probé el queso de reina, aplastado como una rebanada de pan, y en los estantes de las cámaras frigoríficas vi gran abundancia de queso manchego y a los de bola curándose en los cuencos de madera y esperando el pincel y la parafina. Pronto empezarán a fabricar en serie el roquefort. Cuando yo visité la granja tenían en el laboratorio tres ejemplares de esta marca. Nos los dio a oler el encargado; pero, según él, aun no oían del todo a pies.

SE ABASTECE DE LECHE A LA MAYORIA DE LOS CAFES ZAMORANOS

La obligación primera de la granja es satisfacer de alimentos las necesidades de la Universidad Laboral de Zamora. Los demás productos sobrantes, tanto legumbres como lácteos y derivados de la chacinería, se ponen a la venta del público con garantía y competencia de precios. Ya hay en Zamora una tienda que vende embutidos, queso y mantequilla fabricados en la granja. Han firmado un contrato para abastecer de leche pura a la mayoría de los cafés zamoranos.

Poco a poco se irá incrementando el mercado nacional con el producto de ésta y otras muchas granjas que funcionan o empezarán a funcionar en diversas provincias españolas. Cada año saldrán de la Granja Florencia veinticinco muchachos con un título de capataz agrícola, mecánico o ganadero en el boisillo. Unos trabajarán por cuenta propia y otros a sueldo. Pero a la hora de salir al mercado las amas de casa españolas serán las primeras en notar el beneficio de estas granjas.

EN GRUPOS DE TRES O CUATRO PRACTICAN EN LAS DEPENDENCIAS

Los veinticinco alumnos, después de barrer cada uno su cuarto y de hacer sus camas, se van en grupos de tres o cuatro a practicar en los gallineros, en las cochiqueras, en la vaquería, en las caballerizas, en la especialidad de tractores. Ya saben vacunar a los pollos y a las vacas. El veterinario les enseña el tratamiento químico de las enfermedades de cada animal; el mecánico los amaestra en el manejo y compostura de tractores, y el perito agrónomo, que es actualmente el subdirector de la granja, les descubre los secretos del cultivo de la tierra. Cada martes y jueves baja por la tarde el párroco de Villalazán a instruirles en religión. Estas clases de teoría las tienen por la tarde, y por las mañanas practican en las dependencias de la granja.

Manolo, nuestro cicerone, es el instructor. Los vigila continuamente y él les da las clases de cultura general y les dirige los ejercicios de gimnasia y los deportes. Se le exige a todas horas moralidad. A pesar de los entorpecimientos que suelen ocurrir en estas faenas agrícolas, no se les tolera ninguna palabra ajena

al Diccionario de la Lengua Española. De las tres especialidades, la única que está sin alumnos es la de ganaderos.

FAISANES Y LLUVIA ARTIFICIAL EN ZAMORA

Cuando el sol empezó a dorar la punta de los silos y a alargar las sombras de las tapias sobre los paseos de grava que dan acceso a todas las dependencias, visitamos la josa, las pateras y el pozo artesiano.

Los patos de ceba andan todo el día metidos en el río. Fasa el Duero a un lado de la granja y en un remanso que hacen unos viejos molinos se zambullen y nadan. A las horas de comer tocan un hierro la encargada y todos salen y corren, como niños tras de un pájaro recién salido del nido. Los de producción los tienen en alambradas, como las gallinas; cada raza con su estanque. Hay también ocas de Talavera y cuatro razas de patos: corredor indio, kaki-kamel, pequin y común.

En grandes jaulas de malla metálica y al aire libre vuelan los faisanes con vistas a la venta de su carne, si se aclimatan en las orillas del Duero. Por la josa, que hoy no es más que un cuadrado lleno de hoyas y árboles menudos, se pasean, majestuosos, los pavos reales. Sólo han plantado 12.000 árboles frutales. Pero ya han traído de Viveros Castilla otros 14.000. Dará gusto pasearse a fines de septiembre por las calles de la josa y comer de vez en cuando una manzana al sol de otoño. Aunque la granja viene bien en cualquier tiempo. En verano, por el río y la motora, que ahora pasa el letargo en un rincón. En otoño, por las frutas; y en invierno, por la orientación al Mediodía. Pero, sobre todo, será deliciosa cuando el vino de las 50.000 cepas recién plantadas caliente los cuerpos.

En un pequeño ribazo, y cercano a la josa, sale el agua de un pozo artesiano a una pequeña copa de surtidor. Las 1.000 hectáreas de la granja son de regadío. Adonde no llega el canal de San José llega el agua del pozo artesiano.

La lluvia artificial la producen mediante cuatro motobombas, que lanzan de tres a cuatro litros de agua por segundo a una altura de 40 metros. Sin moverse de sitio, una motobomba llueve sobre un diámetro de 300 metros.

CENTRO DE ORIENTACION Y ESTIMULO

Al ponerse el sol el frío nos hizo recoger bajo techo. Mientras bebíamos una jarra de vino en el economato mi amigo José Antonio, compañero de viaje y estudiante de Filosofía y Letras, que por suerte o por matrimonio espera poseer una dehesa, nos dijo, tragándose una anchoa: «De esta excursión he sacado grandes proyectos para mi futura dehesa.» Nos reímos y seguimos bebiendo vino.

Pero tal vez José Antonio tenga razón. ¿Por qué no nan de ser estas Granjas de Experimentación Agrícola el modelo de todas las particulares y el estímulo de todos los granjeros españoles?

LOPEZ MORAN

SALA DE ESPERA EN LA

PENULTIMA MORADA



75 ANCIANOS AGRADECEN LA EXISTENCIA EN EL HOGAR DE VALLVIDRERA

UN FUNICULAR QUE CONDUCE AL SILENCIO

BARCELONA tiene todos los inconvenientes y ventajas de las grandes ciudades; perfectamente explicados unos y otras. Caminar por el centro de la capital catalana, sin prisas, sin algo concreto que hacer, sin dirigirse a un sitio determinado, es difícil, como no sea en día de fiesta. Aislarse del problema económico en Barcelona es más difícil aún. El codo a codo con que avanzan talleres, comercios y fábricas y la capacidad industrial de la ciudad dibujan en el cielo barcelonés una gran chimenea, una chimenea de la que mana humo de trabajo, dinero de producción.

Barcelona en día de trabajo es una ciudad fuerte, incansable, de un engranaje perfecto. De organizarse un campeonato atlético de ciudades Barcelona podría tomar parte, con grandes posibilidades de éxito, en las carreras de mucha distancia, de largo recorrido. Todo ello le da más valor al hecho de que baste media hora de recorrido en Metro y funicular para encontrarse en silencio, para respirar lejos de las estatuas de hombres ilustres, de los voceadores de periódicos.

Uno de los funiculares que conducen al silencio es el de Vallvidrera. Y a cinco minutos de esa estación, a un corto paseo de «la cabeza» del mismo, se alza un hogar para matrimonios ancianos.

SEGUNDA LUNA DE MIEL

El edificio está espléndidamente emplazado. A la izquierda, según se avanza por el camino que asciende a un pequeño montículo. Allí arriba la luz se vierte con generosidad y una brisa agradable no muere nunca, ni siquiera en verano. Pasarse una mañana en el interior de este Hogar, cogiendo del brazo a seres que ven próximo su definitivo final de carrera, es aleccionador y en extremo emotivo.



Arriba: Fachada principal del Hogar asilo para ancianos de Vallvidrera. Abajo: Galería donde los viejos asilados toman el sol en los días fríos de invierno



El comedor del Hogar donde los ancianos desgranaban sus recuerdos entre plato y plato. Derecha: Un aspecto de la gran cocina del asilo



Quando yo lo visité, setenta y cinco ancianos vivían en él. Gente con un pasado más o menos brillante, cuya labor en la vida había sido más o menos eficaz.

Las reglas que rigen este Hogar permiten que cada matrimonio disponga de una habitación, convertida en pequeño piso. Permiten también que en ella sean colocados los mismos muebles, la misma cama que un día estrenaron juntos.

—¿Qué más podemos pedir?— me decía un anciano—. Cuando creíamos morir en la miseria encontramos en esta casa la posibilidad de pasar los últimos años de nuestra vida sin preocupaciones. Tengo ochenta años y mi esposa setenta y seis.

—¿Qué quiere usted... —continuó el hombre al poco rato—. Ya no somos jóvenes y hemos pasado muy malos ratos. Puede que por ello nos parezca estar viviendo una segunda luna de miel.

—¿No tuvieron hijos?

—Tenemos dos —contestó el hombre— y de poco nos han servido. Amigo, si llega usted a nuestra edad ya se dará cuenta de que los viejos estorban en todas partes. —Y añadió—: Pero eso qué importa ya, ¿verdad, Elena?— y tomó con suavidad el brazo de su esposa.

Efectivamente, la cara del anciano denotaba extraordinaria placidez. Su mujer, sin pronunciar palabra, movía los labios hundidos en las encías, mirando de frente ora a su marido, ora a mí.

EL ESPAÑOL

ha publicado en sus páginas novelas de

Concha Espina.
Federico García Sanchiz.
Eduardo Aunós.
Noel Claraso.
Tomás Borrás.
Carlos Rivero.
Luis Romero.
Ana María Matute.
Roberto Molina.
Ignacio Aldecoa.
F. García Pavón.
Miguel Delibes.
Alfonso Sastre.
Juan Antonio de la Iglesia.

Los pocos muebles de su habitación estaban perfectamente limpios, cuidadosamente ordenados.

Luego pude ver que muchas habitaciones tenían algo en común. Eran como una especie de «exposición de recuerdos», en la que lo aparatoso de las camas y la temática de los cuadros de las paredes daban fe del tiempo transcurrido.

La Ryda, Madre Directora de la Institución me decía:

—Nosotros procuramos que no les falte nada. Que tengan cuanto pueden necesitar. Incluso el dinero de sus pensiones, los que las cobran, lo conservan íntegro. Se les ingresa la cantidad en la libreta, que a su nombre tienen abierta en la Caja de Ahorros, y trabajamos para que dispongan del máximo confort aquí.

En el Hogar todo luce extraordinariamente. Todo está cuidado y brillante. Los ancianos van y vienen por los pasillos en silencio, con un andar que ha vencido al tiempo. El edificio entero está a su disposición. Lugar preferido es una amplia sala llena de sol en la que los ancianos quemaban las horas en distracciones dispares: cartas, dominó, parchís, etc. Curiosa manera de mover las fichas, la de los viejos, que jugaban al parchís cogiéndolas entre el pulgar y el índice pegaban pequeños golpecitos sobre el cristal, para controlar los tantos marcados.

—¿Les permiten jugar cuanto quieren?—le pregunté a la directora.

—Desde luego —contestó—. Pero, generalmente, es poco rato. Siempre se acusan de hacer trampas. Todos quieren ganar y en cuanto suena el primer grito acaba la partida. Tienen ya tantos años que son unos niños...

—¿Hasta qué hora están libres?

—Existe, naturalmente, un horario fuera del cual los ancianos hacen lo que les place. A las siete y media tienen misa, obligatoria sólo en los días festivos. Ocho y media, almuerzo. A la una, comida. A las ocho, cena. A las nueve y media se retiran a sus habitaciones, lo cual no significa que tengan la obligación de acostarse en seguida.

«MUCHAS PENAS PARA NADA...»

Me pasé largo rato en aquella sala inundada de sol, observando

a los ancianos. En su mayor parte hablar con gran lentitud y en voz muy baja. Parecía como si creyeran que cada palabra podía ser la última que les sería dado pronunciar y quisieran meditarla, saboreando cada letra. El tema de las conversaciones era desigual, si bien tenían como factor común una total ausencia del presente... Todos procuraban volver al aire, aquello de su vida que consideraban mejor.

Uno llamó poderosamente mi atención por su manera de permanecer sentado: con el cuerpo doblado hacia adelante, apoyaba la frente en el puño de su bastón. Pregunté quién era:

—Se llama Juan—me contestaron—y se pasa el día así. Su esposa murió hace ya bastante tiempo y desde entonces prefiere estar solo.

Me acerqué a él y le tendí la petaca:

—¿Quiere usted fumar, abuelo?

El anciano levantó la cabeza y me miró detenidamente:

—No fumo. ¿Quién es usted?

—¿Qué hace aquí?

—Puede considerarme un amigo—repliqué—. Me ha parecido observar que estaba usted triste y he pensado que tal vez quisiera jugar una partida a las cartas.

Me costó un gran esfuerzo iniciar el diálogo con él. Al cabo supe que el hombre había gozado de muy buena posición, que durante la guerra de Liberación había perdido su dinero y un hijo y que al morir su esposa, quedó solo en el Asilo.

—Muchas penas para nada —terminó diciendo el hombre—. Es terrible estar sin otra cosa que hacer que esperar la muerte.

—¿Sólo tuvieron un hijo?—le pregunté.

—Tuvimos dos más, que viven en Valencia. De vez en cuando se interesan por mí; pero, al parecer, les estorbaría si viviera con ellos.

La directora me aclaró luego la situación del hombre:

—Como él hay varios —me dijo—. Varios cuyos hijos viven cerca, a veces en la misma Barcelona, pero que no permiten que sus padres estén con ellos. En cambio, muchos de estos ancianos dejan todo el dinero que tienen en la Caja de Ahorros para sus hijos. ¡Si viera entonces el interés de éstos para cobrar las pesetas!...

Pensé que no sólo muchas habitaciones tenían algo en común. El primer anciano con el que ha-



Esas cuatro ancianitas son las más viejas del Hogar. La que está de espaldas tiene noventa y dos años. Derecha: dormitorio para matrimonios asilados

bía hablado el marido de Elena, también me había contado algo parecido. ¡Cuántas lágrimas ha secado esta maravillosa obra! ¿Qué sería de toda aquella gente? Andarían desparramados por el mundo, con las palmas de las manos vueltas hacia arriba, en actitud de súplica.

«YO QUISIERA COMPRAR DULCES...»

En este Hogar de Vallvidrera hay ancianos que viven felices y otros que lo son menos. Pero sus preocupaciones a menudo son nimias, poco espectaculares. Un anciano me decía:

—Lo que a mí me molesta es que no podamos tener nosotros nuestro dinero. ¿No le parece que esto no está bien? Yo muchas veces quisiera comprarme dulces y no puedo.

—¿Por qué no pueden comprarse dulces, hermana?—pregunté a la directora.

—De ahí nació, precisamente, la necesidad de evitar que cada uno guardara su dinero—contestó—. No todos disponen de él, y los dulces originaban terribles batallas de celos, puesto que a sabiendas extendían los pasteles ante los ojos de los demás con el único objeto de dar envidia a quienes no podían adquirirlos.

El abuelo se alejó refunfuñando. Aquel hombre, con una simple tarta de crema se hubiera sentido el centro del universo. Pero la hermana directora tenía razón. No necesitan dinero para nada. Todas sus necesidades están cubiertas. Disponen de barbería,

tabaco, comida y ropa; todo gratis. Los jueves y los domingos, días en que tienen plena libertad para salir del Asilo, se les entregan cinco pesetas para que, los que así lo desean, puedan bajar a la ciudad.

Seguí ofreciendo mi petaca a unos y a otros, hablando con ellos. Muchos han sido pobres toda su vida. Otros gozaron de brillante posición. En sus actos se nota la diferencia de la vida que llevaron. Los primeros prefieren jugar siempre a las cartas. Los demás leen el periódico, discuten de política y lamentan que la fatiga les impida jugar al billar.

De pronto uno de los ancianos me dijo que le siguiera:

—Quiero presentarle a un amigo—aseguró.

Y me acompañó hasta un salón en el que uno tocaba el piano con gran habilidad.

—Siéntese y escuche—me dijo—. Y sacando una vieja pipa de su bolsillo empezó a fumar.

UNA VOZ QUE DICE GRACIAS

En medio de tanto silencio el piano tenía una sonoridad extraña. El ambiente predisponía a creer que lo más profundo en todos los casos es una romanza en «la menor». Dejé que el hombre terminara su interpretación. Luego estuvimos charlando un buen rato. Era un hombre culto, pero

ya se había alejado de todo, estaba ausente. Prefería hablar de la casa que Beethoven había dejado en Bonn a internarse en el mundo de los problemas actuales. Me dijo que cuando se casó, con la ayuda de su esposa montó una academia de música. Ella había muerto hacía unos meses:

—¿Qué menos puedo hacer—acabó diciendo—que tocarle siempre el piano? A veces creo off su voz, que me da las gracias.

¡QUE DIOS LES BENDIGA!

¡Qué gran lección constituye una visita a este Hogar! Si la literatura no fuera enemiga del reportaje podría extenderme en múltiples consideraciones. Consideraciones que apoyadas en la sinceridad tal vez consiguieran que mucha gente se sintiera culpable. A muchos de aquellos ancianos el mundo les había cerrado las puertas de la caridad.

De nuevo, en la cabeza del funicular, de regreso a Barcelona, pensé que en las palabras del hombre del piano había un mucho de locura. ¡Una voz que desde el otro mundo le daba las gracias! «Bien, ¿y qué?», acabé pensando. Sea lo que fuere, el hombre toca el piano para su esposa y es feliz. Su amigo puede fumar su pipa, jugar al parchís, al dominó. Setenta y cinco ancianos agradecen todos los días la existencia de aquella institución. ¡Que Dios la bendiga!

Pedro GIRONELLA POUS



Izquierda: En esa mesa de un rincón del comedor se suelen sentar las viejecitas más antiguas que componen la familia del Hogar de Vallvidrera. Derecha: Capilla del asilo donde diariamente oyen misa los ancianos de la casa

Los jureles, que se venden a pocos céntimos el kilo producen a Asturias miles de pesetas cada temporada

APARECEN EN NOVIEMBRE EN EL MAR DEL NORTE, SIGUIENDO LAS COSTAS DE FRANCIA Y ESPAÑA Y SE PIERDEN EN EL MES DE FEBRERO FRENTE A PORTUGAL

Un reportaje a bordo del «Cesarito»

Especial para EL ESPAÑOL

Si ustedes preguntan en Asturias por el jurel, estarán a punto de que algún oficioso les envíe a casa de cualquier individuo, y, sin embargo, este es el lugar de España en donde se pesca, casi en exclusiva, este pez. Sólo que aquí se les llama chicharros.

Millones de jureles son capturados todos los años por los buques de Avilés y Gijón, y miles de ellos salen inmediatamente con destino a Madrid y otras ciudades castellanas.

Los chicharros forman montañas sobre los muelles, montañas tan olorosas que su presencia se percibe desde muchos metros.

Para hacer un reportaje sobre la pesca del chicharro hace falta encontrarse un buen guía que nos lleve por las complejas sendas de los pósitos de pescadores, de los barcos atracados costado con costado y de los montones de desperdicios flotando entre charcos de sangre y agua salada.

Yo he tenido la suerte de encontrar a dos técnicos en la materia: Juan Wes, director de «La Voz de Avilés» y Jesús Evaristo Casariego, autor de «Con la vida hicieron fuego». Ellos fueron los patrones, los timoneles y los vigías de este reportaje. Gracias.

EL PEZ QUE NO DEJA PISTA

Un día, un buen día del mes de noviembre, aparecen los primeros bancos de jureles ante las costas del golfo de Vizcaya, y son los pescadores de Pasajes y Ondárroa los primeros en salir en su captura. Después los jureles pasan lamiendo la costa cantábrica y en una mala hora se pierden por la estaca de Vares.

Estos datos les bastan a los pescadores asturianos, que les interceptan el camino y diezman las filas aprovechando los días de «oscura», cuando la luna está oculta y el mar brilla delatando el paso de los emigrantes.

Pero si ustedes intentan saber algo más sobre el jurel, se enterarán de que ni siquiera un especialista como Casariego puede decirle otra cosa que no sea ésta:

Aparecen en el mar del Norte

Auténticas montañas de chicharros en el muelle en espera de camiones que los llevarán para las fábricas de productos derivados de este pez

o en el canal de San Jorge, después siguen las costas de Francia y España y se pierden en las de Portugal. Acaso vayan hasta Africa o acaso se pierdan en las profundidades del Océano para desovar. Al próximo año vuelven a aparecer en los mismos sitios, para perderse en los mismos lugares. Mientras tanto, una buena parte se queda en Asturias.

A BORDO DEL «CESARITO»

Juan Wes me presentó al armador Angel Candín y éste al patrón, Arnoldo.

De presentación en presentación llegué hasta la cubierta del vapor «Cesarito», pasando por un café de puerto en el que los dueños de pesqueros comentan las mareas y el precio de las últimas partidas.

Arnoldo es bajo, joven, de pelo negro, patrón desde los diecinueve años. Ha visto subir muchas veces las redes rebosantes y ha visto muchas olas barriendo la cubierta. Una y otra cosa hacen marino a cualquiera.

—¿Incluso a mí?

—A usted también.

Y me embarqué en el «Cesarito», matrícula de Avilés y tripulación asturiana. A las seis de la tarde comenzamos a navegar por la ría camino del mar. A nuestro lado va deslizándose la carretera por la que transitan obreros y parejas de novios. En cubierta hablamos de pesca. Arnoldo se extraña de lo mucho que sé, pero yo no digo el nombre de mis maestros y así quedo muy bien.

—Verá usted. Ahora navegaremos rumbo al N. O. y seguiremos esta ruta hasta las ocho o nueve de la noche. A esta hora, el mar estará oscuro como un carbón.

Ya estamos en alta mar. El barco se balancea agitando las lucecitas roja y verde de orientación. A proa van dos hombres.

—No crea usted que vale cual-

quiera para el puesto que ocupan esos dos tripulantes.

—¿Por qué?

—Tienen que conocer cuando el mar «ardora», cuando produce ese chisporroteo que delata al chicharro. A pesar de nuestra experiencia muchas veces lanzamos los aparejos y al subirlos los encontramos vacíos. Hemos lanzado la red ante un banco de sardinas y éstas se escaparon por las anchas mallas. Una calamidad.

De pronto una voz clásica en el mar: ¡Va! ¡Va!

—¿Por dónde?

—A estribor.

Ya hemos localizado a los peces.

LA «ARDORA»

En las aguas de tinta china se nota la «ardora», el brillo especial, fosforescente, que denuncia la presa.

—¿Ve usted? Muchas veces vienen tan juntos, tan apretados entre sí, que ellos mismos se destripan los unos a los otros. Parecen una tabla viva que navegase. ¿Entiende?

Entendemos; pero sin dejar de mirar al mar. Vamos acercándonos al banco de chicharros, describiendo una curva para cruzarnos ante ellos. Cuando estamos a su altura Arnoldo grita:

—¡Larga!

Y el enorme aparejo comienza a caer en el mar mientras el vaporcito, a toda máquina, va adelantando a ese trozo de mar que brilla y navega.

DOSCIENTOS METROS DE RED

El aparejo del «Cesarito» mide ciento noventa metros por cincuenta de alto. Los corchos van quedando flotando a nuestra popa, mientras la red cuelga ante los peces como una barrera infranqueable, que se va cerrando por el fondo hasta adoptar la forma de un embudo.

Sobre la superficie, en el cen-



En el mismo muelle local de Gijón se van llenando las cajas con los recién pescados. A pocos metros esperan los camiones, dispuestos a para cien destinos distintos

tro del gran círculo que ya han formado los corchos, hay un movimiento de espuma y coletazos que amenaza con destrozarlo todo.

Y entonces suena la voz de «¡Luces!», y los reflectores nos deslumbran a todos, a pesar de que están enfocados sobre el mar. La mar viva, espumeante, comienza a amansarse, a tranquilizarse, parece que ha llegado la muerte.

A nuestro lado un marinero se esfuerza en explicárnoslo todo.

—¿Ve usted? A los peces les atrae la luz, igual que a las mariposas!; pero éstos se atontan, se quedan como idiotas. Fíjese cómo van tumbándose panza arriba, dejándose flotar y chocar unos contra otros.

Ahora sí que la mar arde, «ar-

dora». Arde en escamas de plata y en luz dorada. Las redes suben y unos círculos de acero, de los que penden mallas cerradas por el fondo, van descargando cientos de chicharros sobre la cubierta.

Arnoldo, apoyado en la borda, va contemplando la maniobra.

DOCE TONELADAS DE CHICHARROS

De una sola redada hemos capturado doce toneladas; pero al llegar a puerto llevaremos más de veinte.

En el silencio de la noche, el «Cesarito» es una isla de trajín y gritos.

Arnoldo hace cuentas.

—Unas doce toneladas serán estos que usted ve. Como cada



Las manos de las mujeres especializadas colocan las piezas ve-
lozmente en las cajas. Una tarea que puede hacerse sonriendo

chicharro pesa unos treinta gra-
mos, pues... vamos a ver... pues,
sí; ahora estaremos metiendo a
bordo unas treinta y seis mil pie-
sas

La cubierta está llena de cole-
tazos, de sangre y de posibilida-
des de resbalar.

Repetimos la maniobra varias
veces, y cuando el buque está ati-
borrado, casi rebosante, lanza al
aire el sonido estridente de la
sirena para despedirse de esas
lucecitas rojas y verdes que son
los otros pesqueros lejanos.

Llegamos a Avilés de madru-
da.

—Esto se terminó. ¿Se mareó
usted?

—No, me tomé antes unas pas-
tillas.

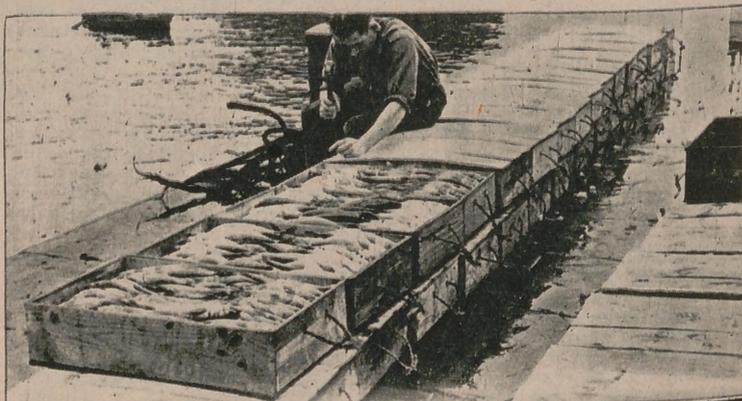
—¿Unas pastillas? Hágame ca-
so, para no marearse sólo hay un
remedio.

—¿Uno?

—Sí, uno solo. Ponerse a la
sombra de un pino.

LOS MILLONES DEL MAR

Mientras en el pósito vendían
la pesca a cuarenta, cincuenta y
sesenta céntimos el kilo, nosotros
nos dedicamos a hojear el libro



Ya han quedado listas las cajas. Los últimos clavos entran en
la madera, cuatro o cinco horas después de que el producto
embalado haya salido, coleando, del mar

de anotaciones. El encargado es-
tá tomando un café en espera
de que salga el sol y se «pueda
calentar por fuera».

A pesar de que sólo hace ocho
años que se pesca en Asturias el
jurel, la campaña, desde noviem-
bre a febrero, representa una
fuerte ayuda económica para ar-
madores, pescadores y conserve-
ros. Por término medio se cap-
turan unos dos millones y medio
de kilos en Avilés, y cerca de dos
millones en Gijón. En total, al
año, el chicharro, este pez de as-
pecto sólido y de grandes ojos, de-
ja más de dos millones de pes-
etas de beneficios a los hombres
del mar.

El hombre que toma café nos
dice que otro pesquero se mar-
cha ahora a vender su mercan-
cía a Gijón. Al poco rato esta-
mos otra vez navegando. El bu-
que huele tan intensamente a
pescado que comenzamos a du-
dar de que algún día perdamos
este perfume. Los marineros can-
tan, y aun estamos repitiendo:

«Paxarinos que venis cantando,
a la orilla de una fuente...»
Cuando entramos en Gijón.

DESTINO A MADRID

Aquí hay un gran trasiego en
el muelle. Un grupo de mujeres
se afanan en limpiar y embalar
entre hielo a los jureles en cajas.
Un hombre va clavando las ma-
deras. Todo esto al aire libre, so-
bre un fondo de buques carbon-
eros y gaviotas que se procuran
su ración de pescado fresco.

¡Y tan fresco! Como que a las
dos o tres horas de salir del mar
los chicharros parten en camio-
nes o en el tren hacia muchas
ciudades castellanas. Burgos, Va-
lladolid, Madrid, Toledo...

Siempre hay alguien dispuesto
a darnos datos. «Si supiera usted
lo caro que resulta el porte por
ferrocarril, a veces resulta más
caro que el propio valor del pes-
cador».

Y otro viejo añade: «Diga us-
ted que el noventa por ciento de
los chicharros que se comen en
España se pescan en Asturias».

Lo digo y nos vamos para casa.

Mi mujer se extraña:

—«¡Qué raro!, hoy tenemos
salmonetes para comer y no has
protestado porque la casa huele
a pescado».

Le digo que la casa huele muy
bien y me voy a acostar.

Paco Ignacio TAIBO

(Reportaje gráfico de Gonzalo
Vega.)

Desde IRLANDA
(Especial para EL ESPAÑOL)

LA ISLA BLASKET ES ABANDONADA POR SUS HABITANTES EN INVIERNO

Se ve en trance de
desaparecer bajo
las olas gigantescas

UNA CANOA ES MAS
SEGURA QUE UNA MUJER

IRLANDA es un bello país. Lo característico de ella es su espíritu libre e independiente, que la lleva a vencer todos los obstáculos puestos por los hombres. Pero hay algunos obstáculos, nacidos de la Naturaleza, que resultan invencibles. Este es el caso de la isla Blasket, a milla y media de distancia de la punta sudoeste de Irlanda.

La isla Blasket ha sido abandonada, hace unos días tan solo, por los escasos habitantes que en ella quedaban. En la isla Blasket se puede vivir en verano, medio habitar en primavera, no morar en otoño y morir, si uno se sigue quedando en ella, en invierno. Y no es que la isla Blasket sea una isla improductiva, estéril, desolada, incapaz para la ganadería o imposible para la pesca, no; lo que pasa es que en cuanto llega el mal tiempo—que por aquellos parajes, salvo dos meses en el verano, lo es todo el año—, la isla Blasket se ve en el trance de casi desaparecer debajo de las gigantescas olas que tapan por completo pedruzcos enteros de la costa. Además, reina un frío intensísimo, que obliga a los singulares vecinos, que hasta la fecha habían vivido en medio de la furia de los desatados elementos, a permanecer muy cerca de la chimenea, después de haber hecho acopio para nueve meses de carbón vegetal, leña y toda otra cualquier clase de combustible, oyendo silbar el viento, rugir el mar y chocar la lluvia contra las duras rocas de la isla o contra las desnudas ramas de los árboles.

UNA CANOA TIENE EL
NOMBRE DE UNA NOVIA

Hace cincuenta años, quizá por una tradición y un amor al ho-

gar que les vió nacer, la isla tenía su núcleo de población, reducido, eso sí, pero habitantes al fin y al cabo. La vida era preferentemente agrícola y ganadera. También, cuando el estado del mar lo permitía, los «blasketños» se embarcaban en sus típicas canoas cubiertas de lona y navegaban en busca de bancos de pescado.

Las canoas de los habitantes de la isla se llaman «niabhogs», son largas y estrechas y llevan dos remeros y un patrón. Cuando llueve o hace mal tiempo, se pueden cubrir con una lona, que les da un aspecto de extrañas salamandras anfibas surcando las azules aguas del mar. Las canoas, que son objeto de admiración por los turistas que llegan al puerto de la ciudad de Kerry, donde suelen estar atracadas formando una minúscula y pequeña flota fantástica, les hacen el servicio, además, de medio de transporte desde la isla a tierra firme, de barcos pesqueros. Con ellas, cuando el tiempo es favorable, se lanzan al mar provistos de redes y utensilios de pesca. En el verano, vista la isla desde un avión, podía observarse, al amanecer, desde lo alto, quince o veinte embarcaciones de este tipo arrastrarse por la tierra, introducirse en el mar, alejarse dos o tres millas de la

costa y volver al anochecer, con un farolito en la popa encendido, silenciosamente, como nocturnas luciérnagas marinas.

El más viejo pescador de la isla tiene la más vieja canoa. La construyó hace treinta años.

—Se llama «Samy», en recuerdo de una novia que tuve.

El viejo pescador que tiene la más vieja canoa de la isla no puede contener la emoción y—al fin y al cabo, es un marinero— compara su canoa con el amor de la juventud.

—Mi novia era rubia, espigada, ligera y veloz. Quizá por ser veloz se me escapó. Pero mi «niabhog», atada por la noche a unos troncos, en tierra firme para que no se la lleve el viento, no se me ha escapado nunca. Porque se parece a aquella rubia volandera, la llamo «Samy». Por encima de las olas se balancea grácil y contenta, igual que ella, cuando, por las tardes del verano, me venía a buscar a la crilla. Y si mi canoa regresa llena de pescado, oliendo a mar fresco, me acuerdo de la rubia Samy, que se bañaba en el mar y se perfumaba con algas de las escolleras.

El viejo pescador se queda mirando al horizonte.

—¡Bah!—exclama—, una canoa es más segura que una mujer...



Una chalupa se aproxima a la única escollera de la isla de Blasket a través de las olas peligrosas. En invierno, el mar es tan duro que no es posible lanzar las chalupas desde la escollera ni pueden navegar los isleños

DOCE ANCIANOS BAILAN AL SON DE UN VIOLIN

La gente joven de Blasket fué la que más pronto abandonó la isla. Se marcharon hacia las ciudades de Inglaterra, de Norteamérica o de la misma Irlanda. Se fueron luego las familias, las mujeres y los niños, y sólo quedaron en la isla, los últimos, trece ancianos.

La vida de los trece ancianos, en su soledad, era muy parecida entre sí. Se levantaban tarde, se hacían su comida, cuidaban sus animalitos, labraban un poco su huertecillo y se reunían un rato a recordar, como todos los viejos, los tiempos pasados. Cada uno refería su pasado.

Cuando llegaba un domingo, John Merryck, un viejo violonista de Blasket, contaba siempre la misma historia.

—Ahora estaríamos tocando para los jóvenes, en sus juegos de la tarde, junto al fuego de la chimenea.

John Merryck se refería a los «cellis», juegos del atardecer, junto al fuego, en los que las parejas de jóvenes de la isla danzaban al son de cuatro violonistas y dos acordeonistas que, además, eran pescadores, labradores o ganaderos.

Los jóvenes isleños de Blasket no conocieron jamás la pesadumbre ni el mal humor. Su vida, en contacto perpetuo con la Naturaleza, estaba llena siempre de cánticos de alabanzas a Dios por el placer único de vivir. Lo de nosotros eran los temporales y las heladas.

—Dios es grande porque nos permite contemplar todos los días la salida del sol entre las aguas —canta entusiasmado Maurice Keane, de ochenta y tres años de edad, el más anciano habitante de la isla.

Y dirigiéndose a John, el violonista, le dice:

El anciano de ochenta y dos años, Maurice Keane, el más viejo de Blasket, guía su borriquillo con una pesada carga de césped. Al fondo de la foto pueden verse las ruinas de las casas donde antes vivió la población isleña

—Toca tu violín, John Merryck, y bailemos, aunque sea sin mujeres, que los vientos no nos han quitado la alegría.

Doce ancianos, al son de un violín, recuerdan los juegos de los jóvenes, al atardecer, junto al fuego.

UNA ESCUELA SIN ALUMNOS

En Blasket no hay iglesia. Los habitantes de la isla marchaban en sus canoas los domingos, para oír misa a la ciudad de Dunquin, situada en tierra firme de Irlanda. Tampoco tenían tiendas donde comprar sus alimentos, sus vestidos o sus bebidas. Y, entre semana, bogaban en sus «niabhogs», mar adelante, desde la isla a la ciudad, en busca de provisiones y de abrigo. Cuando la época de inclemencia se acercaba, la flota de la isla se reunía un día temprano en la cala más próxima a la «Gran Tierra»—así denominan ellos a Irlanda—y partía, desplegada en un imaginario orden de combate, en busca de suministros. A la tarde, antes del crepúsculo, ya estaba la flota de vuelta y se iban guardando, debidamente repartidas y clasificadas, las mercancías que trajeron de la ciudad para ayudar a pasar el invierno.

Hace tiempo que la escuela de Blasket está desierta. Tiene una capacidad para cincuenta alumnos y desde sus ventanas se ve el mar. Los niños, al contemplar la fuerza de las olas, podrían aprender de viva voz la terrible canción de la energía, y el maestro, con ejemplos claros, precisos y presentes, les iría mostrando lo que es una galerna, un tornado, una tromba de agua, unos cirros, unos cúmulos o la diferencia que hay entre dos velocidades distintas de la luz, del sonido y del viento. Pero desde hace unos años en la isla ya no vivía ningún niño ni ninguna niña. Sus padres se los fueron llevando, poco a poco, hacia otras latitudes. Y la escuela se ha quedado sola, sin profesor, sin alumnos, cara al mar eterno.

EL MAS VIEJO «BLASKETNO» BESA LA TIERRA DE SU ISLA

El Gobierno de Irlanda ha facilitado a estos vecinos que han de abandonar sus tierras unas casitas cómodas, alegres y limpias en un lugar de Irlanda, cerca de la costa. Las casitas tienen cuatro habitaciones por familia, cocina, cuarto de baño, un jardincito y un pequeño gallinero donde continuarán poniendo huevos las gallinas, acostumbreadas al fragor de las olas rotas contra los acantilados. Los isleños podrán utilizar, el que quiera, sus canoas cubiertas de lona para pescar o, simplemente, para pasar, navegando por las aguas tranquilas de su nueva costa. Y de la isla Blasket sólo quedará el recuerdo de los tiempos vividos.

El anciano Maurice nos contaba, cuando regresábamos con él de recoger la última carga de turba, en su borriquillo nacido en la isla, su deseo, luego cumplido, de ser el último isleño que abandonase Blasket.

—Mire usted, yo soy el hombre que más tiempo llevo viviendo aquí. Me conozco todas las familias, se cuantos hijos tuvieron los O'Neil o los Finney; me acuerdo de todas las bodas, de todos los bautizos y de todos los entierros. Si me vendasen los ojos, recorrería la isla sin tropezar en ninguna peña. Por eso quiero ser el último en montar en la canoa que nos aleje de nuestra tierra.

Y el bueno de Maurice, al decir las últimas palabras, no podía contener dos temblorosas lágrimas que le resbalaron por su piel, curtida en el aire del mar.

Cuando, hace unos días la última expedición de «blasketños» —los trece ancianos que quedaban— rubricaron la despedida oficial de sus tierras, Maurice Keane se bajó de la canoa, se dirigió a un pequeño promontorio cercano y besó el suelo. Después, en medio del impresionante silencio, roto tan sólo por el ruido de la espuma de las olas y por el chasquido de los remos en el agua, Maurice regresó a su embarcación, se puso de pie y, dirigiéndose a todos, ordenó: —Adelante...

LA VACA COLORADA QUE VA A TENER UN TERNERITO

Las islas Blasket se han quedado desiertas. Ya no existe ningún habitante en sus terrenos. Ningún habitante humano, queremos decir, porque aún permanecen en los prados y en los corrales otra clase de habitantes domésticos.

Uno de ellos es «Campanella», la vaca colorada que se quedó en un establo porque dentro de unos días traerá al mundo un lindo ternerito que podrá beberse, sin limitación, toda la leche que su madre produzca y podrá comerse, retozando por los prados, toda la hierba y todo el pasto de la isla en el mejor y más espléndido banquete que ternero alguno pueda imaginarse. Cuando, en la primavera, regrese su dueño a buscar a la madre y al retoño, se encontrará con un toro auténtico, fuerte y retozón propietario absoluto de la pradera, y con una



vaca colorada, satisfecha y lustrosa, que, meneando el rabo acompasadamente, parecerá decir:

—Qué, ¿no os gusta esta preciosidad de ternero que os he guardado?

Por otro lado, estarán los cientos de ovejas que se han tenido que quedar en la isla por dificultades materiales de transporte. También en la primavera habrá aumentado su número, y cuando las canoas se acerquen a la isla en busca de los dejados rebaños podrá escucharse el balar de nuevos habitantes, minúsculos, peludos y lanosos, que saludarán, como si los conociesen de toda la vida, a sus dueños que vienen a recogerlos.

Y qué decir de los conejos, de los innumerables conejos que constituían una estupenda fuente de ingresos para los nativos! Allí se han quedado también, y éstos sí que habrán aumentado cuando llegue el verano. Habrá tantos que sus orejas, asombradas ante la llegada de desconocidos huéspedes, semejarán, desde el mar, un diminuto bosquecillo móvil y saltarín.

Alguna gallina y algún gallo rezagado mostrarán dos o tres decenas de polluelos, y los pájaros, ausentes los inmóviles sujetos que los asustan, podrán desayunar a sus anchas en las cultivadas parcelas solitarias.

EL GRAMOFONO DE LA FAMILIA O'KELLY

También se han quedado algunos objetos que, por su volumen o por sus características particulares, no se han podido llevar a las nuevas residencias. Entre todos ellos, tal vez el más sentimental sea el gramófono de la familia O'Kelly, un viejo gramófono «Guihele» que se quedó enterrado, cuidadosamente envuelto en un paño de algodón, junto al fuego, en donde la parte adolescente de la comunidad celebraba sus juegos del atardecer. Quizá cuando, en futuras generaciones, nuevos aficionados arqueólogos realicen excavaciones en la isla Blasket y aparezca el envuelto



Estos tres hombres de Blasket reman en busca de un banco de pescado; el tiempo duro de invierno hace el viaje muy difícil en canoa por donde ahora pasan estos tres hombres

gramófono, de repente, se pondrá en movimiento y por su altavoz prehistórico sonará una dulce melodía. A la cita no faltará la inmaterial presencia de las que fueron un día jóvenes parejas, y toda la isla, con sus conejillos multiplicados, se estremecerá de

gozo. No se habrá quedado tan sola, por lo menos, como ahora, que, echados por el rigor del tiempo, han tenido que abandonarla los hombres.

Paul MAC CORMICK

(Fotografías de Torremocha.)

POESIA ESPAÑOLA

PRESENTA

EN SU NUMERO 24

EL ULTIMO AMOR

por Vicente Aleixandre,

y una interesante selección de poemas de Manuel Alonso Alcalde, Claudio Rodríguez, Maruja Vieira, Manuel Arce, Carmen Lila Perrén, Francisco Javier Martín Abril, Raimundo de los Reyes, Manuel Pilares, Antonio Murciano, José Luis Gallego, Manuel Alcántara, José M. Naveros y Rafael Montesinos.

Se vende a 10 pesetas.

Pedido de ejemplares: Pinar, 5. Madrid



NUNCA LE PODRE OLVIDAR...

NOVELA, por Eugenia SERRANO



I

Y en consecuencia, él comenzó así:

—Voy a contarte la historia de una chica que durante mucho tiempo fué conocida entre los de nuestra familia por «Nunca le podré olvidar». Como comprenderás «Nunca le podré olvidar» no se llamaba así en realidad; su nombre verdadero era Carmen, pero atendía, nunca he logrado saber por qué estúpido mecanismo, al familiar y ridículo de Pochola. Carmen-Pochola, en la época que yo la conocí, era una mujercita de treinta años, pero que aparentaba a lo sumo veinte, tan añiñada y menuda estaba. Pelo discretamente rubio —que ahora, cuando ya se duda de su veracidad, comprendo que era tefido—, ojines melados, dulces y boca redonda. Una muñeca no muy linda, pero tampoco fea, primorosamente caracterizada de niña y siempre sonriente, siempre amable, siempre atenta. Yo la tenía simpatía por esto, porque sonreía a todos y a todo... Melancólica, pero sonriente siempre.

—Por esto mismo debías haber dudado de ella. Las personas excesivamente amables me inspiran recelo siempre. Parece que tienen algo secreto que les obliga a pedir perdón, o que esperan pedir demasiado a los demás...

—Desde luego. Yo debí desconfiar de Pochola y pensar que ella tenía algo que ocultar al verla tan gentil, tan servicial con todos. Pero no desconfié mucho tiempo porque sabía el secreto de Pochola...

—¿Cuál?

—Su pena. Pochola era lo que en términos exactos, pero bastante raros de aplicación, se llama una viudita inconsolable. A los veintidós o veintitún años ella había quedado viuda, tras un año de luna de miel. Su marido, un chico joven, tempestuoso y simpático, era primo mío. Comprenderás que, por tanto, Pochola era —o es aún— cuñada de mi primo Víctor. Mi primo sólo ha tenido un hermano a quien adoraba: el marido de Pochola...

—No hables de Víctor. Me molesta el tema. Me es simpático, pero no le estimo. No sé por qué siempre me encuentro ante él en actitud de paz armada.

—Por amor a mí. Primero, porque es familiar mío. Y tú, al fin, mujer, aún no has conseguido desprenderte de la encesstral hostilidad que existe de siempre entre las familias políticas. Bien, verdaderamente bien, en esto de los parentescos espirituales, sólo os lleváis los concuñados. Los que estáis de siempre fuera del clan y en el momento dado sabéis hacer el frente único ante la erizada falange de maridos, mujeres, suegras, cuñados...

—No veo en esto amor a ti...

—Sí. Tienes celos de mi familia. De los que poseen un yo mío que tú nunca conocerás del todo. De los que me incluyen en un «katipunán» al que tú no pertenecerás nunca por ser de distinta sangre.

—¡Vanidoso! ¿No será más bien que tengo envidia de los triunfos de tu prima?

—No. Tú no tienes envidia por ti. Una mujer nunca siente envidia de un hombre. Mi primo, si no fuera mi primo, te parecería un ser admirable, simpático y digno de emulación. Pero sientes envidia a causa mía, por amor a mí. Porque te gustaría que fuera yo, tu idolatrado marido, y no él, el hombre más importante de la familia. No agrada que su fama oscurezca la mía. Y juzgas mis méritos mayores que los de él.

—Yo no le encuentro a él sin méritos. Pero me parece un triunfador sombrío. Y más bien mala persona... Aparte del triunfo. ¿Qué hay en él de atractivo?

—Ese triunfador sombrío tiene una gota de gracia, una chispa de luz...

—No se la veo. Pero te estás apartando. ¿Qué tiene que ver todo esto con la historia de la señora Carmen-Pochola —«Nunca le podré olvidar», viuda inconsolable...?

—Mucho. La señorita «Nunca le podré olvidar», a la que a pesar de su estado jamás podré llamar señora, al menos hasta que se ponga tan gorda y oronda como su madre, ¡tan menudita es!, fué durante muchos años la gota de gracia, la chispa de luz en la vida del que tú llamas triunfador sombrío...

—Le recuerdo siempre grande, sigiloso, enorme

y pausado, como un felino de la gran especie. Es una pantera que se ha disfrazado con actitudes, ronroneos y maullidos de gato. Y todos hemos terminado por creer que se trataba de un gato inofensivo. Sin embargo, no me gustaría caer entre sus garras. Ni disputarle ninguna presa. Me devoraría pulcramente y luego haría escrúpulo de conciencia de comerme o no en el asador... ¿Qué gota de gracia puede tener este hombre como no sea su hipocresía...?

—El es eso que tú dices: un gran felino, un temible gatazo aparentemente doméstico, terriblemente cauto y oportunamente feroz. Su gota de gracia, su punto de salvación estaba, por tanto, en una ratita joven, corretona y hogareña a un tiempo...

—¿Enamorado de Pochola, «Nunca le podré olvidar»?

—No. Algo peor y mejor. Estimando profundamente a Pochola, «Nunca le podré olvidar». En una ópera, no sé si es en «Carmen», hay un personaje que viene a cantar algo así: «Si yo te amo, guárdate...» Guárdate de mí, de mi amor, parece que quiere decir el personaje. Del amor mismo, que constituye un peligro para el ser amado, para la mujer sobre todo. Y como Víctor nunca estuvo enamorado de su cuñada, ella nunca tuvo nada que temer de él. Y sí mucho que agradecer de la profunda estimación de él. Para el triunfador sombrío, esta mujer joven, gentil y desvalida, pequeña y temblorosa, una ratita a la vera temible y cálida del gran gatazo que es él, constituía un espectáculo conmovedor. El, fuerte, impecable, llegó a sentirse traspasado de ternura hacia el indefenso, que además parecía piadoso...

—Comienzo a entender. Pochola intentaba enamorar a su cuñado...

—Nada de eso. Si Pochola, insignificante, monilla, menudita, un cominito de mujer entre miles de mujeres iguales o superiores a ella, hubiera intentado enamorar a Víctor, éste la habría despreciado. El triunfador sombrío sabe que su pedestal de reluctante oro, de esplendoroso éxito, atrae demasiados corazones femeninos. Quizá por esto él es, amorosamente, tan materialista. Pero por intuición, por inteligencia, o simplemente por espontaneidad, Pochola nunca coquetó con Víctor. Hizo de él algo mejor que una conquista o que un fugaz enamorado. Supo convertirle en su mejor amigo, en su compañero, en su camarada, en su hermano. Ella, que es como esos moscateles empalagosos y espesos, como esas bebidas ansadas —dulzaron consuelo de las viejas, que a la mañana siguiente nos dan la peor resaca—, supo aliarse a esta bebida fuerte, de alta graduación, a este licor cordial y áspero, sólo para hombres, que es mi primo Víctor, que llegó a quererla como si los dos hubieran nacido del mismo vientre.

La familia estábamos sorprendidos. Podían pasar semanas, meses y aún años, sin que Víctor se preocupase de los padres, de las viejas y solteronas hermanas perdidas de aburrimiento en su pueblito natal, no digamos ya de nosotros los parientes cosanguíneos; pero, en segundo grado, Pochola siempre sabía de él. Pochola siempre tenía carta de Víctor y podía informarnos de su última hazaña y de su penúltimo riesgo; ella era, más que las de la sangre, la verdadera hermana de Víctor.

Como tú, al principio de esta conversación, todos los del clan, al principio de este afecto, creímos que Pochola estaba enamorando a Víctor. Pero pronto comprobamos que el inmenso poder espiritual que ella tenía sobre él se debía a algo aún más fuerte, precioso y profundo que el amor mismo: el culto a los muertos. En el corazón de Pochola seguía ardiendo, inextinguible y pura, alimentada por

el óleo del recuerdo, el amor a Fernando. Pochola, con un afecto que sobrepasaba el tiempo, la distancia y la tumba, seguía siendo la esposa de Fernando, seguía perteneciendo al clan en que había entrado por el lazo del sacramento conyugal.

Nunca fué Fernando muy doméstico ni muy amigo de fiestas familiares. Pero Pochola sí lo era. Amaba a la familia del difunto marido más que a la propia. Hasta los parientes relativamente próximos, como nosotros, fuimos incorporados a este amor. Ella quería seguir manteniendo vivo en sí el culto al amado muerto y muchas veces recurría a nosotros para extraer el precioso material de los recuerdos infantiles con que incrementar y mejorar los suyos propios.

Fernando, cuando murió, y casi cuando nació, era pobre. Quiero decirte que vivía de su trabajo. Pochola aún lo era más, y al quedarse viuda, joven y no sola, sino con innumerables hermanas —cuya cifra exacta creo que ni los propios padres llegaron a saber nunca—, tuvo que volver a su trabajo habitual en una casa de modas. Esto te explicará el que, pese a su inconsolable dolor y su inextinguible nostalgia, Pochola fuera siempre bien vestida y cuidadosamente maquillada. En su profesión no tenía más remedio que presentarse así. Un dolor más: la coquetería forzada, profanando su inconsolable pena de viuda perfectamente inconsolable.

Y por muchos motivos, sentimentales, profesionales y hasta económicos, Pochola era desgraciada. Sin embargo, nunca salió de sus labios otra queja que la de la nostalgia de Fernando. El primer día que, en compañía de Víctor, yo pisé su casa, me quedé asombrado al ver que en aquel hogar de muñecas, donde se alojaba una de las familias más numerosas y femeninas que he visto en mi vida, la comida dejaba mucho que desear, pero, ante el retrato de Fernando, puesto en precioso marco de plata cincelada, que hacía pensar inevitablemente, por no sé qué raros contrastes, en el destrozado y vulgar calzado de Pochola, ante el retrato del amado ausente, había un búcaro con flores frescas. Y en toda la casa, en todas las habitaciones, hasta en la pared del pasillo y sobre la rinconera del cuarto de baño y en el cristal del relicajo de la cocina, sonreía la imagen de Fernando. Se veía que Pochola, la más voluntariosa de la casa, se había impuesto a los demás al menos en iconografía, el culto que ella llevaba sobre su fiel corazón.

Toda aquella velada, Víctor, el duro Víctor, el lanzado, el triunfador sombrío, dejó vagar sus ojos de gran felino, humedecidos por ternura, indescriptible, desde el rostro juvenil de Pochola a los innumerables retratos donde sonreía el hermano que fué. Yo descubrí, conmovido a pesar mío, donde radicaba el profundo dominio espiritual que aquella ratita monilla y repintada tenía sobre mi primo, el gatazo feroz e implacable.

Comimos, como te dije, en aquella casa, más que hogar burgués, santuario de las memorias de la moderna Artemisa. Insensible y torpemente llevada por los padres de Pochola, la conversación

se despeñó al abismo de las memorias de Fernando. Con esfuerzo de hombre de mundo, Víctor supo volver, a temas frívolos y aparentemente más actuales. Pero todos pudimos observar que Pochola, perdida en tierno ensueño, apenas si probó bocado. En vano los padres la insistieron y la amonestaron para ello. Sólo su cuñado, su mejor amigo, su hermano, consiguió hacerla probar un poco de fruta, invocándole el nombre de Fernando. Y la madre expresó sus temores de que «la niña, siempre cavilando en el pasado, siempre descuidando la comida, iba a enfermarse de anemia». Y Víctor movió la cabeza con aire preocupado.



A la salida, yo estaba completamente edificado. Pochola me parecía un caso único. ¿Qué chica de hoy, siendo linda y joven, resiste tan larga viudez? ¿Quién puede encerrar en sí un tan extraordinario amor? Y Víctor, viendo mi recogido silencio y deduciendo de él mi maravillado asombro, comenzó a hacerme —cosa extraña en él— confidencias.

—¿Comprendes ahora por qué yo tan duro, tan atravesado, tan implacable, quiero a Pochola? Todos en la vida tenemos un lado bueno, una faceta romántica. La mía es el respeto a los grandes amores. Y Pochola es la protagonista de uno de ellos. El amor único, leal y verdadero, sobrepasando la muerte y la distancia, los imperativos de la juventud y el calor de la sangre. Tú sabes que yo soy un hombre de mi tiempo, un tipo moderno: por tanto me gustan y utilizo a las mujeres modernas. Pero adoro y respeto a las antiguas, a esos seres cuyo crisol parece que se rompió, después de hacer salir de él el puro corazón de nuestras madres. Y en Pochola hay algo de eso. Todo su físico amueblado, toda la trivialidad de su charla y la propia insignificancia de su vida, se dignifican y sublimizan por su gran amor a mi hermano. Yo quería a Fernando vivo, pero ahora le envidio al saber, por el recuerdo de esta mujercita, que él fué capaz de encender la llama inextinguible de los grandes afectos. Muchas veces me he consagrado de mi torpeza y mi ineptitud ante los acontecimientos que ocasionaron su muerte, pensando que éste debió ser feliz, puesto que murió en brazos de quien le amaba tanto...

Hizo una pausa y prosiguió con voz aun más velada:

—Yo, que no soy capaz de enamorarme verdaderamente, que sólo me quiero a mí mismo, encanagado y satisfecho de triunfos materiales, reconozco en mis relaciones con Pochola, en esta fraternidad que se ha establecido entre ella y yo, la huella mágica del amor que enaltece todo lo que toca con su mano divina. Yo, que antes veía siempre en mi dinero la huella impura del mercado y de la explotación de los demás, encuentro que este mismo dinero se santifica cuando lo destino para la casa de Pochola. Porque sé que mis monedas, aunque por fuerza y con frecuencia arranquen de fuentes corrompidas, impiden que las necesidades materiales enturbien y sequen la purísima linfa de un sentimiento puro. He entendido que Pochola quiere seguir viuda siempre, guardando en su pecho el culto del verdadero amor desaparecido del grueso y aparente mundo de los vulgares, pero vivo siempre en su puro y fiel corazón. Y atendiendo a ello, se ennoblecen mi fortuna, que tú sabes tan impura, turbia y desleal en su origen...

Así siguió Víctor largo tiempo en sus disquisiciones amoratocofilosóficas. Algo me sonaba a hueco en ellas. Pero no supe discriminar qué, si el tono o la canción. Además, como tú sabes, por aquella época andaba yo demasiado abrumado de preocupaciones, algunas de las cuales podría haberme resuelto Víctor con sólo tenderme la mano. Pero Víctor tenitronaba en alabanzas a Pochola, a las necesidades, abnegaciones y tristezas de «Nunca le podré olvidar», mientras junto a él, en los de su misma sangre, se desarrollaba un drama, no por recatado y silencioso menos verdadero. El no lo podía ver, sin embargo, porque fué siempre... ¿Cómo dices tú?

—«Farol de puerta ajena...»

—Así es. Poco después de esta conversación, Víctor y yo nos despedimos. Aun tardaríamos unos meses en volver a vernos.

—¿Y Pochola?

—La seguí viendo ocasionalmente, cuando me la encontraba en la calle, donde me paraba siempre entre gritos afectuosos. Algunas veces en casa de mis padres. Todos los meses Pochola cumplía en ella el morboso rito de resucitar al muerto entre las personas que le conocimos, que le vivimos casi. Es obvio decirte que yo presté muy escasa colaboración en tales escenas. Los recuerdos de los ausentes —lejanos por la distancia o por la muerte misma— me parecen cosas sagradas, propias para el santuario de la amada soledad. O todo lo más para depositarlas, cuando la angustia y el ansia de confidencia son muy apremiantes, en un pecho recatado y amigo. Nunca en ese caldo extraño y un poco impudoroso que constituye la intimidad de un hogar ajeno, entre los que no son de nuestra sangre. Por esto he de confesarte que, al marcharse Víctor, atendí poco a Pochola.

II

—Pero al cabo de días, de semanas, de meses,

volvió Víctor. Esta vez acompañado de su secretaria, una francesita meridional, vital y gentil, con los ojos claros, el pelo oscuro y el cutis moreno sonrosado. ¿Una chica guapa? No lo sé; una criatura encantadora. Pesa a su lozanía elástica, de animal joven y sano, lo que más atraía en ella era algo marchito y triste que había en su sonrisa. Estaba enamorada de mi primo, perdida, humildemente... Tenía ojos de mujer que ha llorado mucho, quizá por Víctor mismo...

—¿Pero éj la quería? ¿Pensaba casarse con ella?

—Desde luego. Por su misma humildad. No olvides que Víctor es un coloso con los pies de barro. Y los poderosos de origen humilde aman sólo a los prosternados, a los débiles, a los sumisos, a los que deben todo al dueño y señor. A los agradecidos y reverentes. En su puesto de esposa, la dulce francesita seguirá siendo la disciplinada y fervorosa secretaria. Un eco fiel, la última palabra de todas las frases que dicta el jefe, que ahora es dueño. Un recuerdo servicial de toda la jornada del día...

Ella, según escuchaba, palidecía. Su frente se iba enfriando, sus labios se afinaban; en el brillo duro y húmedo de los ojos se presagiaba la gran tormenta. Pero él, incauto, hablaba sin verla, nunciado en sus recuerdos. Ella trepidaba, conmovida, feroz y doliente, sobre la pista celosa y sentimental. ¡Saber al fin quién era Odette! Él, instintivamente, se sintió tan acechado por la atención femenina que fijó sus ojos alerta en el demudado rostro de ella, que, como quería seguir la caza hasta el final, compuso la más normal y amable de las atenciones y preguntó con el acento de máxima intriga:

—Y... tu francesita, ¿conoció a Pochola?

—Al primer día. Víctor deseaba que las dos fueran grandes amigas. Y las dos mujeres, en cuya vida él era el eje maestro, fueron dóciles a sus deseos. Amigas con toda la extensión y todas las restricciones que caben en esta palabra, cuyo género femenino acentúa en su esencia misma el calor cordial de la amistad. Porque, en principio, una mujer respecto a otra es siempre una rival. Todas tenéis el mismo oficio...

—Hasta que nos demos cuenta de que ese es un negocio ruinoso. Hay que hacer frente único de camaradería y compañerismo frente a los hombres. Pero sigue, ¿qué tal se llevaban Pochola y la francesita... de Víctor?

—En apariencia bastante bien. Quizá por el contraste mismo que había entre ellas. La francesita encarnaba el tipo archieuropeo de la mujer que trabaja. Agil, deportiva, resuelta de carácter y ademanes. Acostumbrada al trato con hombres, a vivir en pie de igualdad con el mundo masculino, había en ella cierta firmeza y tzuidez de opiniones, cierta rigidez algo varonil que contrastaban fuertemente con el modo de ser de Pochola, «Nunca le podré olvidar», que siempre fué suave, flexible, archifemenina, como las ajenas sedas que la vestían en su profesión de modelo.

—¿Qué pensaba Víctor ante aquel contraste?

—Hum... No sé. Me imagino que algo malo respecto a la francesita. En la odiosa comparación era Pochola quien seguía ganando. Los hombres estimamos la virtud en la mujer amada. Pero nos gusta más si ésta alcanza ciertos caracteres de agrado y coquetería. La francesita era, ante todo, un buen camarada. No sabía salir de ahí. Y, junto a la gracia femenina de Pochola, perdía puntos cotidianamente en el corazón de Víctor. Así me lo confesó ella un día, con los ojos secos y la voz temblorosa de lágrimas: «Ernesto —me dijo—. Yo me retiraré, porque se puede luchar contra una rival auténtica, contra una mujer de carne y hueso, cuyas dotes y armas salen todas del mismo arsenal femenino. Pero mi rival de hoy es un mito. Una Penélope moderna, sagrada e intocable, cuya túnica de pureza nunca podré yo vestir. Víctor sabe muy bien que yo no miento. Y como no miento, nunca le podré decir ni hacerle sentir a él que soy capaz de hipotecar mi vida a un amor juvenil. Yo también fui jovencísima, como Pochola cuando se casó con Fernando. También me casé como ella y también enviudé de un marido que me adoraba. Y hoy, sin embargo, soy yo la que adoro a Víctor, que me quiere mucho menos. ¡La vida puede tanto! Y por este mismo cariño mío él se siente un poco decepcionado. Yo le ilusionaría más si fuera una Penélope o una Artemisa implacable e inconsolable. Pero como llegué a amarle, no lo soy. ¡Si al menos Pochola bajara a mi terreno! ¡Si siquiera ella se enamorara de Víctor! Yo entonces no temería nada. Ga-

naría la batalla. Porque él la veía tal cual es, un poquito cursi, un mucho banal, con su boca en o y sus cabellos teñidos. Pero ella nunca para eso. Y yo perderé por mi amor real de mujer de carne y hueso que se siente realmente vencida por un ídolo monstruoso que sacrifica ante el altar de un muerto. Yo soy la extranjera, la mujer audaz, dura, decidida, sin esa poesía del amor eterno, sin esa alta personificación de la viudez. Yo estoy perdiendo todo en la comparación. Él dejará de quererme...» No sé cuantas más razones me dijo, que se terminaron ahogada en un mar de llanto estrepitoso. Siempre recordaré cómo lloraba aquella pobre mujer que minutos antes tan fuerte me parecía. Como un niño, sollozos fuertes, desesperados y las lágrimas a torrentes. De verdad, nunca vi llorar así. Tú nunca mojas tu pañolito...

—No tiene mucho que mojar mi pañolito. ¡Es tan pequeño! Además ya sabes que a mí no me gusta llorar. Siempre se termina mal...

—¿Cómo?

—Sí. Después del llanto siempre hay que sonarse. Continúa, ¿qué le pasó a tu llorona francesa?

—No la vi llorar nunca más. Pocos días después de aquella confidencia yo observé en ella un cambio imperceptible, pero efectivo, en sus relaciones con Pochola. La trataba con la misma cortesía y generosidad de siempre, pero en todas sus palabras, en todas sus miradas, había un dejillo irónico. Y, cosa extraña en quien nunca me pareció celosa o si lo era sabía enterrar en la más perfecta corrección sus celos, procuraba que Víctor y «Nunca le podré olvidar» no quedaran un momento a solas. En consecuencia, yo tampoco pude hablar más a solas con ella. Y créeme que me hubiera gustado...

—¡Quién lo duda!

El, un poco sorprendido por la interrupción y fingiendo no divisar la tormenta que se le venía encima, prosiguió:

—Saber en qué terminaba aquella sorda lucha entre dos mujeres, en la que una tenía la desventaja de su actividad y su pasión y la otra la indiscutible superioridad de su indiferencia. Porque Pochola nunca quiso de amor a Víctor, si de amistad...

—Entonces, los celos de la otra, ¿no molestaban a Víctor, no le indignaban por injustos?

—No. Los celos femeninos, si son delicados, nunca indignan, envanecen.

—Eso es verdad; los del hombre, en cambio, son un ultraje. Así que Víctor...

—Estaba encantado y no digo que reenamorado, pero sí un poco más gentil con su pobre amante. El entonces ya era un hombre mayor —no tanto como lo soy yo ahora— y le envanecía verse celado y espiado por unos ojos que, si no de la moderna Artemisa, eran bastante lindos y bastante juveniles. Si los celos de las feas envanecen, imagínate lo que sucederá con los de las hermosas. Y la pareja volvió a ser feliz. Sólo que un día ocurrió algo extraño, que les nubló un poco esta dicha reencontrada. La cosa sucedió durante una comida en uno de estos restaurantes típicos tan del gusto de extranjeros y extranjerizados. Comensales: Víctor, su novia, Pochola, una pareja de periodistas ingleses, un negociante catalán, un novelista español y yo. Fue una cena alegre, casi jubilosa, regada por un vinillo espumoso y una conversación casi tan espumosa como él. El novelista habló de sí mismo con bastante gracia; el novelista era gracioso siempre que hablaba de sí mismo, porque en realidad no hablaba de él, sino del tipo que se había inventado, monigote anunciador de su obra, encubridor de la personalidad auténtica.

Victor contó algunas anécdotas con esa gracia suya ingenua y cazurra a un tiempo; el catalán hizo unos comentarios llenos de sentido práctico y de comicidad; los extranjeros cumplieron el deber de todo extranjero que se estime: destrozaron nuestro idioma con equívocos y pronunciación que hacer reír; la francesita estuvo gentilísima, derrochando ese ingenio que no en vano se atribuye a su raza. Fue una comida deliciosa. Yo mismo estuve bastante ocurrente. Me acuerdo que a propósito de...

—Por favor, no divagues. Y Pochola, ¿qué hacía? ¿No estaba también ella ingeniosa, ingenua, vivaz, gentil, graciosa...?

—¡Oh, no! El campo de Pochola era el del sentimentalismo. Por eso, en una comida regada con buenos vinos, donde había lugar a la camarade-



ría, pero no a la intimidad, donde todo el mundo estábamos contentos, sin ganas de recordar a su querido difunto, ella se encontraba borrosa y alejada. Imposible colar entre una deliciosa langosta cardenal y un pollo a la cazadora, ambos alegres de aspecto y colorido, un recuerdo fúnebre, una melancólica lágrima de viuda.

—Debía estar desesperada.
—Un poquito. Porque, además, Víctor, llevado por la alegría general la olvidaba bastante. De cuando en cuando, para mayor oprobio de nuestra viudita, la francesa la dirigía miradas burlonas, de aire colado, todo un reto de mujer a mujer. Era como si la dijera: «Ves. En el mundo de los muertos, ante unos crines negros, y en un ara de ausencias y recuerdos a lo que fué, reinas tú. Pero en el mundo de los vivos yo te borro, te aniquilo con mi presencia de autenticidad y alegría... Víctor es mío, sólo mío.»

—¿Tantas cosas podía decir aquella señorita con la mirada?

—Tantas, y muchas más. Esa noche estaba, además, extraordinariamente bonita. Una sonrisa de Francia. Recuerdo que aquel día descubrí que sus clarísimos ojos, que siempre se nos antojaron verdes, tenían el mismo color que un vinillo blanco y espumoso. Que el champañero mismo...

—¡Vaya, qué color tan curioso!

—¿Cómo...?
—Por favor, sigue. Ibas en la desesperación de Pochola «Nunca le podré olvidar», tristísima por no poder traer la sombra de su marido a alegrar vuestra gozosa comida.

—Pero la trajo. La casualidad la ayudó. Ibamos ya por el tercer plato, cuando, afuera, en la taberna por donde se entraba al restaurán, sonó la música de una gaita. Canciones de nuestra tierra. Víctor, desterrado voluntariamente de ella, por tanto tiempo, los extranjeros y el catalán salieron a oír fuera. El novelista, como literato y, por tanto, personaje eminentemente práctico, quedó dentro, comiendo. Pochola también, pues una viudita inconsolable no ama las fiestas y las músicas, aunque sean de gaita. Y la francesita, aparentemente encerrada en su animada conversación con el novelista, pero, en realidad, pendiente del gesto y los ademanes de su rival espiritual. Yo también me quedé. Oigo todos los veranos, todas las romerías del verano, la gaita y, además, estaba intrigado por ver en qué iba a parar todo aquello. La tirantez íntima, el drama secreto que se masticaba entre las dos mujeres. El gaitero arceaba en su melodía a un tiempo agría, dulce y melancólica. Y Pochola comenzó a llorar. Unas lágrimas lentas, perfectas, casi de Mater Dolorosa. Yo me alteré un poco. Mis compañeros no. Siguieron aparentemente hundidos en su plato y su conversación. Sólo el novelista hizo un comentario que, días después, sería revelador para mí. Entonces no lo entendí. Habló casi con la boca llena, dando un codazo a su linda vecina: «¿Por qué llora esa chica? Lo hace muy bien...» La francesita sonrió y le contestó en voz baja, sin duda con alguna de esas frases envenenadas con que las mujeres os crucifican unas a otras... A mí las lágrimas silenciosas y bellas de Pochola me alteraron de tal manera, que extremé mis consuelos. Y la otra, mujer al cabo, no tuvo más remedio que reaccionar. Pero lo hizo de manera práctica, inteligentemente francesa: «¿Por qué lloras, Pochola? ¿También ahora te acuerdas de tu marido?» Y Pochola le contestó, ya entre patéticos sollozos: «¿Cómo no me voy a acordar? Están tocando la gaita...» «¿La qué...?», interrumpió la extranjera, que, aunque impuesta en el español, desconocía ciertas nomenclaturas. «Esa música que suena. ¡Es de la tierra de Fernando, a él le gustaba tanto!» Y arceció en su lloro. Su interlocutora la consoló a su manera, unas palmaditas con su mano delgada, nerviosa, bella, pero casi varonil, sobre la espalda de Pochola. Y a cada palmadita, parecía que apretaba el resorte de las lágrimas. «Vamos, sécate y no llores más. Va a venir Víctor y esto no le gustará. Sécate con mi pañuelo.» Y le arrojó un rectángulo de hilo, bastante grandecito, casi de caballero. Y, como Pochola anduviera aún remisa en hacer desaparecer las huellas de su dolor, añadió mirándola a los ojos, con unas pupilas buidas, que entonces volvieron a ser verdes y se endurecieron un poco: «Tenías diecinueve años cuando te quedaste viuda. Ahora andas alrededor de los treinta... ¿Cómo es posible que haciendo tanto tiempo y viviendo tan activamente le recuerdes de tal manera, tan in-

consolable?» Pochola alzó la cabeza con aire de reina ofendida. O, mejor dicho, la intentó alzar; pues era algo difícil tener aire de reina ante la mirada fría, escudriñadora, casi impía, de los ojos verdes. Así es que ya con gesto delicado, como quien ruega que le perdonen ciertas fatalidades, respondió con voz suave, pero firme, de juramento: «Nunca le podré olvidar». Yo, al oír aquello, me sentí, como siempre, emocionado y molesto. Los grandes gestos necesitan de ambiente apropiado, de un clima cívico casi. No caen bien ante una mesa bien servida y mejor regada por alegres vinos. El novelista siguió masticando y charlando, como si no se diera cuenta. Y la preguntona, tras de dejar escapar un ¡pscht! indefinible, en el que cabían todos los matices peyorativos desde el asombro el desprecio, volvió a charlar con él. Yo sólo hube de consolar a Pochola, hasta que regresó Víctor, que me relevó en el cargo. La comida transcurrió ya un poco menos animada para los del clan familiar. Pero los otros, la francesita, los ingleses, el catalán y el novelista siguieron charlando alegremente. ¡Bien que los envidiaba yo!

—En resumen, que os agué la fiesta a tu primo y a ti el llanto de Pochola. ¡Vaya niña!

—Son terribles las lágrimas femeninas. No sé cuál secta religiosa india cree que el Diluvio fué consecuencia de las lágrimas de una mujer, Malialchi, abandonada por su marido el dios Devah. No admito la doctrina, pero sí la intención. Unas lágrimas de mujer, bien administradas, pueden cambiar el curso del mundo, destruirlo. Como sucedió con el pequeño y alegre universo de nuestra comida. Todavía si yo hubiera sido Víctor, o acaso el mismo llorado marido de Pochola, hubiera sentido cierto halago ante sus lágrimas. Pero, como no era ni una cosa ni otra, en evitación de llantos inoportunos, en lo sucesivo huf el trato de Pochola. Además, Víctor marchó a los pocos días...

—¿Y la francesita...?
—No. Ella quedó aquí. Tenía aún algo que resolver de los asuntos de Víctor en España.

—A ella sí la verías.
—Tampoco. Y no por falta de ganas, ¡qué bien simpática me era! Sino porque sabía que obligada por los lazos sociales contraídos, ella salía constantemente con Pochola. Evitar a una implicaba renunciar a la otra.

—¿Cómo lo sentirías...?
—No mucho. Pero he de confesarte que tenía curiosidad. Esa terrible curiosidad que sentimos a veces los hombres, por ver en qué paraban sus relaciones con Víctor y su llamada, pero firme enemistad hacia Pochola. Menos mal que ella un día me escribió para que fuera a verla... Me daba sus señas y me invitaba a tomar el té con ellas.

—Te pondrías muy contento...
—Sí. Era una criatura simpática y me gustaba hablar con ella. Pero con mi descuido habitual perdí la carta. Recordaba el día y la hora de la cita. Pero las señas no. Cuando ya estaba rabiando por mi desdichada distracción, que podría tomar los caracteres de grosería para la mujer que me había invitado, caí en la cuenta de que, seguramente en casa de Pochola, sabrían las señas de mi francesita. Y hacia allí me encaminé, cuidando de escoger día y hora en que la inconsolable viudita estuviera en su trabajo. Sus innumerables hermanas y su apaisada madre—era bajita y muy gordita—me recibieron cordialmente. Aquel día se respiraba júbilo en casa de Pochola. Había en ella cierto bienestar, en el que se notaba la huella del paso dádioso de Víctor. Y contribuía a la mayor claridad del ambiente la ausencia de los retratos de «el difunto», así, lúgubre y un poco sarcásticamente, le llamábamos todos los que éramos desconsolados por los llantos de la inconsolable. Seguramente habían decidido, en ausencia de Pochola, su-

primirlos como motivo decorativo. Me dieron las señas que buscaba y, como ya venía a ser hora, hacia allí me encaminé...

—¿Y qué tenía ella que decirte...?
—Aparentemente nada. Nuestra conversación fué de las típicas ante una taza de té. Hablamos de libros, de teatros, de amigos comunes... ¡Qué sé yo...! Pero se notaba que debajo de todo aquello, lo importante, lo que había sido el motivo de la carta, quedaba por decir. Ya me iba a despedir y ella me miraba con ojos angustiados, como pidiéndome permiso para decirme algo, cuando tuve una idea feliz. La invité a que saliera a dar un paseo conmigo. Nuestra ciudad, de noche, ya sabes tú lo bonita que es y lo que excitaban sus calles a la confidencia... Ya paseando, comencé a hablar de Víctor, y, sobre todo, de lo que más podía interesar a quien me oía, de sus relaciones con ella. Que estaba optimista y se disponía a preparar sus papeles para el inminente matrimonio. Sin embargo, pese al optimismo proclamado, había en su entrecejo una arruguita sombría, como la huella de una preocupación obsesiva. Seguía callando lo que más le interesaba decir. Recordando la vulgar sabiduría de que el alcohol desata las lenguas más remisas, la invité a beber algo conmigo. Y como estábamos en el barrio viejo, no tuvimos más remedio que entrar en uno de esos viejos cafés de los que, tristemente, cada día van quedando menos, con divanes rojos, espejos dorados, tertulia de viejecitas y vejezuelos y parejas en todos los rincones, al abrigo de la penumbra y el peluche. Allí, después de un buen coctel—una de las maravillosas sorpresas de esos cafés—, mi amiga se sintió ya más comunicativa. Y me explicó sus cuitas. Estaba preocupadísima porque le parecía que Pochola estaba enamorada...

—¿De Víctor?
—Eso mismo pensé yo, y asimismo la interrumpí. Pero la cosa era más sencilla y complicada. Pochola debía tener un novio, con el que, al correr del tiempo, se casaría...

—¿Y eso le preocupaba a la francesa? Yo creo que, al contrario, la debía alegrar. La rival despejaba el campo.

—Opinas ahora como opiné yo. El que Pochola, mediante un segundo matrimonio, dejara ya de pertenecer, roto el lazo entrañable y fiel con el difunto, a nuestro clan familiar, significaba una liberación para todos. Entre otros, para Víctor. Y un triunfo para la sincera francesita que tan mal había quedado al ser comparada con la viudita inconsolable. Pero algunas mujeres son muy personales y muy extrañas en sus criterios. La novia de Víctor lo era. Estaba inconsolable ante la posibilidad de que Pochola se casara. Yo la expresé mi extrañeza por tal desconsuelo. Y ella me respondió así: «A mí me importan, sobre todas las cosas, la felicidad de Víctor. Por mi propio egoísmo. Un hombre dichoso es un buen compañero, y un mejor marido. Pero la boda de Pochola puede hacerle infeliz. Se sentirá estafado, defraudado por ella en su ideal de mujer antigua, fidelísima y verdadera. Se sentirá humillado ante mí, que le conocí apenas verla y que cometí la imprudencia de insinuar la falsedad de su adorada. No me podrá perdonar el que yo haya sido testigo de un engaño suyo. Ni se podrá perdonar a sí mismo el verse defraudado. El es uno de estos hombres que, acostumbrado a acertar siempre, enfermará a la primera equivocación. Yo intenté contradecirla. Pero, en realidad, opinaba como ella. De todos modos, la boda de Pochola no sería inminente. Pero mi amiga opinaba que sí. Incluso creía que, cuando ella conoció a Pochola, ya existía el noviazgo. La pregunté si la había visto alguna vez en compañía que justificara esa creencia.

No, ella siempre vió a Pochola sola, o con mujeres, hermanas o amigas. Aparentemente, Pochola jamás salía con chicos. Pero... Este pero era que un día o dos, después de su llegada en que pasó en su coche por delante de la casa de modas donde Pochola prestaba sus servicios. Era la hora de la salida y la viudita, emparejada con una amiga, iba leyendo, satisfecha y emocionada, una carta: «Con tanto entusiasmo—me recalcó—y tanta emoción yo sé que sólo se puede leer una carta de amor.» Sin más pruebas que esta conjetura, las suposiciones de la francesa me parecieron infundadas. Pero ella insistía, invocando su instinto femenino.

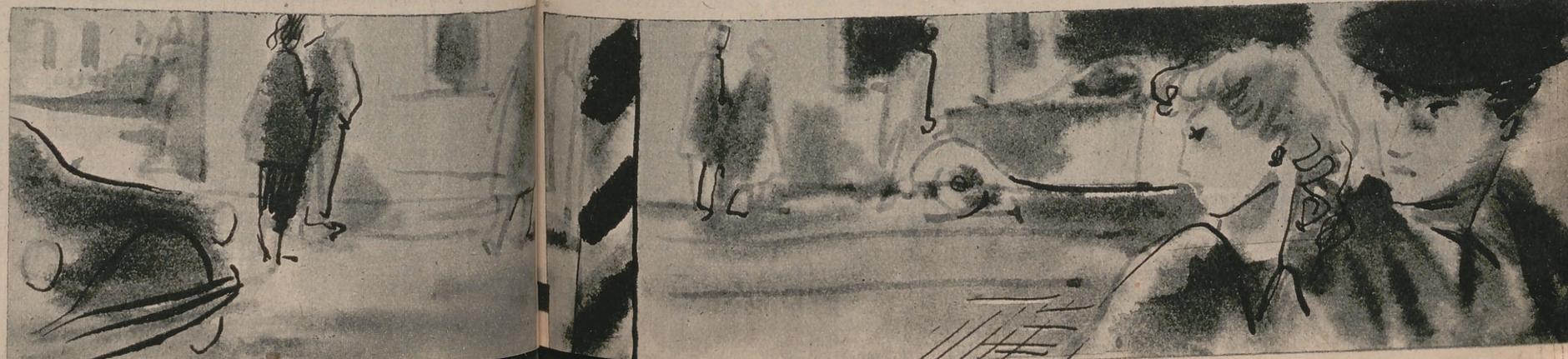
—¿Pero por qué Pochola iba a ocultar su noviazgo?

—Por una razón bien sencilla, de índole económica. Víctor ayudaba generosamente a la inconsolable viuda de su hermano Fernando. Pero no haría lo mismo cuando ésta contrajera segundas nupcias. Este era el porqué del secreto con que Pochola se vería obligada a llevar sus amores. Caso de que los tuviese. Porque yo, en aquel momento, aun no podía creer en ellos. Me faltaban pruebas...

—Entiendo. Como esas pensionistas que no se casan para no perder la pensión. Pero si no había amores, ¿por qué se preocupaba la francesa? ¿Sólo por la carta? Es un indicio bueno, pero no una prueba...

—Y un indicio inmejorable era, en efecto. Porque imagínate que la casualidad, por vez primera en su vida, se puso al servicio de la verdad. De repente mis ojos se fijaron en una de las más oscuras penumbras del café, y allí, sobre el rojo diván, estaba nuestra Pochola, muy amartelada. Los ojos en los ojos, las manos en las manos de un tipejo burocrático, insignificante y feúcho, inferior en todo a su primer marido. Se trataban con la apasionada ternura de quienes se conocen y se quieren desde hace mucho tiempo. Quizá el secreto obligado, la clandestinidad forzosa y la ausencia de preocupaciones económicas, hacían más gusto y firme aquel amor. Llamé la atención a mi amiga. Que ni se sorprendió siquiera. Sino que se apenó, y me instó a que nos fuéramos: «Vayámonos, me dijo. No quiero que sepa que yo lo sé. Hoy mismo le entregué cincuenta libras a esta viudita inconsolable, por orden de Víctor. Y ella se va a avergonzar cuando sepa que lo sé.» Me impresionó tanta delicadeza y estuve a punto de hacer lo que ella rogaba. Pero ya, por una jugarreta más del destino, la parejita se levantaba, y muy amartelada aún, de bracete, marchaba hacia nosotros, sin vernos, como se anda en tan amables casos. Pero a la altura de nuestra mesa, nuestras miradas se cruzaron. Y Pochola, trastornada, se soltó del brazo de su amor que, un poco irritado, volvió a agarrarla violentamente. Mas algo debió ver en la mirada angustiada de la mujercita, cuando volvió a soltarla al segundo de cojerla. Nos saludamos: friamente, los hombres; turbadas, las mujeres. Las mejillas de Pochola palidieron de ira y temor, al verse descubierta por la otra. Las de mi francesita enrojaron vivamente, ruborizadas por haber descubierto tan clara superchería. Cuando salieron, yo hice un comentario estúpido, varonil: «¿Y esta criatura dónde trabaja, en el Español o en el María Guerrero? ¡Buena actriz!» La francesita, gentilmente, cambió de conversación y me invitó para el próximo viernes en volver a tomar el té en su casa.

Acudí. Allí estaba Pochola. Debía haber llegado mucho antes que yo, pues las dos mujeres tenían los ojos brillantes de cólera y las mejillas sofocadas como por una discusión violenta. En efecto, Pochola tenía novio. Lo confesó abiertamente. E incluso pensaba casarse dentro de aquel año. Yo no pude evitarme unas frases irónicas sobre su



condición de viudita inconsolable, con la que nos había dado el pego a todos, especialmente a mi primo. Pero noté que la francesita me hacía señas para que me callara. No trataba ella, según nos explicó, de censurar a Pochola, sino de obligarla a que continuara sus amores en la sombra. Que se casase también en la sombra, su marido debía ser tan insignificante como ella, que continuara apareciendo a los ojos de Víctor como una viudita inconsolable. Ella protestó. Lloriqueó un poquito. La farsa de unos años prolongada para toda una vida, para toda su futura vida de casada en segundas nupcias, le parecía ya imposible de llevar. No la importaba ya la estimación de Víctor, la importaba más la suya propia. Renunciaba a todos los beneficios que le suponía la amistad con su cuñado. ¡Se acabó la viudita inconsolable, primero por amor, luego por necesidades económicas—su dolor era una buena inversión de capital, según la francesa; un sacacuartos, una socaflía, según mi pensamiento castellano, menos amigo de eufemismos—, y finalmente, y en esto insistió mucho, por delicadeza hacia Víctor! ¡El pobre sufriría tanto el día que la supiera ya casada por segunda vez! ¿Fue sincero todo aquello? No sé. A mí más bien me parecía que se trataba de un regateo repugnante. Algo así como una plañidera pueblerina, concertando sus honorarios. La novia de Víctor fingió no darse cuenta de aquello e insistió largamente en que Pochola prosiguiera la farsa. Hubo un momento en que la viudita se negó casi rotundamente. Y en que la otra amenazó fría y decidida. Habló de abuso de confianza, de cantidades estafadas con fraude moral. La farsante se agarró entonces a esto para afirmarse en su negativa. Tenía miedo a que algún día se descubriera todo aquello. Ya era hora, pues, de liberarse de tan productiva pero molesta hipocresía. La voz de su interlocutora se hizo entonces hiriente, y Pochola terminó por plegarse. Por amor a Víctor, por estimación a su novia, seguiría en la farsa. Su cuñado podría seguir albergando la idea de una Penélope moderna, de la Artemisa del siglo XX. Podía consolarse así de su negligencia hacia el hermano muerto, pensando que su llama ardía en un corazón fiel.

Había cierta ironía, no exenta de macabra gracia en sus palabras. Como todos los estafadores, Pochola «Nunca le podré olvidar» despreciaba a la víctima estafada. Y quién sabe si con el tiempo no llegó a despreciar también al marido, que le daba mejor resultado después de muerto que cuando aun existía, con el laborioso vivir de un hombre pobre y joven, que comienza en lucha vital.

Como fuera, ella se casó en secreto. El segundo cónyuge accedió a la clandestinidad respecto a Víctor, que seguía siendo tan generoso y que ahora, cuando Pochola «Nunca le podré olvidar» está hucaca de tanto parir en su segundo matrimonio, la cita como ejemplo de fidelidad conyugal, más fuerte que la muerte.

—¿Pero tanto tiempo podrá mantener el engaño?

—Te diré. Hubo una ocasión, cuando Víctor y su novia llevaban ya dos años de casados, pues se casaron con toda publicidad, poco después del clandestino matrimonio de la viudita inconsolable, en

que mi francesa estuvo a punto de descubrir todo. Víctor, a la sazón enamorado de ella, hubiera podido perdonar a las dos mujeres su engaño, piadoso por una parte obligado por la necesidad, en otro. Pero fué entonces Pochola quien suplicó y rogó que la farsa continuara. Había venido su primer hijo—que fueron dos gemelas—y no podía renunciar a los ingresos que le proporcionaba la amistad y la estimación de su cuñado. La otra mujer, que iba también a ser madre, accedió a que la farsa prosiguiera. Al cabo Víctor es rico. Y su mujer podía permitirse el lujo de vengarse de la manera más dulce de una enemiga, haciéndola algún favor. El engaño continúa. Yo, que con mi primilla política soy el único que lo sé, me he vengado también de Pochola y de la maestra con que nos engañó a todos. Siempre que la encuentro, aunque fuera con el marido o aunque Víctor no estuviera presente, la seguía tratando como viudita inconsolable, haciendo caso omiso de su nuevo estado y preguntándole por sus recuerdos de Fernando. Ella se mordía los labios y de veinte colores contestaba, muy seca y breve, a mis malévolas preguntas. Sólo un día, hará pocos meses por cierto, me decidí a ser benévolo con ella. Iba entuladísima. Yo pensé que Víctor estaba en la capital y ella preparaba así su puesta en escena para la farsa del color inconsolable. Pero pronto, lo fresco de sus lutos y sus abundantes y creo que esta vez sinceras lágrimas, me hicieron comprender que Pochola era ya viuda por segunda vez. Inconsolable como en la anterior, desde luego. Y sus llamantes lutos fueron sin duda comprados por su productivo dolor hacia el primer marido. Alguien me ha dicho que en su casa hay fotografías de los dos y que cuando va al cementerio lleva flores y llanto y oraciones equitativamente, para ambos. La mujer de Víctor, enterada de esto, me escribió desde Londres, comunicándome su decisión de mantener la farsa, siempre que Pochola no se case por tercera vez. Pero esta vez Pochola no se casará. Es ya una viuda con hijos, lo que sobra para sus necesidades sentimentales. Para las económicas y amorosas le basta ya con la generosidad de Víctor, y con ese Jano de recursos conyugales que constituyen sus dos maridos, «amis difuntos», como dice ella, sin darse cuenta de su frívola enormidad. Pero estoy seguro que si Víctor, a estas horas, supiera la verdad, ya la perdonaría. Los hijos de la carne, habidos en su sincera mujer, al entroncarle realmente con la vida, le han hecho olvidar algo a los muertos y el culto a ellos.

Estoy seguro que manda el dinero a Pochola casi por rutina, porque es su mujer quien se encarga de ello. O, mejor dicho, quien me envía a mí las cantidades que yo pongo en manos de «Nunca le podré olvidar», que ya ni se turba, ni se enrojece, cuando yo le hago alguna malévolita pregunta sobre «El difunto Fernando», porque quizá en su cerebro de chorlito práctico, este ha venido a suplantar al segundo marido, aquel señor insignificante, y casi clandestino, del que por cierto no supe nunca cómo se llamaba...»

—Y ella, ¿cómo se llama? ¿La francesa?

—¿Quién...? ¿La mujer de Víctor?

El comenzó a darse cuenta que, pese a sus esfuerzos narrativos, habían vuelto al punto de partida: los recuerdos del pasado. Suspiró un poco, tragó saliva y contestó ya dispuesto al chaparrón irremediable:

—Se llama Odette...

—¡Ah! ¿Luego entonces ella es...?—la pregunta sonaba a lágrimas y amenazas.

—No, mujercita celosa —tranquilizó él, mintiendo un poquito—. La mujer de Víctor se llama Odette, de verdad, como la de Proust...

—¡No estará hecha una pájara como aquélla!

—Ya sabes tú que no. La otra se llamaba Claudette. Pero como eso es vulgar ella se hacía llamar con el otro nombre, más bonito... —y para apartar sino definitivamente, por la velada, el posible disgusto, continuó, ya versátil y amable—: Pero, ¿no te parece que nos debemos ir a cenar fuera, al restaurancito que tanto te gusta?

Y ella, que por el momento no tenía otro capricho, accedió y fué a arreglarse, muy contenta. Tardó bastante, mientras tanto él fumaba despacio, y con ojos soñadores evocaba entre las espirales azuladas la silueta gentil y los ojos claros de aquella Odette, a quien el amor tanto y que terminó dejándole para casarse con su primo Víctor, el triunfador.

TODO EL PANORAMA DE LA
POESIA CONTEMPORANEA EN

“POESIA ESPAÑOLA”

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración:

PINAR, 5 — MADRID

"NI FU, NI FA", GUERRERO ZAMORA SE DEFINE A SI MISMO Y DEFINE A LOS DEMAS

El autor de "Estiércol" hace una limpieza literaria

"EL CAFE GIJON NO ME INTERESA; SOLO ME INTERESAN LOS LIBROS Y ESTOS SE ESCRIBEN EN CASA"



UN amplio despacho lleno de recuerdos. Recuerdos y antigüedades en la pared, en mesitas y sofás. Múltiples fotografías dedicadas. Un ambiente de principio de siglo.

Personajes: Juan Guerrero Zamora, autor de «Estiércol», y los periodistas Aurora Cuartero, Jiménez Sutil y Antonio Covalada. De cuando en cuando, unos gatos pequeños.

Es Aurora Cuartero, impresionada por el título de la novela y su contenido, la que inicia el fuego. Califica a Guerrero Zamora de tremendista.

GUERRERO.—No soy tremendista.

AURORA.—¿Entonces?

GUERRERO.—Cuando comencé mi novela no tenía el propósito de hacer una cosa dura y áspera.

COVALEDA.—Sin embargo, los personajes de su novela me parecen anormales.

GUERRERO.—¿Cuál?

COVALEDA.—Lucio, por ejemplo.

GUERRERO.—Ese es el único.

SUTIL.—¿Y Amparo?

GUERRERO.—Amparo no es más que una retrasada sensualmente. Como habrá visto tiene un complejo hacia su hermana.

AURORA.—¿Y Ernesto?

GUERRERO.—Ernesto es un tonto creído. Responde al tipo común de actor vanidoso, sin voluntad, dominado, al fin, por su mujer.

SUTIL.—Pero ¿y Pedro?

GUERRERO.—Un invertido, sencillamente.

COVALEDA.—¿Y el protagonista Eduardo?

GUERRERO.—Representa al hombre que por libre albedrío consigue escaparse del estiércol en que se hallaba. En cambio, Pedro, como contraste, simboliza al hombre que, pudiendo también liberarse, no hace esfuerzo por conseguirlo.

SUTIL.—¿Y el ambiente?

GUERRERO.—Tampoco. Es un testimonio de mi experiencia teatral. El testimonio de un mundo lleno de rencillas, de vanidad, de envidia y comadreo. Mi novela, reflejándolo, intenta atacar ese ambiente. No amargo las cosas,

sino que las cosas son así; la terrible promiscuidad de los camerinos, sin pudor, con su clima turbio, espeso y áspero. Resalta, por contraste, la pureza de Dionés.

AURORA.—¿Acepta exponerse sintéticamente su autocrítica?

GUERRERO.—Desde el punto de vista genérico, realista; pero con realismo trascendido en poesía. Desde el ideológico, no es de tesis. Su núcleo, estiércol, pero sin que falte libre albedrío para librarse de él. Hay dos caminos: permanecer o superarse hacia Dios. Aunque se fundamente en mis vivencias es novela, pero no biografía.

(Un fogonazo del fotógrafo. Mientras, un par de gatos salen disparados en busca de una puerta. Resuena de nuevo la voz, casi cantante, del señor Guerrero entre su par de brazos, siempre en gesticulación. Los tres periodistas, atentos y expectantes.)

COVALEDA.—¿Comenzó la novela?...

GUERRERO.—A fines de noviembre de 1950, y la terminé a principios de enero de 1951. Total, mes y medio. No pensé nada. No sé cómo salió.

SUTIL.—¿De qué partió?

GUERRERO.—De los personajes. Estos arrastraron la trama.

AURORA.—¿La causa inmediata?

GUERRERO.—El ambiente inmediatamente anterior a ella, es decir, mi experiencia en el mundillo teatral.

COVALEDA.—¿Sobre qué fondo campea la trama?

GUERRERO.—La caridad.

SUTIL.—¿La considera entonces católica?

GUERRERO.—Real y sinceramente católica. Ni tremendista ni existencialista.

(Aprovechando una breve digresión, el señor Guerrero sale del sillón en que se encontraba y mira uno a uno a sus interlocutores. Tras una pequeña vuelta, de nuevo a la espera, recostado en un ángulo de la mesa.)

AURORA.—Volviendo a lo mismo, ¿cómo debe ser una novela católica?

GUERRERO.—Debe movilizar los valores humanos católicos. Pero con un catolicismo a tenor del tiempo actual: de acción, vivo. Es decir, una catolicidad en guerra, no de exhibición y apariencia.

(El gesto y declaración del señor Guerrero Zamora eran de verdadera exhortación.)

COVALEDA.—¿Entre sus obras qué ha cuidado más?

GUERRERO.—Considero más elaborados mis versos que esta novela.

SUTIL.—¿Qué le ha presentado más dificultad?

GUERRERO.—La técnica del poema.

AURORA.—¿Le preocupa más en su obra el fondo o la forma?

GUERRERO.—El fondo.

COVALEDA.—¿Le resulta más fácil?

GUERRERO.—El diálogo. Tal vez sea reminiscencia del cultivo del teatro.

(Inevitablemente se llegó al descanso. Hacia falta. Hay humo y copas. Se revisa con la mirada la apretada decoración del despacho. Desde las paredes nos contempla una época desaparecida, se hace presente el recuerdo de Fresno, aquel gran dibujante que supo captar con fidelidad e ironía la espuma de la actualidad de su tiempo. Mientras tanto Guerrero Zamora vigila, atento, en espera de nuevas preguntas.)

SUTIL. (Sin ánimo de perturbar mucho la tregua.)—Puesto que también conoce los secretos de la escena, ¿qué teatro actual estima de mejor calidad?

GUERRERO.—El francés.

AURORA.—¿Y en qué autor?

GUERRERO.—Claudel. Su teatro me parece el más profundo y universal.

(Guerrero Zamora vuelve de nuevo al sillón. Con parte de su cara dentro del círculo de luz procedente de una lámpara de mesa cercana, los cristales de sus gafas dan reflejo, titúlean.)

COVALEDA.—¿Qué opina del ambiente del Gijón?

GUERRERO.—No existe ambiente ni tertulia del Gijón. Allí hay grupos que se reúnen, unos porque les interesa ver a alguien y otros porque les gusta estar allí. Y nada más. Aquello es una reunión gremial. Cada cual va a lo suyo.

SUTIL.—¿Entonces no le interesa aquello?

GUERRERO.—Nada. En literatura interesan los libros, y éstos se escriben en casa.

(Por lo visto el «conjunto» habitante del local lit rario Recoletos resbala de la atención del autor de «Estiércol». El sabrá por qué, aunque acaba de manifestarlo. Pero nosotros nos quedamos con la pequeña reserva mental de pensar que la vida literaria tiene muchos escondrijos y movimientos sísmicos. Hay que optar, por tanto, por el enjuque crítico individual.)

AURORA.—¿Qué te parece Cela?

GUERRERO.—Un buen novelista. No tiene profundidad, pero sí la gracia narrativa. Poesía de la ternura.

SUTIL.—¿Y Zunzunegui?

GUERRERO.—Clásico. Llena un momento. Nada nuevo. Es como actualmente García Nieto, una figura representativa de su actualidad.

COVALEDA.—¿Y Gironella?

GUERRERO.—Muchos rifones. Su esfuerzo era necesario en España. Los cipreses creen en Dios es obra ciclópea, con imperfecciones, pero significa un gran empeño. Tiene la grandeza de un Galdós.

AURORA.—¿Y Escrivá?

GUERRERO. (Reforzando y reprimiendo la voz.)—No me interesa en absoluto. Cero.

SUTIL.—¿Y Delibes?

GUERRERO.—Está arrancando cosas. Novelas con verdadero pulso. Su obra maestra es *El camino*.

COVALEDA.—¿Y Darío Fernández Flores?

GUERRERO.—Lola me parece una pretensión de novela española, de novela regodeante. No tiene fondo.

AURORA.—¿Pedro de Lorenzo?

GUERRERO.—Muy inteligente. Demasiado inteligente. Técnica depurada, contraria a la vida. Me interesa, pero no encaja en mi concepto de la novela.

SUTIL.—¿Arbó y Agustí?

GUERRERO.—Los dos, interesantes.

Pausa y humedecimiento del paladar. Miradas inquisitivas. De repente una eclosión de Guerrero Zamora:

—Sánchez Mazas, hijo, para mí es de mucha fuerza. En el cuento, Aldecoa, y Espinosa entre los novelistas.

COVALEDA.—¿Y las mujeres novelistas?

GUERRERO.—No creo que haya mujer en la cumbre, pero sí algunas obras. Mejorando las ausentes, creo que *Nada*, de Carmen Laforet, es una novela no profunda, pero buena. Su segunda obra no me interesa.

AURORA.—¿Elena Quiroga?

GUERRERO.—Joven que me parece del siglo XIX. Su obra, poco universal. No puede seguir por el camino de *Viento del Norte*.

SUTIL.—¿Eugenia Serrano?

GUERRERO. (Rotundo y con refrendo de gesto.)—Nada, nada.

COVALEDA.—¿Mercedes Fórmi-ga y Eulalia Galvarriato?

GUERRERO.—Tienen logros y ofrecen posibilidades.

AURORA.—¿Dolores Medio?

GUERRERO.—Ni fu, ni fa.

SUTIL.—Estamos aquí dos redactores de Radio Nacional, ¿qué diferencias hay; a su juicio, entre la literatura impresa y la radiofónica?

GUERRERO.—Diferencias de género, no literarias. (Recostándose para recargar.) Creo... creo que la radio y el cine son dos subgéneros del dramático, del teatro. Hay, por tanto, diferencia de técnica. Ninguna diferencia ideal artística y de objeto.

AURORA.—Pero ¿no tiene exigencias especiales?

GUERRERO.—Claridad, porque el oyente no puede volver atrás, como en la obra escrita. Y también un límite temporal no mayor de dos horas, porque la paciencia auditiva es menor que la visual.

COVALEDA.—¿Y en comparación con el teatro?

GUERRERO.—La radio tiene mayor libertad de movimientos en el tiempo y en el espacio. (Con signos expresivos de resumen.) En realidad, sólo hay diferencias formales, no esenciales.

SUTIL.—Literariamente, ¿tiene que arrepentirse de algo?

GUERRERO. (Sonriente.)—De nada. Cada cosa me ha servido en su momento para otra siguiente.

COVALEDA.—¿Terminamos?

GUERRERO.—Como quieran. Y se puso fin a la entrevista.

MARUCHI FRESNO
ENJUICIA A SU MARIDO

FUI AMANDO SU MIRADA, SU VOZ...



Maruchi Fresno y Guerrero Zamora, delante del retrato del famoso caricaturista Fernando Fresno

ONOCI a Juan cuando Janés le concedió el premio «A la Joven Literatura» por su libro *Scamejante a la vida*, en mayo del 52. Después, conocí su mirada y su voz. Fui luego leyendo cosas suyas y comprendí que debería ser alguien muy importante en mi vida. Quizá lo más difícil para un ser es la entrega. Y Juan tiene ese don. Se entrega a su labor, a sus páginas que él va llenando con su letra amplia y su espíritu observador y profundo, a veces despiadado, a veces irónico, a veces con una inmensa ternura. Fui amando su mirada, su voz, su creación, su carácter. A él.

No le veo escribir. Se encierra en su mundo y en su despacho. Le oigo después lo que ha escrito, cuando me lo lee con su voz grave y apasionada. Así le oí sus mejores obras: ese drama que yo quisiera un día interpretar: «Hamlet y Ofelia»; esa otra que ya tuve la alegría de hacer por la radio: «El precio de Dios» (la Pasión a través de Judas) y que él había estrenado ya antes por otra emisora, Radio Madrid, hace tres años; esos cuentos que escribió para mí—«Murillo, 11, Melilla»—y que ahora reúne en libro. Leí «Estiércol» antes que se editara. Me produjo una honda impresión. Había allí un gran dolor de vidas tristes, angustiadas, vulgares, grises; había un latigazo contra el mal, contra la fealdad; y al mismo tiempo, había una gran piedad, una honda comprensión de ese mal. No sé si es buena o mala, perfecta o imperfecta, esta novela. Sé que no resbala como una novela más. Hace el daño y el bien de una confesión. No le veo cuando escribe, pero sí cuando dirige. Se transforma en una llama. Todos sus nervios se ponen en tensión. Quisiera ser uno y todos, acompañar todas las voces con su emoción. Me gusta ser dirigida por él. Gracias a él he interpretado las más bellas obras. Juntos hemos trabajado. En esto. En escribir un guión de cine: «Un ángel llamado Ramón». Y vamos a tener un hijo. ¿Qué más puede decir?

Maruchi FRESNO

**EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER**

LA RUSIA DE AYER Y DE HOY

Por Robert PINOTEAU

DESDE su juventud Robert Pinoteau se ha consagrado con afán y cariño al estudio de Rusia, del alma de su pueblo, dentro de las singularidades físicas y morales, dentro de su espacio geográfico inmenso y de su compleja historia.

Es un especialista de inestimable valía, porque ha sido continuo testigo de la vida rusa desde antes de la revolución hasta nuestros días.

Su libro que hoy resumimos tiene un valor mayor por estar escrito con tanta claridad de juicio como objetividad y rectitud de intención. Y destruye con contundencia definitiva una leyenda de la propaganda roja que suelen olvidar en sus polémicas muchos detractores del comunismo: las realizaciones del régimen bolchevique en lo que respecta a la industrialización de Rusia.

Con un estudio sereno, el señor Pinoteau llega a la conclusión de que lo realizado en este terreno por el comunismo es mucho menor de lo que podría hoy disfrutar Rusia si la revolución de Lenin no hubiese truncado el progreso que se iniciaba al empezar la primera guerra mundial.

«LA RUSSIE D'HIER ET D'AUJOURD'HUI», por Robert Pinoteau.—Editado por Les Iles D'Or.—París, 1953.—278 páginas.

La fuerza eterna de Rusia reside en su extensión, en las riquezas de su suelo (en particular el chernocien y los bosques) y del subsuelo, así como en la resistencia y robustez de una raza que se contenta con poco y es prolifera, aunque también es soñadora, imprecisa, inestable.

Las debilidades geográficas del país consisten en el clima severo que provoca la erosión, la falta de materiales duros fácilmente asequeables (lo que entraña falta de carreteras convenientes), y los ríos siberianos orientados todos de Sur a Norte, que entorpecen la circulación transversal.

Los elementos diversos de la fuerza y de la debilidad del coloso ruso son los siguientes:

1.º Una población numerosa de 206 millones que se incrementa actualmente en tres millones de individuos por año, o sea, el 1,5 por 100, frente a un aumento del 2,2 por 100 en los Estados Unidos. Esta población podía ser, sin duda alguna, mayor y alcanzar los 360 millones en la hora actual si hubiese continuado creciendo el ritmo de 1914 (el 2,27 por 100 por año) y si el índice de mortalidad no hubiese sido tan elevado a consecuencia de las privaciones y las hecatombes sufridas.

2.º Un retraso aun considerable, en comparación con las naciones occidentales, en el camino de la capacidad técnica y del progreso económico y social; retraso ocasionado por el origen semiasiático de su civilización, por los siglos de esclavitud y

de opresión, y también por la resignación, la indolencia y el carácter soñador de su pueblo.

3.º Un régimen cada vez más inclinado hacia el estrecho nacionalismo y a recurrir al misterio, que constituye su fuerza en el camino diplomático y que favorece las expansiones proyectadas. Pero estos objetivos no confesados constituyen su debilidad al hacer la propaganda para inculcar a los pueblos del universo sus ideas. Cada vez más, el resto de los pueblos tiende hacia el nacionalismo o hacia el desviacionismo de Tito.

4.º Una potencia militar considerable que a dura penas consigue equilibrarse con la de las naciones del Pacto del Atlántico.

También tenemos que señalar en relación con el retraso técnico que en 1914 Rusia se encontraba en pleno apogeo económico y camino de un verdadero progreso social e intelectual.

En aquella época los ferrocarriles y las industrias claves del carbón y del acero se estaban desarrollando a un ritmo comparable al actual, y la industria textil, como industria típica de los bienes de consumo, mostraba una prosperidad particular. Si no hubiese sido por las guerras y la revolución, si esas industrias clave se hubiesen seguido desarrollando normalmente, habrían rebasado el nivel alcanzado hoy.

No cabe duda de que aquella industria rusa solía estar en manos de individuos inclinados hacia un paternalismo exagerado respecto a sus obreros, que amasaban fortunas que se apresuraban a derrochar en grandes convites o en viajar por el extranjero, alimentando así la propaganda marxista. Pero se iniciaba ya la floración de sociedades anónimas que si no hubiese sido por la primera guerra mundial habrían acabado por imponerse. En ellas, el «gerente» no representaba más que lo que puede representar hoy el gerente de un hotel moderno. El comercio constituía entonces la inversión favorita de los capitales rusos y era explotado por el «kupetz», el comerciante, y este terminó se pronunciaba despectivamente en los círculos de la nobleza rusa. Como observa agudamente George F. Kennan—el técnico americano en cuestiones rusas que fué por algún tiempo embajador en Moscú—, en ruso no existe otro término para designar al hombre de negocios como no sea el de «deletza», que es francamente peyorativo.

Por otra parte, la reforma agraria del 1905, a continuación de una guerra desastrosa, empezó a dar sus frutos mejorando considerablemente el nivel de vida de los campesinos, que en 1914 no salían ya a los caminos y a las estaciones del ferrocarril a pedir limosna, sino a ofrecer sus frutos a los viajeros. Las finanzas marchaban bien y la renta nacional se elevó rápidamente.

Otro fenómeno típico de la Rusia inmediatamente anterior a la primera guerra mundial era la reducción del autocratismo del poder central. Todas las carreras estaban abiertas a todos los talentos, y el jefe del Estado Mayor de los Ejércitos Imperiales era el general Denikin, hijo de un antiguo siervo.

LA RUSSIE D'HIER ET D'AUJOURD'HUI

NICOLĀS I^{er} - NICOLAS II
STALINE - MALENKOV

PAR

ROBERT PINOTEAU

ancien Conseiller commercial et financier
de l'Ambassade de France à Moscou

PRÉFACE D'ANDRÉ SIEGFRIED
de l'Académie Française

A PARIS

LES ILES D'OR

Sin caer en las exageraciones chauvinistas de la U. R. S. S. actual, Rusia estaba justamente orgullosa de sus sabios y de sus escritores y el mundo reconocía el genio de un Mendeleef y de su alumno Paulov, o de un Menchinikov (que tuvo como alumno en el Instituto Pasteur al famoso Bogomoletz), lo mismo que el de un Tolstoy o un Chaikovsky.

Intermediaria entre Europa y Asia, Rusia aprendía de una lo que enseñaba a otra. Siberia, lejos de ser un mero lugar de deportación (bastante anodino si se le compara con el vasto campo de concentración actual), para unos miles de condenados políticos, era, sobre todo en 1914, tierra de misioneros, médicos y pioneros valerosos que hacían progresar continuamente a este inmenso continente, y que sin haber conocido jamás la servidumbre servían libremente al imperio con todas sus fuerzas y en todos los terrenos: explotación de minas, construcción, negocios diversos, y, sobre todo, la enseñanza.

—¿Cuáles son, pues, las causas o más bien los pretextos de la revolución del 1917?

Desde luego, las dos guerras del 1904 y de 1914 fueron desastrosas e impopulares, una por ser demasiado lejana, la otra por estar mal preparada y mal abastecida. Nicolás II, puesto que había dejado al gran duque Nicolás la dirección de las operaciones, podría haberse mostrado más firme frente a la agitación interior y no haber escuchado a su esposa, que se encontraba bajo la influencia de Rasputín. Las cosas no hicieron más que empeorar cuando decidió sustituir al gran duque al frente de los Ejércitos. El régimen, minado en el interior, sometido a las traiciones de Sukomlinov, Protopopov, Sturmer, y, sobre todo, del banquero Manus, dispensador de fondos alemanes; agobiado por una centralización y un burocratismo siempre excesivos, acabó por hundirse en la revolución burguesa, luego socialista y por último comunista, sin que Nicolás II diese muestras de energía suficiente para oponerse a ello.

El régimen actual ha hecho esfuerzos considerables, y sin duda sinceros, para desarrollar la industrialización del país, explotar los recursos más alejados y más expuestos a las intemperies polares, pero ha incrementado aún más la centralización burocrática, así como el número de trabajadores forzados, sin verdadero afán de buscar el bienestar de la población. Por orden del último de los faraones fallecidos de la dinastía moscovita, Rusia ha construido en el Dniéper, o más bien ha mandado construir a ingenieros extranjeros, la presa mayor de Europa (sin embargo, no ha restaurado todavía su capacidad de antes de la guerra), que es la que hace el número 20 en el mundo por su capacidad de embalse y la tercera por su precio de costo. Ha construido canales, ferrocarriles, fábricas siderúrgicas y centrales eléctricas costosas, ha explotado las minas de carbón y minas de oro a unos precios de costo igualmente fabulosos en vidas humanas, sin desalentarse por las hecatombes sufridas. Ha liquidado a los agricultores independientes, pero el régimen se ha visto forzado a tolerar los mercados koljosianos. No ha logrado mejorar el rendimiento de las superficies cultivadas y no ha conseguido que la agricultura dé de comer a más de una sola familia de empleados u obreros por cada familia de campesinos.

Para mantener su prestigio entre su pueblo y acentuar la sumisión de los miembros del «partido», el régimen ha multiplicado los axiomas de progreso económico (en la servidumbre), creando en torno a sus realizaciones una atmósfera de misterio cada vez más densa. Ha consagrado como «padre de los pueblos» al responsable de las matanzas polacas, del rapto de niños griegos, de las víctimas de la guerra de Corea, de las deportaciones del Báltico, de Hungría y de los Balcanes, y de tantas otras lágrimas derramadas en tantos hogares de todo el mundo. Pero también ha duplicado las barreras en torno al Kremlin... y ha prohibido igualmente a las Misiones médicas de las Naciones Unidas franquear el «telón de acero» para aportar los beneficios de la ciencia moderna a poblaciones víctimas de tantas enfermedades.

Ha reforzado la opresión, más allá de todos los límites admisibles, sobre los pueblos periféricos, y, gracias a una potencia militar considerable, amenaza en todas partes con nuevas anexiones.

En este gigantismo, en este misterio y este expansionismo del régimen soviético hay que ver for-

zosamente la vuelta del Asia de otros tiempos, confirmada por la elección de la nueva capital, así como por la victoria de Malenkov (el de los Urales) sobre Idanov (el europeo), del que todavía no se sabe exactamente en qué circunstancias fue asesinado. Después de las dinastías nórdica, tártara, báltica y alemana, la revolución rusa ha sido quizá la victoria del proletariado sobre la burguesía, y de una economía dirigida sobre una economía liberal, pero ha sido, sobre todo, una victoria rusa y asiática contra la élite de origen extranjero que ocupaba el Poder.

Una de las pruebas de que el ideal del comunismo, esa religión nueva de origen alemán, está muy lejos de haberse implantado firmemente en Rusia, es que el número de miembros del partido es relativamente muy reducido.

Es cierto que se ha desarrollado en proporciones sensibles la instrucción; pero también es cierto que se ha desarrollado por igual la inmoralidad en todas sus formas. Los conceptos de la patria y de la religión ortodoxa no han podido ser desarraigados del alma del pueblo ruso y el resurgimiento de la productividad parece haberse detenido desde que terminó la guerra, o por lo menos no responde a las esperanzas de la planificación.

El nivel de vida del pueblo ha subido ligeramente y rebasa, desde luego, el del Afganistán o el de China, pero sigue siendo aproximadamente el mismo que había en 1914, con un régimen muchísimo más humano, y, de todas formas, es muy inferior al nivel de vida americano o francés.

Es cierto que las exigencias materiales y cotidianas del pueblo ruso, por la herencia de siglos de servidumbre, son mucho menores que las del occidental, lo que constituye, en la hora actual, para el Gobierno soviético, una ventaja estimable. Pero bastaría, por ejemplo, que los americanos redujeran un poco, en caso de guerra, su suntuoso tren de vida, para romper el equilibrio de fuerzas.

A pesar de la actitud externa del sucesor de Stalin, seguimos en el camino de la guerra mundial número tres. Por eso hemos de preguntarnos, lo mismo que hacía George F. Kennan, qué es lo que queremos y qué es lo que podemos hacer.

El primer fin que hemos de fijarnos es librarnos del temor perpetuo de una invasión soviética, pensando para ello en lo que sería de Rusia desprovista de su glacis formado por la Alemania oriental y los países satélites. No cabe duda de que, sin hablar incluso de Ucrania, cuya civilización es distinta de la de Rusia, todos los países periféricos que gimen bajo el yugo soviético y aspiran a dirigirse a sí mismos, como lo demostraron en 1917, volverían a intentarlo. Privada Rusia de esta economía superior a la suya, el coloso quedaría muy debilitado.

Pero todavía no sabemos si la verdadera visión guerrera del futuro no será la de un imperio soviético luchando contra China y contra la India por la posesión de Siberia y del Turkestan. Esto podría ser objeto de un estudio detenido, pero rebasa el cuadro de nuestro libro.

Sin embargo, quizá sean todo esto quimeras, porque los imperios edificados sobre la negación de los principios eternos de la verdad, la belleza y el bien acaban siempre por hundirse en la mentira, el horror y la crueldad, si es que no se transforman por el contacto con las civilizaciones vecinas. La ilusión en el exterior y la opresión en el interior parecen ser los dos pies del coloso soviético. Hay que añadir a esto las disensiones no confesadas, pero sin duda formidables, que deben prevalecer entre los amos actuales de la política soviética, y que son reveladas de vez en cuando, de manera excepcional, como ha ocurrido en el caso de Beria.

En medio del conflicto mundial, las naciones occidentales deben dar pruebas del mejor corazón posible para con el pueblo ruso, ese siervo eterno que, por no tener un carácter y una civilización totalmente evolucionados, es más sensible a todo lo que procede del extranjero. Podemos recordar los versos del gran poeta ruso Tiutchev (1866):

«No es con la razón como se comprende a Rusia. No se la mide con la medida habitual. Tiene una naturaleza particular que se capta por la intuición.»

Para no equivocarse al juzgar a Rusia, sólo debe comparársela con ella misma y ver lo que habría podido llegar a ser en el transcurso del último siglo si no hubiese sido por el régimen bolchevique.

LA NARANJA ES REDONDA Y PESA COMO EL ORO



Nuevo edificio de la C. N. S., en Castellón

MAS DE DOCE MILLONES DE ARBOLES EN LA PLANA

EN ALGUNAS COSAS DON PIO SE QUEDA ANTICUADO

HACE poco le preguntaba yo a Baroja:

—¿Cuál es, a su juicio, la capital más fea de España?

Y sin tartamudear, porque don Pío no tartamudea, respondió:

—Sin ningún género de dudas, Castellón. Castellón es horrible.

Baroja dice muchas cosas de este tipo seguramente para tomarse el pelo a la gente. O es que Castellón ha cambiado muchísimo de cuarenta años acá. La primera y última impresión que me produjo esta ciudad no concordaba en nada con lo que me había dicho Baroja. Don Pío suelta las cosas porque sí, arbitrariamente. A pesar de toda su teoría sobre la exactitud del reportaje. ¿Por qué don Pío, al decirme aquello, reía con su risa contagiosa y pillina?

Castellón es una capital que lo tiene todo a la medida: catedral, paseos, jardines, calles, puerto, huerta, habitantes... La ciudad está limpia y el nivel de vida es próspero. Se respira más bienestar que en otras capitales de su categoría. Quizá esté Castellón menos mimado por el turismo, pero eso tampoco es culpa de los castellonenses.

En pocos años ha saltado Castellón de los treinta mil habitantes a los sesenta y tantos mil. No tenía alcantarillado y ya lo tiene: total, veinte millones de pesetas. Tenía sus principales calles sin adoquinar, pero en muy poco tiempo se han pavimentado un centenar de ellas, lo que ha costado a la Alcaldía otro desembolso de setenta millones de pesetas. Más de cincuenta calles están ahora esperando el pico y la pala, pero el dinero está ya librado.

Una gran avenida, con jardines en el centro, divide Castellón de

Norte a Sur. Al mismo tiempo se construyen bloques de viviendas y edificios alrededor de las plazas. El nuevo edificio de la Diputación, el de la C. N. S., el acoplamiento de la Casa Consistorial—bello palacio toscano—a las nuevas exigencias de los departamentos, todo indica un progreso creciente y un auge económico considerable. Nada tiene que envidiar Castellón—sino al revés—a otras capitales en materia de alumbrado, parques, edificios y



En pocos años ha saltado Castellón de los treinta mil habitantes a los sesenta y tantos mil. La ciudad está creciendo con soberbias edificaciones como esta que vemos en la fotografía

pavimentos, y posee como pocas un ritmo de vida comercial e industrial que hace esperar que su prosperidad y nivel de vida continúe en aumento.

A las diez en punto de la noche suena un reloj céntrico y parejas y paseantes parecen huir a la desbandada hacia sus domicilios. Estaba yo paseando con el secretario provincial de Sindicatos, Deogracias Montoliú, y en un instante nos quedamos solos. Me pareció ésta una buena costumbre de los castellonenses, la de retirarse a descansar «todas a la una». Costumbre de pueblo trabajador, metódico y burgués.

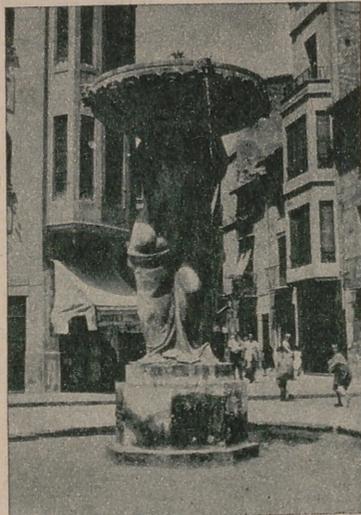
Recuerdo ahora que en este paseo la única chica que llamó mi atención fué una rubia con cierto aire interesante.

—Cómo se ve que eres literato —me dijo Montoliú—; no haces más que llegar y te firmas en la poetisa de la localidad.

No pude enterarme de cómo hacia los pareados aquella rubia frágil y alada que corría por las calles como una pajarita de las nieves.

ATENCION: PASO A NIVEL

Tan pronto me alojé en el hotel Oriente, salí a dar unas vueltas por la ciudad. Hay que conocer muy bien Castellón para co-



Una artística fuente en el paisaje urbano de Castellón

nocer las tascas. Aunque no beba, me gusta visitar las tabernas de las ciudades adonde llego. Azorín, por ejemplo, cuando visitaba un pueblo, creo que lo primero que hacía era ir a ver al fotógrafo o fotógrafos del lugar, para conocer los tipos y obtener una visión felizizada casi de paisajes y ambientes. Después recorría los sitios con el bloc y el lápiz, sistemático, meticulado y cronométrico. Baroja, en cambio, lo primero que hacía era merodear por los alrededores y entablar conversación con algún jovial y estrafalario vagabundo. Para mí, por ahora, la sabiduría está en las tabernas.

Es difícil encontrar las tascas en Castellón. Pero cuando se encuentran... Yendo de un lado a otro, en una calle estrecha, que daba a una plaza algo enjardinada en donde había un quicio con gramófono, unas pocas sillas y dos camareros ociosos, de repente tuve que apartarme. Un maquinista de tren, desde la chimenea humeante, tirando del pito, me gritaba:

—¡Eh, apártesee!

Era un tren como de juguete, con dos vagones llenos de pasajeros serios, labriegos unos y señoritos otros, que iban no sé dónde. Pensé en algo mágico, en que acababan de poner las vías que yo no había visto antes, en que este tren era ese tren que todos hemos soñado: un tren a domicilio, que nos trae las cosas del huerto a casa y que nos lleva a la playa desde el propio portal. Este tren que atraviesa, bucólico y medio colegial interno, las calles de Castellón es la mejor prueba del crecimiento rápido y asombroso de la ciudad. Es éste un tren que pide permiso para pasar. El maquinista está pendiente del fraile que va al sermón y de la pareja que sale del cine. Es un tren de confianza, un tren casero y familiar, en el que suicidarse, por ejemplo, sería imposible. Un tren que trae aroma del monte, perfume de los huertos y brisa del mar.

Los castellonenses se avergüenzan un poco de tan pintoresco tren y están pidiendo a gritos que lo supriman. Y yo lo dejaría hasta el final de los tiempos, como vehículo intermedio entre el tranvía lento y chirriante y los trenes

aerodinámicos que devoran distancias.

En pleno paseo de la calle principal, este tren aparece resoplado y sus pitidos insistentes pueden interrumpir lo mismo una declaración amorosa que el trato de venta de un huerto de mandarina. Es un tren, en fin, casi enternecedor, al que uno se sube a la carrera, y si acaso detiene la marcha para esperarle. Un tren nostálgico, conmovedor, que esperamos pase algún día al Museo Romántico, adonde nos gustará ir a verlo y hasta acariciarlo cuando las comunicaciones a velocidades supersónicas hagan el mundo insportable. Allí estará Mariano Rodríguez de Rivas pasándole el plumero.

Pero no sólo es lo del tren paradoja. Dentro de Castellón hay huertos de naranjos. Cerca de tres mil hanegadas de tierra. Y a las paredes de las casas llega la mandarina, que se resiste implacablemente a todos los proyectos municipales de ensanche.

¿DONDE ESTA EL PERIODISTA?

Pronto me di cuenta de que mi llegada había causado cierta conmoción en la ciudad.

—Ha llegado un periodista—se decían unos a otros.

—Pues como sea el mismo...

Yo creo que si hubiera sido el mismo, de Castellón habría salido, por lo menos, pelado. Estaba en el secreto. Un reporterito facilitón había hecho recientemente sobre Castellón un reportaje lleno, ciertamente, no sólo de inexactitudes, sino de injusticias. Los castellonenses estaban justamente irritados.

Ni el Casino de Castellón se distingue por sus partidas de mus ni es cierto que en el puerto haya que ir pisando ratas. No hay más ratas, ni menos, que en cualquier otro puerto del mundo. Ya hablaremos después del puerto, que se merece un punto y aparte.

No sé lo que pudo motivar la animadversión de mi colega contra Castellón, donde, desde el «Hogar del Camarada» hasta Peñíscola, supe que sólo había recibido las más espléndidas pruebas de la naturalísima hospitalidad de los castellonenses. A lo me-

jor perdió el block de notas y después inventó.

Me propuse ver las cosas por mi propia cuenta. Intervine en las partidas de mus y estuve en el puerto mientras ocmian los obreros y mientras dormían los guardas. Nada. ¿Por qué no pensar que el correspondiente aludido tuvo una pesadilla después de una digestión trabajada y vió ratas y barajas a derecha e izquierda?

Yo le rogaría a mi compañero que no volviera por allí.

NOMINATIVO: LA NARANJA. GENITIVO: DE LA NARANJA. DATIVO: A O PARA LA NARANJA...

En Castellón terminamos nuestra ruta de la naranja.

Unas sesenta mil hanegadas tiene el término municipal de Castellón dedicadas a la naranja, reparadas entre unos nueve mil propietarios. Villarreal debe de tener otro tanto ocupado casi en su totalidad por la mandarina. El resto de la provincia tiene unas doscientas mil hanegadas. Total, que Castellón es la segunda provincia naranjera de España: unas veinticuatro mil hectáreas entre unos veintidós mil propietarios.

La especialidad de Castellón es la naranja tardía. Los exportadores castellonenses se trasladan a Valencia y allí operan con las primeras cosechas, hasta que llegan los meses de febrero, marzo y abril, en que vuelven a su región para dar salida a la especialidad castellonense, que corresponde a la última temporada. En Castellón capital debe de haber unos treinta exportadores y unos quinientos en la provincia. Los naranjos de Castellón, en huerta y secano, pasan de los doce millones de árboles. En 1943 una fuerte helada se llevó por delante algunos millares. Pero sólo en el último año fueron plantados en esta región unos quinientos mil árboles. Los plantones (pies de árbol) se traen de Alcanar (Tarragona) y de Vinaroz, donde existen grandes plantales, traídos, a su vez, de Sevilla.

El naranjo de Castellón es más pequeño, menos copudo y está más cerca uno del otro, como protegiéndose mutuamente. Teniendo las ramas más recogidas se defienden mejor contra el viento. Unos cuarenta naranjos suele haber por hanegada. En otros lugares de la ribera valenciana y de Murcia sólo entran unos veintitantos. Una hanegada de naranja de la variedad doble fina, por ejemplo, vale en la huerta de Castellón unas sesenta mil pesetas, y en secano, unas veinticinco mil. La naranja de secano es más fina y mejor, y también más pequeña, y, por lo tanto, da un peso menor por millar. La de la huerta es más gruesa y de piel más basta. Este año, una razzia de rocío y lluvia ha hecho bajar un poco los precios. Los frutos no han podido secarse en el árbol y en algunos parajes se pudrieron.

Hablando de naranja en Castellón, Burriana se lleva la palma. De allí salen, de los «Talleres Tormo», las maquinarias-rampa que se han distribuido por todos los almacenes de las provincias



La vía del tren atraviesa las calles de la ciudad

naranjeras españolas. Estas máquinas «sinfin» representan el último avance técnico en la preparación de la naranja. En la calle de Herrero (de Castellón), en el almacén de la firma E. F. E. P. A., yo he visto uno de los últimos modelos, en el que se disponen para el embarque unas mil cajas diarias. Por estas fechas me figuro que los almacenes de Burriana, los más famosos de la región, deben de estar dando su máximo rendimiento.

La ventaja de Castellón, pues, consiste en que cuando las demás zonas naranjeras han agotado su cosecha, ella, con Valencia, sigue exportando las variantes tardías. Estas variedades son, principalmente, la «Verna» y la «Valencia-late» (esta última, a propósito, está pidiendo a gritos que alguien se ocupe de cambiar su nombre, que huele a inglés. La «sanguin» es una variedad que enlaza la primera variedad (noviembre, diciembre, enero) con la segunda (febrero, marzo, abril). Pero la «Valencia-late» llega a exportarse incluso en mayo.

UN AVANCE DE LA PRESENTE CAMPAÑA

Aunque los datos y cifras de la presente campaña no pueden darse todavía completos, hemos podido lograr un avance aproximado de la cosecha de agrios en Castellón en la temporada 1953-54, de las distintas variedades principalmente cultivadas allí:

	Tm.
«Navel»	65.604
«Comuna»	69.000
«Blood-oval»	127.600
Mandarina	58.983
«Clementina»	4.265
«Vieda»	7.233
«Cadenera»	8.749
«Verna»	11.781
«Satsuma»	1.750
Limones	209
Otras variedades	3.361

Total

LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LOS AGRIOS

Castellón está viviendo las jornadas preliminares de la implantación de una gran empresa de industrialización de los agrios.

La cosecha no es para menos. Ya sabemos que la producción de agrios en España, y lo mismo en el mundo entero, aumenta en tales proporciones que amenaza romper el equilibrio entre su volumen y el consumo. Esto ha comenzado a notarse con más alarmantes características en Norteamérica, el primer país productor del mundo. Por eso también—y no al acaso—de aquel país ha partido la iniciativa de la industrialización de los agrios. Esto quiere decir simplemente que, ante la imposibilidad de colocar en los mercados el total de la producción de fruta fresca, se ha comenzado a explotar otros frutos que de ella se derivan, como son los zumos, las esencias y los piensos secos.

El toque de alarma está dado. Es preciso que nuestras regiones productoras no se dejen arrebatar los mercados europeos de estos productos, porque esto sería un golpe en la nuca para nuestra economía citrícola.

Por lo mismo, Castellón ha em-

prendido ya—y tiene entre manos—la implantación de una gran factoría de derivados, con la participación directa del I. N. I. De momento, detienen las gestiones simples trámites administrativos, así como la necesidad de convenio entre productores y empresarios. Lo que ha parado, en una palabra, la creación jurídica de esta poderosa máquina de divisas ha sido, quizá, el cálculo inicial de participación numérica de accionistas. Se pretende ampliar la base económica de la industria, dándole un sentido solidario casi de cooperativa.

Indudablemente, la instalación de esta gran industria puede suponer para Castellón y su región unas posibilidades económicas de largo alcance. Con ello no sólo se lograría afrontar una posible crisis de consumo de los productos naturales, sino, además, el aprovechamiento total en zumos de los frutos defectuosos de color y tamaño, por ejemplo, que no sirven para la exportación directa, sino de otros subproductos, que siempre servirán para la fabricación de los piensos secos, que actualmente tienen gran aceptación.

La región entera, celosa, calculadora, recelosa, magnánima, prepotente—puesto que se habían ofrecido capiteles para dar y tomar cuando se habló de una empresa de este género—, está viendo el problema. La cuestión está en buenas manos. Creo que pueden esperarse para plazo no muy lejano resultados positivos.

UN PUERTO QUE ES UN PUERTO

El Grao de Castellón está a unos cuatro kilómetros de la capital. Fui en un coche de línea. En uno solo de los cobertizos del muelle de costa me encontré con cien mil cajas de naranja. El aspecto de los muelles no podía ser más expedito y limpio.

La superficie de la dársena comercial de Castellón es de dieciséis hectáreas. La longitud de la línea de atraque, con un calado de ocho metros, es de ochocientos cincuenta metros. La longitud de la línea de atraque para el servicio pesquero—de unos dos metros—es de doscientos setenta y cinco metros. Hay instaladas cuatro grúas eléctricas y tres están en construcción. La superficie de muelles cubiertos es de cuatro mil quinientos metros cuadrados, y la de los muelles descubiertos, de ocho mil quinientos metros cuadrados. La capacidad diaria de tráfico es de seis mil toneladas.

De doce a quince mil cajas de naranja despacha el puerto de Castellón en la jornada de ocho horas. Trabajan en este menes-



El sanatorio de «La Magdalena», segundo en importancia en España, recientemente inaugurado en Castellón. Ha costado unos treinta millones de pesetas

ter diariamente unos cien obreros, pero cuando hay motoveleros y el tráfico se hace a granel, el número se duplica.

Para dar una idea de las constantes reformas a que está sometido el puerto de Castellón, que es un puerto artificial, bastará decir que la ampliación del puerto tiene presupuestados sesenta y seis millones de pesetas; el dragado, en plena ejecución, unos diecisiete millones, y la obra de las defensas del litoral—que es una soberbia construcción para detener el mar, que se colaba tierra adentro—tiene en realización unas obras que han de costar cerca de diez millones de pesetas.

Cada año despacha este puerto unas cien mil toneladas, y el tráfico de barcos, entre entradas y salidas, es de un millar. Pero, aparte de esto, el puerto de Castellón tiene una vida pesquera activa, por la que se recaudan, así, por las buenas, unos quinientos millones de pesetas.

Pero lo que más me llamó la atención en el puerto de Castellón fué el comedor para obreros, donde, por 3,25, los obreros toman un cubierto que en Castellón no les valdría menos de quince pesetas.

Si no lo veo, no lo creo.

UNA CATEDRAL SIN OBISPADO

Castellón tiene ya en alto su catedral, que ha ido levantando piedra a piedra. Lo que no tiene es obispo. Castellón pertenece a la diócesis de Tortosa, y tiene la de Segorbe interpuesta. Es ésta una de las cosas que más duelen a los castellonenses. Ellos quisieran, y creen que tienen rango y motivo para ello, tener a su obispo en casa, como si dijéramos. No fortuitamente le tienen preparado un palacio episcopal, que desean se convierta en residencia permanente y propia de la sede diocesana. Ultimamente, el nuevo Concordato con el Vaticano ha impulsado a los castellonenses a luchar por todos los caminos posibles, el diplomático, el político y el eclesiástico, por que la capital de la provincia sea a la vez villa jerárquica de la diócesis.

A poco que uno converse con los castellonenses, salta en seguida esta aspiración unánime y, a mi entender, justificada, pues una simple ojeada al mapa reclama, al menos así lo parece, una nueva división eclesiástica.

Pero, en esto, doctores tiene la Santa Iglesia...

EL SEGUNDO SANATORIO ANTITUBERCULOSO DE ESPAÑA

Trenta millones de pesetas ha costado el sanatorio «La Magdalena», emplazado en «El Collet», que es un promontorio ideal, que domina huerta y secano a placer. Este sanatorio es el segundo de importancia de España y acaba de ser inaugurado. Dispone de 500 plazas para enfermos, procedentes de cuota y de los Montepíos Laborales, pero sin distinción de ninguna clase. El emplazamiento no puede ser más adecuado, porque está rodeado de pinos, olivos y huertos. Unos ciento quince empleados prestan sus servicios en este sanatorio, que no ha de recoger sólo enfermos de la región, sino de España entera. Para darse una idea de la magnitud del edificio bastará decir que la calefacción consume unos cinco mil kilos diarios de carbón y que son veinte los comedores distribuidos por plantas. El quirófano, mejor dicho, los quirófanos están puestos tan al día como puede estarlo el mejor de Los Angeles o de Chicago.

Esta fiebre de las cifras la da el terreno. Porque todo en Castellón es proyecto, construcción y obras. En tareas de colonización, la Obra Sindical lleva gastados unos cincuenta millones, entre captación y conducción de aguas, almazaras, electrificaciones rurales, pozos, huertos familiares, etcétera. En viviendas protegidas, la Obra Sindical llega a los noventa millones en construcciones perfectamente armonizadas de estilo y renta.

En Castellón el cemento está a la orden del día. Y el pico y la pala. Y si no, que lo diga el Alcalde. Y los vecinos que se resisten a ser expropiados.

VOCATIVO: ¡OH LA NARANJA!—ABLATIVO: DE, EN, CON, POR, SI, SOBRE, TRAS, LA NARANJA

Hemos acabado la ruta de la naranja, pero no la naranja. Desde el barandal de la terraza del huerto de Masip, en Castellón—hermosa finca donde cada árbol tiene unas setecientas naranjas—hemos dicho adiós al pomelo y al limón, a la sanguina y a la navel, a la clementina, a la satsuma y a la mandarina.

Hacia falta un kilométrico muy largo para darle la vuelta entera a la naranja. Porque naranjos hay también en Las Palmas y en Badajoz, en Avila y Santa Cruz de Tenerife. Podíamos haber subido hasta Tarragona y luego a Barcelona y Gerona, Vizcaya, saltar a Santander y a Oviedo, y detenernos algunos días en Lugo, Orense y Pontevedra. Cientos de miles de naranjos y quintales métricos de naranjas como postre o aperitivo, los hay en todas las regiones españolas.

Y dicen que los suecos y los finlandeses cuando sueñan en España sueñan siempre bajo un naranjo. Un naranjo—ya lo sabemos—es un árbol con globitos de oro centelleantes de sol y vida. Claro que después el sueño se complica y viene la gitana, el toro y quién sabe si el trabuco... naranjero, más naranja.

A mí las naranjas como más me gustan es en zumo.

José Luis CASTILLO PUCHE
Enviado especial

ESPAÑA AYUDO A LOS ESTADOS UNIDOS CUANDO NECESITABAN ARMAS Y DINERO

PRESENCIA ESPAÑOLA EN NORTEAMERICA

UNO de los capítulos de la Historia que, sin saber por qué, ha permanecido sumido en el casi absoluto silencio ha sido la ayuda que España prestó a los Estados Unidos de América en el tiempo en que éstos trataban de constituirse como nación. Erán los años en que España se sentía dueña de una potencia económica; eran los días en que España era rica; eran las horas en que España tenía misión histórica, un puesto europeo de importancia, mientras que Norteamérica empezaba, con ansias y métodos de independencia, a formar una fuerte e impercedera unidad.

Para conseguir esta unidad, Norteamérica, allá por los finales del siglo XVIII, precisaba armas, municiones y dinero. Armas, municiones y dinero que, en gran parte, salieron desinteresadamente de España. Esta ayuda representa el más definido caso de simpatía específica de un país hacia otro, hecho que pudo producirse merced a un sentimiento que, a lo largo de todos los acontecimientos, ha imperado siempre en España; llevar la conciencia nacional de lo justo hasta el riesgo, o casi hasta el riesgo, de nuestros propios intereses.

UN MILLON DE LIBRAS TORNESAS PARA LA INDEPENDENCIA DE NORTEAMERICA

Norteamérica acababa de nacer a la Historia. Cualquier ayuda de cualquier género para una nación en tal estado lo significaba todo. El 7 de junio de 1776 el conde de Aranda, desde París, escribía al marqués de Grimaldi acerca de la ayuda de España a los nacientes Estados de América.



A ello contestaba nuestro Ministro con el siguiente despacho autógrafo, que puede verse en el Archivo Histórico Nacional, estado legajo 4.072 de la signatura del antiguo Archivo General Central: «S. M. ha aplaudido las medidas de ayudar a los Estados Unidos y las halla muy convenientes... Entiende el Rey que es muy justo el peso que se ha de llevar para mantener a los insurgentes norteamericanos en su estado de resistencia. Con este fin, EL REY DE ESPAÑA, CARLOS III, ME MANDA REMITIR EL ADJUNTO CREDITO DE UN MILLON DE LIBRAS TORNEASAS PARA QUE PUDIERA EMPLEARSE EN LA AYUDA DE LOS NORTEAMERICANOS... Se ha de concertar los socorros en los que conviene emplear esta suma y el modo de hacerla llegar a su destino... Se ha supuesto al Ministro de Hacienda ser esta suma destinada a una compra que de orden del Rey ha de hacer el conde de Aranda en París, a quien pongo esta carta de su letra para que no trascienda a nadie este secreto.»

Es ésta la primera cantidad de dinero que España envía a Norteamérica para que ella conquiste algo tan sagrado como es la independencia.

300 CANONES, 13.000 BOMBAS, 51.000 BALAS Y 30.000 FUSILES PARA LOS SUBLEVADOS

Aquel dinero iba a servir para adquirir armas, pertrechos y municiones. El 7 de septiembre de 1776, el conde de Aranda pudo escribir al marqués de Grimaldi que «EL MILLON DE LIBRAS TORNEASAS DESTINADO PARA AUXILIO DE LOS COLONOS NORTEAMERICANOS QUE LUCHARAN POR SU INDEPENDENCIA SE LES ENVIABA ACTUALMENTE» (Archivo y legajo citado). Con parte de aquel dinero fueron remitidos a los colonos norteamericanos 216 cañones de bronce, 209 cureñas, 27 morteros, 29 ajustes, 12.826 bombas, 51.134 balas, 300 millares de pólvora, 30.000 fusiles con sus bayonetas, 4.000 tiendas y 30.000 vestidos completos. Enviar 1.000 fusiles a un Ejército de 10.000 hombres en aquellos tiempos suponía mucho más que un centenar de aviones de reacción en los momentos actuales.

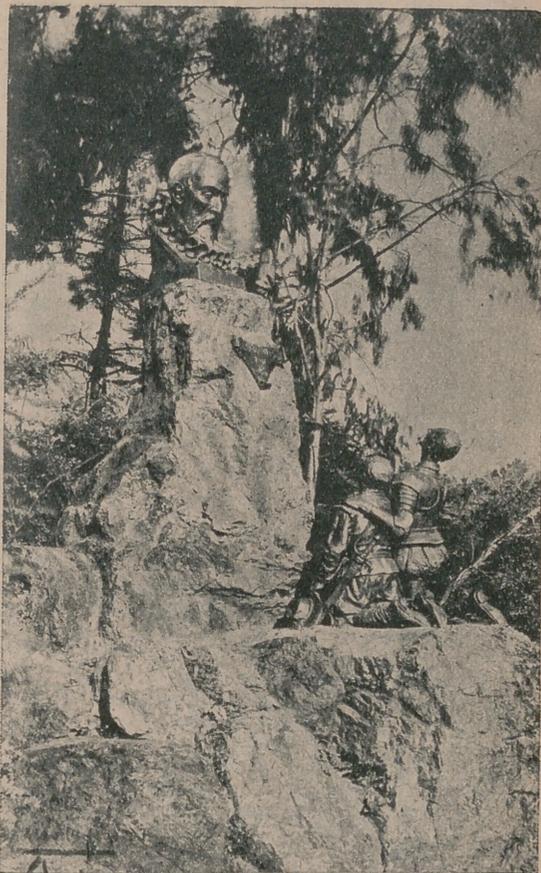
Además pasaron a América dos oficiales de mérito y graduados para servir allí como generales, el uno de Artillería y el otro de Infantería; treinta y ocho oficiales de todos los grados para formar los regimientos de Artillería y gran número de ingenieros y obreros con su correspondiente y abundante cantidad de plomo para las balas de fusil. Grimaldi, en nombre del Gobierno español, en despachos autógrafos que dirige al conde de Aranda, añadía que «el Rey de España y su Ministerio creían tan importante aquella guerra de independencia que se estaba pensando por el Gobierno español un medio para suministrar España directamente nuevos auxilios a las colonias norteamericanas sublevadas y cuando estuviese resuelto y fijado el método se le comunicaría».

En 4 de febrero de 1777, Grimaldi volvió a repetir a Aranda, que había a la sazón conferenciado en París con Franklin, enviado norteamericano en unión de Deane y Lee, que «la voluntad del Rey era que se pudiese de acuerdo... por si en lo sucesivo se juzgase del caso contraer empeños más formales que LOS ENVIOS QUE YA SE ESTABAN HACIENDO PARA PONER A LOS NORTEAMERICANOS EN ESTADO DE SOSTENERSE».

Durante aquellos años, España había estado favoreciendo, desinteresadamente, la gestación de los Estados Unidos de Norteamérica.

ESPAÑA AFRONTA EL RIESGO DE QUE SU ESCUADRA SEA APRESADA POR LA INGLESA

Tales preparativos, entregas de pertrechos y salidas de hombres armados no podían pasar inadvertidos. Así, lord Stormont protestó de tales ayudas, y hubo que justificar—de una manera muy particular, claro es—los destinos de las mercancías y de los dineros que salían de los puertos españoles. No se podía llegar a una situación grave con Inglaterra. Caso de producirse tal situación, nuestra flota, que regresaba de Buenos Aires cargada de oro, podía correr el peligro de verse apresada por la inglesa. Los in-



Monumento a Cervantes en un parque de San Francisco

gleses conocían, casi por entero, el volumen de la ayuda de España a Norteamérica. No obstante, en un despacho del conde de Floridablanca a Aranda, de fecha 23 de diciembre de 1777, según puede comprobarse en el mismo legajo y archivo anteriormente citados, se decía que «el Rey de España deseaba que se comunicase a los plenipotenciarios norteamericanos, que aguardaban su respuesta en París, que se les socorriera largamente en cuanto lo permitiesen las fuerzas de la Corona, pasado un mes, una cantidad QUE NO BAJARIA DE TRES MILLONES DE PESOS Y TAL VEZ PASARIA DE SEIS LA SEGUNDA, llegada que fuese la flota española, sin limitarse a esto, según lo permitieran las circunstancias, siempre que dieran tiempo y guardasen secreto y fidelidad los mismos diputados y sus principales. El Rey de España, que se compadecía de los norteamericanos, quedaba en el firme concepto de que por todos títulos y razones debían continuarse los preparativos y demás activas disposiciones meditadas y convenidas anteriormente para hallarse prontos a cualquier evento».

Quando esto se escribía, la flota española estaba en medio del Océano, rumbo a España, cargada de oro, despreciando, como puede verse, el peligro.

MEDIO MILLON DE PESOS EN CINCO AÑOS

Mas, con ser ya cuantiosa y decisiva la ayuda prestada por España a la naciente nación americana, encaminándola hacia su total y completa independencia, no se terminaron, ni mucho menos, los envíos de socorros en el año 1777, último que hemos citado. Hasta 1782, más de veinte documentos de gran extensión e importancia—tales como el acta de la declaración de la independencia de los Estados Unidos, cartas del conde de Aranda, del conde de Montmorin, de Floridablanca, etcétera—confirman las ayudas económicas recibidas, directamente de España, por los Estados Unidos. Entre todo este importantísimo conjunto de documentos históricos pueden destacarse las órdenes de Floridablanca dadas al Ministro de Ha-

cienda, don Miguel de Muzquiz, y al tesorero de Rentas, don Pedro Manuel Ortiz de la Riva, y recibos de éste para la entrega de las cantidades en metálico con que España socorrió, por mediación de don Diego Gardoqui, a los norteamericanos. Las cantidades entregadas fueron las siguientes:

		Pesos
Año 1777	Abril 17	70.000
»	» Mayo 25	50.000
» 1778	Julio 30	53.000
»	» Noviembre 11	50.000
» 1780	Diciembre 10	24.000
» 1781	Febrero 19	32.000
»	» Marzo 27	12.000
»	» Mayo 1	14.000
»	» Junio 1	12.000
»	» Agosto 9	12.000
»	» Noviembre 29	51.083
»	» Febrero 28	26.000
Total... ..		406.083

Todos estos valiosísimos documentos se conservan en el legajo 3.884 del mencionado Archivo Histórico Nacional.

UN CABALLO, TRES MILLONES DE REALES Y EL VESTUARIO DE DIEZ REGIMIENTOS

Entre toda esta gran cantidad de cifras que se encuentran por los archivos, como verdad firme, certera y clara, hay, a veces, detalles corteses, románticos si se quiere y significativos de que España está atenta, no solamente a las necesidades del Ejército norteamericano, sino al gusto y al deseo personal de sus generales o gobernantes.

Entre los documentos de este mismo legajo aparece, entre el año 1785 y el año 1786, una carta reservada del embajador de España en Nueva York a Florida Blanca dándole cuenta de su viaje y llegada, visita al presidente del Congreso, Lee; entrevistas con mister Jay y la conveniencia de que se le regale a éste un caballo español. Florida Blanca acepta y se contrata en firme la compra de dicho animal. De la elección del caballo se encarga el comandante de Carabineros Reales don Marcelino Caballero; y de la conducción del caballo a Nueva York, don José García, el cual, al regreso, presentó una solicitud para que se le recompensase por el buen desempeño de la misión.

Al lado de esta nota sentimental, nota de verdadera amistad y cariño, la sincera realidad de las cifras vuelve a mostrar su faz rotunda. Florida Blanca comunica a Aranda, en 17 de mayo de 1782, que el ministro de Relaciones Exteriores norteamericano, Jay, marcha a París y que se entrevistará con él. Dice, asimismo, que «SON MUY CONSIDERABLES LOS SOCORROS SUMINISTRADOS POR ESPAÑA A LOS ESTADOS UNIDOS, QUE SOLO EN EL AÑO ULTIMO FUERON TRES MILLONES DE REALES Y EL VESTUARIO DE OCHO O DIEZ REGIMIENTOS. QUE ESPAÑA, SIN OBLIGACION, HA HECHO

POR LOS ESTADOS UNIDOS TANTO O MAS QUE FRANCIA, LIGADA A ELLOS POR SUS TRATADOS».

AGRADECIMIENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS POR LA AYUDA RECIBIDA

Los Estados Unidos no es un pueblo desagradecido. Sus combatientes saben que gran parte de las armas con las que luchan, de los uniformes con que se preservan de las inclemencias del tiempo y de las municiones con las que hacen frente al enemigo proceden de España. Por ello, en el legajo 3.885 existe una carta autógrafa del propio Washington que rebosa toda ella gratitud hacia el Rey de España, y en el artículo noveno del nuevo plan que se hizo en 1786 para un tratado provisional entre España y los Estados Unidos americanos, se dice, textualmente, que se trata de «DAR NUEVO REALCE A LA GENEROSIDAD CON QUE ESPAÑA TRATA A LOS ESTADOS UNIDOS CONDONANDOLES TODAS LAS SUMAS QUE LES SUPLIO EN LA GUERRA, QUE AL MISMO TIEMPO QUE SU MAJESTAD TUVIERON CON INGLATERRA EN VARIOS SURTIDOS QUE SE LES FRANQUEARON DE CUENTA DE SU MAJESTAD EN LA MANUTENCION DE PRISIONEROS, QUE SIENDO DE CARGO DE LOS AMERICANOS SE LES PERMITIO DEJARLOS EN LOS DOMINIOS DEL REY DE ESPAÑA Y EL SOCORRO A VARIOS SUBDITOS DE LOS ESTADOS, A QUIENES LAS CALAMIDADES Y DESGRACIAS DE LA GUERRA CONDUJERON A PUERTOS ESPAÑOLES EN EL MAS DEPLORABLE ESTADO».

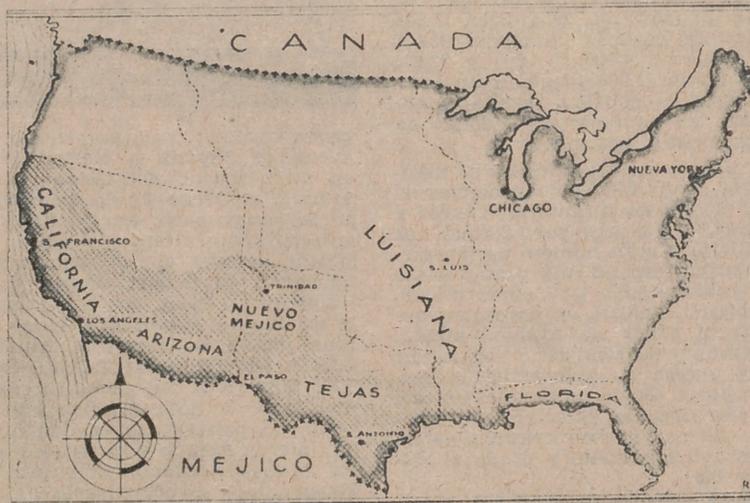
Toda esta conducta de España hacia los Estados Unidos tuvo el agradecimiento personal y oficial de los gobernantes de la futura gran nación. Así, además de lo ya expuesto, en el acto de toma de posesión de Jorge Washington, Presidente electo de los Estados Unidos de América, dice Gardoqui—nuestro embajador—, con fecha 1 de mayo de 1789, al Gobierno de Madrid: «... llegados que fueron e introducido el Presidente por las dos diputaciones del Congreso en la Cámara del Senado, fué recibido en pie por el vicepresidente,

que tenía su silla a la derecha de la del Presidente, y en dos hileras de asientos que seguían a éstas, por los senadores, que ocupaban la una, y en la otra, POR LOS MINISTROS DE ESPAÑA Y FRANCIA, EL ULTIMO PRESIDENTE DEL CONGRESO, LOS MINISTROS DE ESTADO, GUERRA Y REAL HACIENDA...».

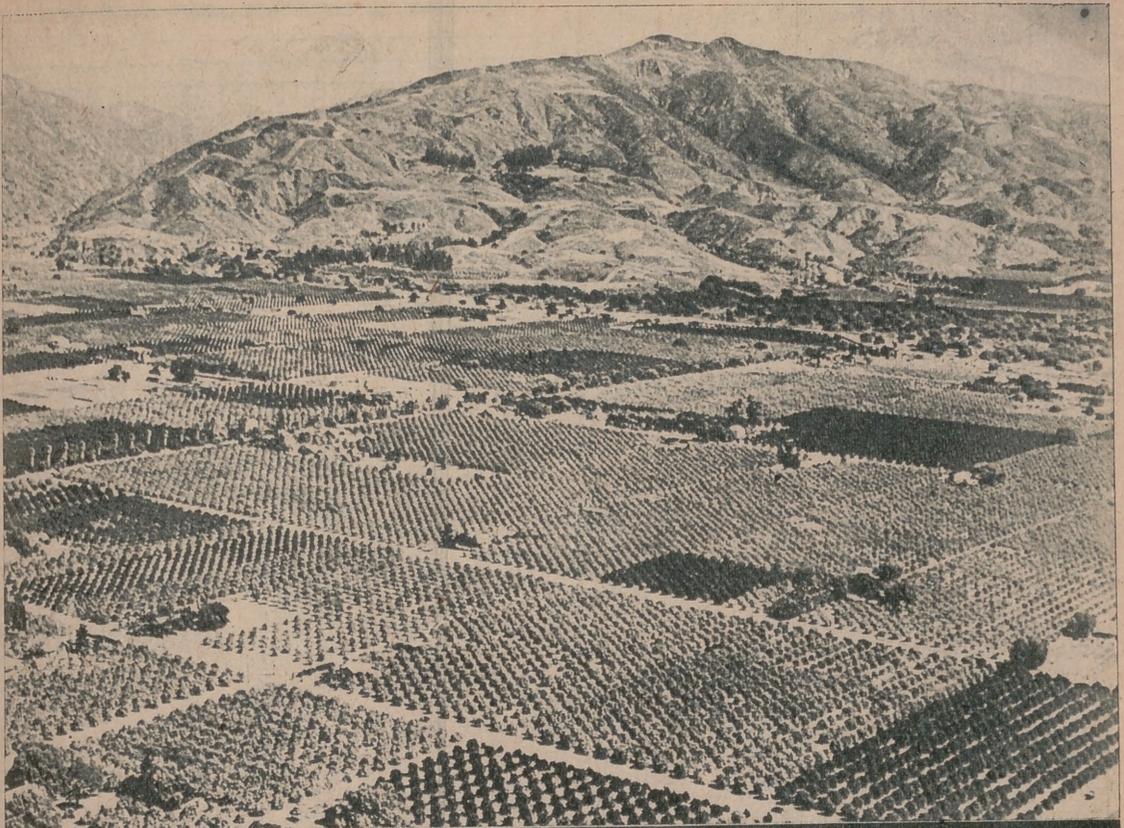
España, de esta manera, tuvo lugar principal, lugar de especialísimo honor, en la solemne proclamación de Jorge Washington como Presidente general de los Estados Unidos de América.

EN SAN AGUSTIN ESTAN LABRADAS LAS ARMAS DEL DESCUBRIDOR

Fijémonos ahora en los restos—si restos puede llamarse a una gigantesca pervivencia—de la presencia de España en los territorios norteamericanos. A lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos, sobre todo en la parte sur del territorio, se hallan a cada paso huellas, monumentos, edificios, habitantes, conversaciones, que recuerdan y demuestran la presencia de España en aquellas



En este mapa de los Estados Unidos aparece rayada la zona de influencia española



Un inmenso campo californiano plantado de naranjos

tierras, cuando aun los colonos no habían pensado, ni por un momento, en liberarse.

Lleguemos a Florida. El día 5 de marzo de 1513, Ponce de León—compañero de Cristóbal Colón en su segundo viaje—zarpa desde Puerto Rico con tres naves, y el día 3 de abril arriba al lugar donde hoy se alza la ciudad de San Agustín, que es, sin duda alguna, la más antigua población de los Estados Unidos. Ponce de León, al desembarcar, unida la cruz con la espada, toma posesión de aquellos territorios en nombre de la Corona de España. Hoy, después de pasados más de cuatrocientos años, los habitantes de Ibor City y de Tampa, que proceden de Cuba y de España, conservan todas sus costumbres y tradiciones. En los festejos que se celebran procuran demostrar su tradición hispana; así, el carnaval de Tampa y la «Verbena del Tabaco» son, ni más ni menos, unas alegres y típicas fiestas españolas.

San Agustín, la ciudad que fundaron los españoles y la más antigua de aquellos territorios, es un testimonio histórico, vivo y latente, de la presencia de España en Norteamérica. Cerca de San Marcos están las fuentes de la Plata y del Wakulla, que proporcionaban la eterna juventud, allá por el siglo XVI, al hombre que las bebiese; se conservan los viejos cuarteles que fueron en otros tiempos conventos de franciscanos españoles y, como cima y pináculo de todo, está el altivo fuerte de Marión, sobre cuya principal entrada puede verse, aún hoy, las intactas armas de España esculpidas en la piedra de la Gran Arcada. La actual arquitectura de San Agustín es, en su mayor parte, típicamente española, con sus clásicos balcones y sus sevillanas rejas, que la hacen, sin haber salido de los Estados Unidos, una presencia y una continuación de España.

NOMBRES CONOCIDOS EN EL ESTADO DE NUEVO MÉJICO

El 47 Estado de la Unión Americana es Nuevo Méjico, nombre exacto a la primera denominación puesta por las expediciones españolas. La capital de Nuevo Méjico la fundó Oñate, y se llamó «Villa Real de Santa Fe de San Francisco», nombrada ahora, simplemente, Santa Fe. Como condición previa para incorporarse al seno de la Unión, Nuevo Méjico puso el reconocimiento del idioma español, junto con el inglés, para idioma oficial.

Hoy, doscientos cincuenta mil habitantes de Santa Fe piensan, hablan y escriben en la misma lengua con la que el salmantino capitán Vázquez Coronado descubrió tales lugares.

Por las carreteras, por los campos, los cerros y las colinas, grandes inscripciones marcan la ruta de las más famosas expediciones. Allí está el recuerdo de Cabeza de Vaca, con sus tres compañeros, náufragos de la de Pánfilo de Narváez, en 1536; allí están Oñate y Coronado; allí está también la empresa reconquistadora del valeroso Diego de Vargas.

Sigue España presente: la vena vital de Nuevo Méjico se llama Río Grande; el más puntiagudo pico, Las Truchas (el cual forma parte del sistema Sangre de Cristo); sus pueblos se encuentran bajo el nombre de Santa Cruz, Santo Domingo, Española, Córdoba y Madrid. En Albuquerque, los nuevos mejicanos se hospedan en el hotel Alvarado y duermen bajo el escudo de Castilla, labrado en todas las camas; en Santa Fe, el agua llega por la Acequia Madre, los escolares reciben enseñanza en el Instituto de Sena y las mucha-



Perspectiva de la ciudad de San Francisco

tras pasean, por las tardes, dando vueltas a la plaza Mayor.

Sigue España presente: las calles de Santa Fe se llaman: de Barcelona, de Madrid, de Sevilla, de Córdoba y del Camino de Perros Grandes. Y ya, sin ir más lejos, donde se estudia la desintegración del átomo—esa gran conquista de la técnica norteamericana—tiene un nombre netamente hispano: Los Alamos.

FRAY JUNIPERO SERRA, UNICO REPRESENTANTE DE CALIFORNIA

Quizá la figura colonizadora y misionera más conocida y nombrada en América del Norte sea la de fray Junipero Serra. Nueve, de las veintidós misiones existentes, fueron fundadas por fray Junipero en las tierras de la lejana California. Alguna de aquellas misiones españolas han ido creciendo, ensanchando, y hoy son grandes ciudades. Ejemplo: San Diego y San Francisco.

Hay un aspecto de la obra de fray Junipero, ignorado de gran parte de la gente. Es éste: FRAY JUNIPERO IMPIDIO QUE CALIFORNIA FUESE COLONIZADA POR RUSIA cuando ésta alegaba que aquellas regiones habían sido pobladas por esclavos salidos desde Siberia y llegados a California, atravesando Alaska. Un día, un almirante ruso llegó por el Pacífico hasta las costas californianas para estudiar su ocupación. Pero el padre Serra estaba allí y, con él, los soldados españoles que, ocupando firmes posiciones, obligaron a los rusos a marcharse, abandonando sus pretensiones de conquista. Por ello, California siente con orgullo el recuerdo de fray Junipero, y en el vestíbulo del Capitolio de Washington, donde cada Estado puede colocar las figuras de sus hijos más ilustres, FRAY JUNIPERO SERRA ES EL UNICO QUE REPRESENTA A CALIFORNIA.

LOS RIOS Y LAS SIERRAS RECUERDAN A LOS FUNDADORES

La ruta de los primeros conquistadores españoles está indeleblemente marcada a lo largo de la vieja pista que une San Agustín, en Florida, con San Diego, en California. Así, la región de Luisiana se halla impregnada, toda ella, de un fuerte antecedente y sabor hispánico. En la catedral de San Luis, de Nueva Orleans, se rezan aún responsos por el alma de don Antonio Almonaster y de Roxas, que fundó y donó el templo a la ciudad, hace exactamente casi dos siglos. En la comarca llamada «Tierra de los Bueyes», al sur de Nueva Orleans, existen descendientes de los primitivos colonos canarios, los cuales siguen todavía hablando y escribiendo en castellano.

Por otra parte, el Mississippi fué explorado y recorrido, por primera vez, por Hernando de Soto, el cual pereció en la aventura, asegurándose que su cuerpo yace en la desembocadura del río Rojo, en el delta del Mississippi.

Aun quedan otros lugares, otras costumbres y otras personas descendientes directos de España o de españoles. Nos queda, por ejemplo, la ciudad de Los Angeles, en el oeste de California, fundada en el año 1781 por los españoles con el bello nombre de «Pueblo de la Reina de los Angeles»; nos queda el nombre, intacto, de Sierra Nevada y los ríos Colorado, Sacramento y San Joaquín. Nos quedan tantas y tantas villas, lugares, arroyos, montañas, poblados y promontorios, que su enumeración, tan sólo, llevaría las páginas de un gran libro.

Aparezca, de todo este relato, una verdad: España ayudó a Norteamérica cuando ésta más lo necesitaba, cuando estaba naciendo. Y la firma y la signatura de nuestra obra, de nuestra presencia, yace esparcida, desnuda al visitante, por el mapa de la que es hoy primera potencia del mundo.

José María DELEYTO

Suscríbese a POESIA ESPAÑOLA



Elegantes
confecciones
para hombre
en el 2º piso.

Prestigio de

Galerías
Preciados

MADRID

TOMAS SALVADOR, PREMIO DE NOVELA "CIUDAD DE BARCELONA"



Salvador, cuando está con sus tres pequeños, se siente más niño que ellos, y es corriente verle jugar por los pasillos a la pelota.—Derecha: El vencedor del «Ciudad de Barcelona» recibe impasible bajo su campana de cristal las múltiples felicitaciones por su éxito



EL POLICIA NOVELISTA FUE EL TERCER HOMBRE DEL CONCURSO

EN Barcelona, la cuesta de enero no es precisamente literaria. Después del Nadal, los Premios Ciudad de Barcelona, que se otorgan el día 26 del primer mes del año, aniversario de la liberación de la ciudad, vuelcan el cuerno de la abundancia sobre novelistas, poetas, comediógrafos, músicos, fotógrafos y cineastas. La cantidad y calidad—léase dimensión crematística—de los premios atrae a los que dedican su actividad a cualquiera de estas manifestaciones artísticas y a los enamorados del rumor y el «potin». Los ambientes literarios barceloneses lanzan sus especulaciones y se vive, durante unos días, de la fantasía. Hay tantos Jurados y tantos miembros, que llegará un momento que su renovación será un problema y no tocará otro remedio que repetirse. Todo barcelonés de cierta categoría que destaque en alguna rama de las que se someten a juicio en los premios, tendrá que ser fatalmente, un día u otro, jurado.

Hasta ahora había sido marco de los Premios Ciudad de Barcelona el viejo Ateneo, pero se convirtió en insuficiente y se ha

buscado un local más amplio. El palacio de la Virreina, en la rambla de las Flores, convertido en Museo de Artes Suntuarias, salvada su noble y maravillosa fachada del feo camuflaje de una anticuada actividad comercial, convertidos sus bellos salones en Exposición viva de unos siglos recientes de dorado esplendor, acogió a los miembros de los Jurados y a la multitud de interesados y de diletantes que llenaron de rumorosos comentarios sus estancias en la noche del 26 de enero de este año.

EL TERCER HOMBRE

De todos los premios hay uno que apasiona más, que interesa por encima de todos: El de novela. A pesar de todos los pesares, a pesar de que se diga que en España no se lee, si algo convertido en libro tiene un valor comercial y la suficiente expansión, este algo es la novela. Y más en estos últimos tiempos, en los que parece haberse superado casi la época de las traducciones exclusivas y empiezan a sonar nombres nuevos, cuyo prestigio va afirmándose día a día.

Del ganador del Premio Ciu-

dad de Barcelona de novela vamos a hablar, pues.

El comentario que rodaba por Barcelona antes del día 26 era que la pugna estaba concretada entre Vicente Risco y Sebastián Juan Arbó. Un gallego y un catalán. Se aceptaban apuestas y todo el mundo poseía el secreto. Pero a la hora de la verdad, cuando las sucesivas votaciones iban barriendo esperanzas, quedó triunfador un hombre joven que en tres años ha conquistado un envidiable lugar entre la novelística actual. Un nombre que, no siendo inédito, tiene todavía el humano frescor del novel: Tomás Salvador. El tercer hombre. El premio se quedó a la mitad del camino de Galicia a Cataluña, en las manos de un muchacho cordial y sincero de Palencia, radicado en Barcelona, casado con una catalana, y con tres hijos, tres muñecos scrosados que hablan en catalán.

TOMAS SALVADOR, EL TRABAJADOR INFATIGABLE

Debo ser un mal periodista porque no me gusta el instante fugaz, el bloc y el lápiz sobre la

marcha, para captar los personajes. El Tomás Salvador de la noche del premio, rodeado de incienso, mirando con sus ojos expresivos de buen chico travieso a la fortuna, recibiendo abrazos y felicitaciones, no me interesaba. Me interesaba el otro. El que vi en su hogar tres días después, vestido con unos viejos pantalones y un viejo jersey, trabajando en su próxima novela, como si no hubiera ocurrido nada. Porque Salvador tiene de la vida conceptos muy claros y no da importancia a ser importante. Todo lo accesorio, externo y gratuito lo acepta como una necesidad, pero no le domina. Sabe que la fama es la obra y que para hacerla durable tiene que mantener ésta en vilo. Y Salvador, que no es el novelista accidental, del chispazo, sino el profesional con conciencia, que elabora a brazo —como el antiguo chocolate— sus novelas, que ha hecho dedicación de su vida—al menos por el momento—al oficio, al terrible y maravilloso oficio de escribir, tiene que seguir trabajando. Y trabajando me recibí en su casita, allá por la urbanización de Meridiana, esta urbanización barcelonesa que desmiente la teoría de que los imperios y las ciudades crecen siguiendo el camino del sol y se empeña en extenderse hacia el Noreste. El premio es, para Tomás Salvador, una base importante en su camino ascendente. Un buen refuerzo publicitario y económico. Un reconocimiento de méritos que le llena de honrada satisfacción. Pero no es la meta. Ni tan sólo el descanso lícito. Por esto, el novelista pulsa la máquina de escribir con más rabia y vigor y tiene que apartarla, flameando la banderola de un folio a medio escribir, cuando me presento en su casa y nos ponemos a charlar.

SU MUNDO INTERIOR

Tomás Salvador, que rezuma bondad por todos los poros, arrastra su drama. Los frios de Rusia, donde combatió dos años en la División Azul, le mordieron en los oídos y ha perdido el setenta por ciento de audición en uno y el cincuenta por ciento en el otro. Sumergido en su campana de cristal ha dado rienda suelta a su fantasía, a su capacidad creadora. Los ojos, compensando la tragedia, se han convertido en auténticas ventanas del alma y tienen una maravillosa vida propia. No se queja. Sólo, de vez en cuando, se lamenta. Pero lo supera en seguida, para sonreír enseñando dos hileras blanquísimas de dientes. Su protesta juvenil y ardorosa contra la desgracia se manifiesta negándose a utilizar el aparato amplificador. En mi atención se lo puse, pero le venía, evidentemente, grande. Nervioso como un potro salvaje, le daba golpes, lo removía, hasta que le cayó al suelo. Al intentar evitar la caída le eché el café encima del pantalón. El aparato quedó estropeado y tuvimos que repartirnos la taza que quedó indemne, y nos pusimos a reír, especialmente él, con una risa satisfecha y feliz. Este es Tomás Salvador. Un hombre de un impulso vital fabuloso que por temperamento o por acciden-

te se cierra dentro de su mundo, hasta parecer tímido, pero que es siempre espontáneo, pronto para la alegría, como un gran muchacho. Su desgracia no le ha hecho tenebroso el semblante como a Beethoven, y si no fuera por el espectacular y mongólico mostacho con que se adorna —acaso para parecer feroz—, su rostro sería de angelote crecido.

Este mundo interior siempre en ebullición de Salvador no es de los que consume. Ha encontrado en la novela su válvula de escape y ha sido fecundo. En tres años ha escrito y colocado a los editores siete novelas, de las cuales se han publicado ya cuatro: «El charco», «Historias de Valcanillo», «Garimpo» y «Cuerda de presos». Y acaba de cumplir la solemne edad de treinta y tres años.

Tomás Salvador me asegura muy serio:

—No me gusta escribir. No tengo vocación de escritor. Pero tengo que ganar dinero y escribo. Siempre es preferible esto que hacer de peón o cobrar facturas. Si sacara la lotería iba a escribir Rita. Escribir novelas se convierte muy pronto en un trabajo de oficina, en el que hay un noventa por ciento de transpiración y un diez por ciento de inspiración. Es muy pesado.

Adivino una punta de cansancio y su tremenda modestia detrás de la afirmación. Porque el rostro del novelista la desmiente. Y hasta sus palabras posteriores. Tiene la vocación del escritor, aunque diga lo contrario. Y siente la satisfacción inmensa—esta satisfacción que no es sólo económica o práctica—de la obra realizada y del triunfo obtenido. Este es un placer espiritual que no encaja con el burócrata de las letras o el fabricante de novelas. Sin establecer comparaciones, para que no se enfaden ni Salvador ni los jerarquizantes de oficio, me imagino que Balzac, prolífico como Tomás, debía opinar lo mismo de su vida de trabajo constante, llamándola apestreada.

—Cada día va aumentando el grueso del papel escrito. Poquito a poco. Hasta que, al final, contempla con un suspiro muy hondo de satisfacción otra novela terminada.

Y cogiendo de sobre la mesa un ejemplar de «Cuerda de presos» la novela ganadora del Ciudad de Barcelona, flamante, con las tintas casi húmedas de la sobrecubierta, hasta parecer brillante de rocío, continúa:

—Y cuando tienes en las manos el libro te das cuenta de la importancia de lo que has hecho. ¿No le parece que es maravilloso?

Y con la yema de sus dedos va resiguiendo el lomo del volumen con la misma ternura y suavidad con que acaricia la piel suave y sonrosada del rostro de sus hijos.

CONVERSACION A CHORRO

Hablar con Salvador es conversar a chorro. Las generaciones —nos encontrábamos frente a frente uno que empezó a fumar poco antes del 36 y otro que no

lo hizo hasta después del 39—; las mujeres novelistas —Salvador dice que no cree en ellas, porque topan con sus propios límites—; la lectura —el novelista lee desde pequeño y ahora más que nunca—; la política —confiesa divertidamente que es un primario—; la lucha para triunfar —«mi lucha fué corta, pero intensa», dice—; de las penas literarias —afirma que no sabe lo que son, aunque ahora le salen amigos de debajo de las piedras—; de los noveles —«novel e incompromiso es una autopsugestión», explica—; de la suerte —todavía cree en ella, aunque me parece sin mucha convicción—. Todo sale en la conversación.

Salvador está enamorado del teatro y piensa escribir para la escena.

—Me encanta, a pesar de que no pueda oírlo; pero creo que llegaré un día al teatro. ¡Es tremendo! Actualmente me obsesiona. La marcha literaria es: poesía, cuento novela corta, novela y teatro. También me interesa el cine. El periodismo, no. Destroza al escritor.

La verdad es que no las dice. Que sus palabras tienen sustancia y sus frases, medula. Hablando de literatura, se manifiesta enamorado de la inglesa y de la norteamericana, aunque añade que se debe ser redondo de horizontes y no caer en veneraciones exclusivistas.

—A pesar de mis preferencias literarias, soy europeo.

COMO ESCRIBE SUS NOVELAS

Un cuartito pequeño es el santuario de Tomás Salvador. A cada novela que escribe corresponde un ambiente distinto. Cuando la termina, todo desaparece para dejar paso al material de la nueva. Las paredes se llenan de mapas, dibujos, bocetos. Todo habla de la obra que está escribiendo.

Ahora está trabajando en una novela que titula «División 250». La empezó en octubre pasado. Fichas, revistas, libros, mapas de Rusia. Gráficos de tipo militar. Bocetos de la composición de una división, de una brigada, de una compañía. El detalle está cuidado, valga la redundancia, hasta el último detalle. Más que el estudio de trabajo de un literato, parece la tienda de un coronel de Estado Mayor. Sobre la mesa tiene una copia de las Memorias del general Esteban Infantes.

—Es una historia de la División Azul —explica— llena de crudeza y de sinceridad. Aquella fuerza fué una representación de la raza, con todas sus virtudes y todos sus defectos. Nada de lirismos en mi libro, que tiene tantos protagonistas como capítulos.

Tomás Salvador trabaja con método. Por las mañanas ocupa su plaza en el archivo de la Jefatura Superior de Policía —Cuerpo al que pertenece desde 1944— y por las tardes escribe. Tenga o no tenga ganas. Como una obligación profesional.

—A medida que pasa el tiempo voy entrando en ebullición, y casi siempre cuando a las diez me llaman para cenar es cuando estoy más en forma. Pero lo abandono todo. Pienso que al día si-

guiente ya me vendrán nuevas ideas y nuevas situaciones. No apunto nada de lo que en aquel momento tengo en la cabeza. Después de cenar, juego con los chicos o yo solo con una pelota de goma, chutando y pegando cabezazos. Hasta la hora de dormir... y duermo como un ángel.

El novelista dice que no elabora mentalmente sus obras. Que con tener un título le basta para lanzarse a la tarea. Corrige sus obras con detención.

Hoy, Tomás Salvador es un afortunado mortal que puede ir a un editor y decir: Tengo este título, ¿interesa? Si la respuesta es afirmativa, puede ponerse a trabajar con la tranquilidad que proporciona saber que tiene la novela colocada. Y puede hasta pedir anticipos, si le convienen. Que, gracias a la literatura, Salvador y los suyos pueden llevar una vida feliz.

El porvenir está claro.

—Tengo títulos para diez años. Pienso escribir una serie de novelas que se titularán: «Los». Los atracadores, los vagabundos, los locos, los matones, los toreros... Parece mentira que la mayor fiesta no tenga novelística. Ya tengo pensado el título: «La cuadrilla». No me interesa el matorral, este adolescente que expone su vida, sino la cuadrilla. Esto de los toros tengo que hacerlo algún día. La generación del 98 les tomé inquina, pero es necesario dedicarles una novela honda y sentida.

Con su escrupulosidad en el detalle y en la ambientación, ya veo el cuarto de Salvador convertido en «colmao» andaluz el día que se decida a comenzar «La cuadrilla».

ADIOS, TOMAS

Por mi culpa se le estropeó el aparato que le regaló Janés, en uno de aquellos rasgos muy Janés. Le robé un tiempo precioso y alargué un día más el final de «División 250». Le manché el pantalón —claro que su señora me consoló diciéndome que no tenía importancia, porque era realmente viejo, de verdadero estar por casa— con el café. Perforé la pared de su campana de cristal para meterme dentro. Cumpí mi obligación, pero nada lo justifica. Entré para causar trastornos y salí con un amigo. Un amigo nuevo. Cordial y novelista, además, que siempre viste.

Así es Tomás Salvador, el hombre de las siete novelas en tres años. El que con «Garimoo» obtuvo el premio del Instituto de Cultura Hispánica, con «Historias de Valcanillo» fué finalista del Nadal y con «Cuerda de presos» ganó el Ciudad de Barcelona.

El hombre que volvió a su campana de cristal al despedirse de mí, con sus novelas, su mujer y sus hijos. Porque aquel es su verdadero su único mundo, del que saldrá para abrazar a todos con su cordialidad a flor de piel, sus ojos expresivos, su bigote tremendista a lo Gengis Khan, respirando el silencio hecho carne, y regresar de nuevo. Con una insobornable vocación de escritor que dice que sólo escribe para ganarse la vida, quitando importancia a la cosa.

Manuel IBANEZ ESCOFET

JAIME FERRAN, PREMIO DE POESIA "CIUDAD DE BARCELONA"

JAIME Ferrán sabía que yo le andaba buscando. Y por eso mismo tuvo la estupenda idea de llamarme al principio de la mañana para concertar la entrevista. Ferrán es un catalán bárbaro, en el sentido excelso de la palabra. Es un catalán de esos que alargan a Cataluña por todos los sitios, que se adaptan a todos los lugares sin perder nada de su filiación provincial. Un catalán que ama tanto a Cataluña que siente a cada momento la necesidad de salir de ella. Podríamos decir que es un catalán de la diáspora.

Ferrán vive en el Colegio Mayor «José Antonio» y me citó en el Departamento de Actividades Culturales del S. E. U., en Alcalá, 44. El marco era apropiado, tal vez un poco retórico. Ferrán es alto, anda a prisas, con un inconfundible paso de marcha: usa gafas de metal y tiene cara de niño crecido, de niño que estudia matemáticas. Es abogado.

Ferrán me lleva a un despacho pequeño, sin complicaciones ornamentales, íntimo.

—Enhorabuena, Jaime.

—Gracias.

—¿Dónde naciste, exactamente?

—En Cervera, provincia de Lérida.

—Mira, Jaime, me duele mucho el oído éste y casi no puedo hablar. Dime lo de tu premio, habla de poesía, cuéntame cosas... Hazte la entrevista, anda.

—¡Qué amable! En fin, como quieras. Verás, el libro premiado se llama «Poemas del Viaje». Se divide en dos partes. La primera de ellas es el resumen sentimental de mis viajes de este verano por Europa, cuyo centro fué la ciudad de Metlach, en el Sarre. Son diez poemas largos, «Diez poemas de Metlach». La parte segunda es sólo un poema: «Cuando estoy más cansado». Es un libro entrañable para mí. Resultó de la sorpresa y de la comparación íntima de dos paisajes.

—¿De dos paisajes sentimentales?

—De dos topografías. Ahora me refiero a la primera parte del libro. La visión del paisaje de Metlach me lanzaba por un bello y desconocido camino sentimental hacia el paisaje de España. Los paisajes eran los paisajes. El sentimiento...

—El sentimiento, Jaime. lo produjiste tú al unirlos, al introducirlos en ti y al agitarlos.

—Muchas gracias hombre.

—Después, sírvanse los paisajes a la copa. Sigue. ¿Has ganado algún premio más?

—En el 52, el «accésit» del Adonais. El título del libro era «Desde esta orilla». Mis actividades, porque supongo que te interesan mis actividades, fueron la crítica literaria en «Alcalá», en «Correo Literario» y en «Laye», una extraordinaria revista barcelonesa, junto con Alfonso Costafreda, Carlos Barral y Alberto Oliarte. Colaboré también en «Revista».



Jaime Ferrán con su hermana

En el otoño del 52 vine definitivamente a Madrid y organicé el Departamento Nacional de Actividades Culturales del S. E. U.

—Poetas españoles, Jaime.

—Hay demasiados poetas.

—¿Te estorban?

—A mí, no. A la poesía.

—Poetas españoles buenos.

—Pues una línea la formarían Vicente Aleixandre y Antonio Machado. Otra, Panero y Ridruejo, con una llamada para Miguel Hernández. Y la más próxima, Carlos Bousoño y Alfonso Costafreda.

—¿Quién ha influido en ti?

—De los que acabo de citar posiblemente ninguno. O posiblemente todos. No sé. Mira, respecto a la verdad de mi poesía, acaso podría referirme antes que a nadie a Rilke, pero sin que haya influencia concreta.

—Poetas hispanoamericanos.

—En Hispanoamérica ha habido la misma proliferación peligrosa que en España.

—Jaime, al hablarme de tus actividades, ¿no olvidaste nada?

—Sí, pero eso...

—Habla y no me obligues a abrir la boca continuamente.

—Olvidé la U. C. E., que fundé junto con Manuel Ortuño. La Misión Cultural Europea, cuyo primer proyecto era la integración de Europa en un destino común, respetando las características esenciales de los distintos países. Era la afirmación de Europa en nuestro tiempo.

—Muy bien, Jaime. Somos jóvenes. Eres un poeta, Jaime. ¿Y qué es un poeta?

—Quien al intentar expresarse intenta expresar el tiempo en que vive.

Jaime Ferrán tiene que hacer. Nos levantamos. Una señorita se confunde de despacho y entra en nuestra conversación.

—¿Qué es poesía, Jaime?

—Todo lo que es fundamental. La esencia de lo que fuimos y de lo que queremos ser. Lo que nos ayude a vivir.

—Y a morir, Jaime. Vámonos. Carlos Luis ALVAREZ

EL DEPORTE, DEL BRAZO DEL NEGOCIO

LOS TIEMPOS HEROICOS DEL FUTBOL VAN QUEDANDO ATRAS

Pequeña historia del profesionalismo

El "fabuloso" fichaje de Zamora y las genialidades de Gaspar Rubio

España es el paraíso de los futbolistas

EN España el deporte brilla casi por su ausencia. Sé que me dirán: ¿y el fútbol? Amigos, vayamos por partes. Donde se llega al profesionalismo muere el deporte. El fútbol es hoy tantas veces farsa de unos hombres que sudan y otros que terminan por enronquecer, que, so pena de engañarnos a nosotros mismos, no se le puede aplicar tan limpio término. El fútbol murió como deporte en aquel verano de 1920 en que, precisamente, nació al exterior como potencia deportiva. Fué entonces cuando empezó a incubarse el germen del profesionalismo que en tan poco tiempo habría de desnaturalizarle, alejando de sus campos a muchos amateurs de pura cepa y entregando el porvenir de los Clubs al galimatías del presupuesto que serpentea difícilmente entre el capítulo de gastos y el de ingresos. El amateur marrón que durante tantos años fuera un mal menor hijo de las circunstancias, acaba por extinguirse absorbido por los intereses creados de los Clubs promotores de festejos al aire libre. El fútbol, como deporte, dejaba de serlo. Surge el Club, fábrica de goles, sociedad anónima...

Se copia en pequeño todo el panorama de las poderosas asociaciones inglesas, con la recluta organizada de jugadores, sus «chairmen» y sus «managers», sus balances, sus pérdidas y sus beneficios. El fútbol se explota a gran escala, y como consecuencia, nacen nuevas ideas que hacen variar toda la ética del juego. Suben las entradas. Hasta el público muestra su tendencia a hacerse profesional. Los graditorios de un campo de fútbol se parecen cada día más a los tendidos de las plazas de toros. Falta el grito de «caballos!», es verdad; pero junto al flamear de pañuelos suenan a menudo otros más repugnantes: el insulto soez al árbitro o la malsana incitación contra la integridad física del contrario.

EL CRECIMIENTO DEL PROFESIONALISMO

El mejor síntoma de la evolución profesional del fútbol hay que buscarlo en la ampliación constante de sus instalaciones.

De Lamiaco a Chamartín, del aficionado íntegro al profesionalismo desmesurado. Los tiempos heroicos del fútbol, cuajados de anécdotas pintorescas, con o sin palos a cuestas, van quedando atrás. La indiferencia de ayer es ahora apasionamiento. Los curiosos empiezan alinándose a los bordes del terreno. Primero una fila; luego, dos; hasta tres en las grandes solemnidades. Hay que pensar muy seriamente en ampliar y reformar los campos. Y poco a poco «nacen» Montjuich, San Mamés, Las Corts, Metropolitano, Riazor, Mestalla. El gran Chamartín con sus noventa mil plazas efectivas, paradójicamente es el pequeño Chamartín de los acontecimientos. El profesionalismo fué de la mano de este crecimiento. El espíritu deportivo de los tiempos del blanco armifio es espíritu comercial en nuestros días. Ahí está el proyecto del gran Las Corts, con la edificación paralela de un campo de fútbol y de un grupo de casas: el deporte del brazo del negocio.

PRIMEROS PROFESIONALES

El primer gran profesional del fútbol español tengo entendido que fué José María Peña. El combativo medio ala arenero percibió por su compromiso con el Madrid la fabulosa cantidad de 17.000 pesetas. En 1926 esta cantidad era fabulosa aun teniendo en cuenta lo acertado de la adquisición. Peña, por entonces, era un jugador superconsagrado, que llegaba al profesionalismo cuando había vestido la camiseta nacional trece veces. Sin embargo, estoy seguro de que Peña no fué «de hecho» el primer gran jugador pagado de nuestro fútbol. Sospecho haber leído que allá por 1920 cuando la Olimpiada de Amberes, Bru tuvo que prescindir de la colaboración de Ricardo Alvarez, interior izquierda, profesional ya del Español de Barcelona.

LOS PROFESIONALES MARRON

Todo esto pertenece, sin embargo, a la historia propiamente dicha del profesionalismo. Para enlazar con el fichaje de Peña,



Ricardo Zamora en 1923

sin que faltase la mínima continuidad deseable en todo intento histórico, habría que referirse a las múltiples ocasiones de confuso profesionalismo producidas en la época del amateur marrón. Sería necesario aludir a las dos pesetas diarias ofrecidas por un gran Club andaluz—el Sevilla—a uno de sus más caracterizados puntales. Podría traerse a colación el sueldo que un jugador del Madrid, extremo para más señas, percibía por no hacer nada en beneficio del negocio de un directivo merengue. Como ésta, muchas muestras de transgresiones en materia de pureza deportiva, producidas en unos días de total insinceridad, que acabaron en el año 1926.

UNA ANECDOTA DE GASPAR RUBIO

Quedan muy atrás los años en que el precio de una entrada para un partido de fútbol era de un real con derecho a chocolate. Al jugador se le paga ya, aun cuando venga de equipos secundarios. Es el caso de Rubio, que llega al Madrid formando lote con Cabot por 10.000 pesetas. El pase del «rey» Gaspar Rubio del Levante al Madrid provoca una oleada de sabrosos comentarios. Poco después, Gaspar Rubio, el personaje más anecdótico de todo nuestro fútbol, iba a decir a los nuevos amigos, respondiendo a su agobiador interés:

—¿Ustedes vieron jugar a Samitier? Pues yo soy como él, pero en mejor.

Y como colofón, con esa falta de modestia que era consecuencia de una sinceridad muy grande, añadía:

—El gol que más me gusta? Recibir el balón por la derecha, pararle con la izquierda, cambiármelo de pie y «cruzarlo» al portero, raso, fuerte y junto al palo.

Todo lo que Rubio tenía de jugador genial y extraordinario lo tenía también de profesional



Zabala en 1928



Quinque (creador de la escuela sevillana) en 1923



Gaspar Rubio en 1931

pésimo. Gaspar Rubio incumplió con frecuencia sus obligaciones profesionales, incluso las que se debía a sí mismo. Por eso dió poco juego para lo mucho que de él cabía esperar. Se pasó la vida faltando a sus compromisos, alegando falsas lesiones, alguna vez curadas a golpe de dinero.

LAS GRANDES ADQUISICIONES

El Atlético de Bilbao, pese a su cartel de equipo económico, pagó por Gorostiza 30.000 pesetas. Quincoces, Olivares y Ciria-co, al alimón, le costaron al Madrid 20.000 duros, ganancia limpia para el Alavés, que había «sacado» de sus canteras a los tres jugadores arriba mencionados. La venida de Samitier al Madrid fué un acierto para el Club blanco, que supo aprovechar la libertad existente entre el famoso comodín internacional y su equipo de origen, el Barcelona. Por toda prima recibió Samitier al trasladarse a la capital de España un partido de homenaje y en su beneficio.

RICARDO ZAMORA FIRMA POR EL MADRID

No cabe duda de que todas estas cantidades quedan un tanto ridiculizadas si se comparan con lo que cobró Zamora al someterse a la disciplina del Real Madrid. Ascendió la cifra a 150.000 pesetas (pesetas de las de entonces). Ricardo Zamora había sido ya 20 veces internacional por España, y por si esto fué poco se le creía «además» el mejor portero del mundo. Dicen que, comentando Zamora su fichaje por el Madrid, al poco tiempo de cobrar la cantidad estipulada, confesaba a unos amigos:

—Ahora es cuando de verdad empiezo a sentirme el mejor meta del globo.

(Y a fe que los había buenos.) El desembolso ya entonces

pareció excesivo, temiéndose muy fundadamente que habría de constituir un récord de traspaso casi imposible de superar. Creencia vana que hoy tiraría por tierra las desmesuradas pretensiones del más tímido principiante. Lo que podría valer hoy un Zamora de veintidós años es una incógnita acaso despejable con valores de ocho cifras. El Barcelona había comprado a Zamora—a su rival de región, el Español—por 50.000 pesetas. A costa del Madrid, los catalanes hicieron una vez más gala de su espléndida intuición comercial, ganando en la transferencia 20.000 duros limpios, amén de disfrutar de tan excepcional canchero durante algunas temporadas.

EL DERECHO DE RETENCIÓN

Las especiales circunstancias que concurrían en la contratación de jugadores de fútbol, y de manera especialísima el derecho de retención, abolido hoy y reemplazado por el no menos injusto derecho de opción, colocaba a los profesionales en una posición de evidente desventaja respecto de sus Clubs. El derecho de retención equivalía a una prórroga indefinida del contrato que el Club podía exigir, mas no el jugador (la limitación del contrato de retención no pasó jamás de ser una cosa teórica). Es decir, si un jugador fichado por un equipo seguía conviniendo a éste, aun cuando el contrato bilateral hubiese caducado, estaba obligado a renovar por el Club en cuestión, so pena de permanecer dos años inactivo, previa declaración de rebeldía. Este descanso forzoso es claro que suponía un perjuicio grave en la forma física del jugador, que casi siempre acababa por ceder. Para luchar contra tan injusta fórmula hubo intentos de sindicación, el más importante de los cuales tuvo lugar en el año 1936, pro-

movido y dirigido por el jugador atlético Ordóñez.

Sobre la pena de inactividad que tenían que soportar los rebeldes, sólo he de añadir que, aun cuando las legislaciones vigentes marcaban un máximo de años, a Lazcano se le recetó mayor «reposo», lo que le indujo a afirmar con sorna:

—No sé para que se molestan algunos en hacer leyes, cuando luego otros se empeñan en imponer su real gana.

QUEREJETA SE RETIRA

El derecho de retención sólo sirvió para agostar prematuramente las posibilidades de algunos «ases» y bastantes promesas. Albizúa, el buen interior bilbaino, y Latorre, un ariete coruñés de su gran época de subcampeones nacionales, desaparecieron de nuestros campos en obsequio de tan absurda decisión. A Querejeta le pasó lo mismo al negarse a renovar por el Madrid, y al ejercer el Club un derecho que en nada le beneficiaba. El donostiarra exigía por la nueva firma un camión de gran tonelaje. El Madrid rebajó, y como ninguna de las dos partes se avino a ceder en sus razones, Querejeta se fué del fútbol para atender su marmolería. Hubo intentos posteriores de traspaso al Atlético de Bilbao, pero el Madrid prefirió perderlo todo a transigir en sus derechos.

EL «CASO» EIZAGUIRRE

Con Ignacio Eizaguirre, tantas tardes capitán de nuestra selección, sucedió tres cuartos de lo mismo. Sus formidables actuaciones en la Real Sociedad de San Sebastián atrajeron el interés de los directivos mestallistas, que acabaron por recabar su concurso.

—Me parece bien—dijo Eizaguirre—; pero tengan en cuenta que la Real no accede a mi ha-

ja y piensa ejercer sobre mí el derecho de retención.

—No importa—respondieron de Valencia—. Usted es joven y puede esperar. Nosotros le respaldaremos durante el período de rebeldía como si fuese ya jugador nuestro.

Dicho y hecho. Eizaguirre se negó a renovar y fué declarado rebelde. Un año sin jugar. El Valencia, conforme a lo acordado, compensó económicamente al guipuzcoano para que en nada saliera perjudicado. La Real se percató a tiempo de ello y se dijo: para perder todo mañana cedéremos hoy con el mayor beneficio posible. Y Eizaguirre, previo acuerdo económico con el Club donostiarra, suscribió ficha profesional por los de Mestalla.

EL GRAN «SPRINT» ECONOMICO

Los años de 1941 y siguientes dan pauta a la loca carrera de precios que se iba a desarrollar. Los récords de preguerra—salvo el de Zamora—se rebajan continuamente. En 1946, en las vísperas inquietas de un Irlanda-España, que íbamos a perder en el Estadio, una revista de deportes «tasa» la selección nacional en cuatro millones de pesetas. En esta cifra se incluía a Ipiña, a Zarra y Martín, a Panizo y César, en un lote de catorce o quince figuras.

BORBOLLA, JUGADOR MADRIDISTA

Antes de esto, el Real Madrid había pagado 125.000 pesetas por Borbolla, un jugador mejicano ro-

deado de una aureola de popularidad, luego sin justificar. Recuerdo haber oído, en relación con este fichaje, emisiones radiofónicas especiales para resaltar la figura del interior importado. En vano Borbolla, anunciado a bombo y platillo, se esforzó en declarar que venía a España a aprender. Atosigado por la fama, Borbolla fracasó en Madrid. Fué cedido al Coruña, y la puerta grande del estadio de Riazor es testigo de su paso triunfal a hombros de la multitud enfervorizada. Terminado su contrato vuelve a Méjico, para cruzar por segunda vez el charco con dirección a Balaidos. El éxito no llega, y Borbolla, desilusionado, víctima de una popularidad irrazonada, se va como vino.

LOS MILLONES DEL FUTBOL

Los precios siguen subiendo. Molowny y Silva vienen de Canarias por más de 350.000 pesetas cada uno. Vidal pasa del Alcoyano al Atlético de Madrid y establece una performance de traspaso: 640.000 pesetas por un contrato que luego no podría cumplir. Parece que hay hay récord para rato, y, sin embargo, un Club ascendido de Segunda, el Santander, rebasa ampliamente la cifra, pagando 750.000 pesetas por el argentino Herrero, y 800.000 por el discolor Rafael Alsúa. El Madrid se acerca al millón con las 900.000 pesetas que ha de satisfacer por el céltico Pahiño. Ben Barek, la «perla negra» del fútbol francés, es el pride nuestro deporte. Y Kubala, el neoespañol, le deja chico a la hora de pedir. Claro que Kubala, durante tres años, fué un sinónimo de triunfo asegurado. Di Stéfano ridiculiza a todos con su sueldo mensual de 16.000 pesetas, la prima de fichaje, los dos millones de pesos que hay que pagar al River y la compensación lógica a su otro equipo: Millonarios de Bogotá. Todo por cuatro temporadas. A más de 25.000 pesetas gol: una tontería. Se ha dicho que Alfredo Di Stéfano es el «crack» mejor pagado del mundo, y uno sospecha que es verdad.

LA INFORMALIDAD EN EL FUTBOL

En la historia del profesionalismo deportivo se han registrado múltiples casos de fugas. Di Stéfano es el «as» en eso de dejar

tras sí contratos incumplidos. Deja en la estacada al River para ir al Millonarios, y deja en la estacada al Millonarios para venir... al Barcelona. Y lo que es más grave: en todos los sitios cobra. Creo que fué Hilario—del que se dijo en tiempos que, si hubiera puesto en el fútbol el corazón que prodigaba en el tute, hubiese sido lo más grande en su demarcación—el que tuvo que disfrazarse de mujer para aljarse de las costas gallegas. Gaspar Rubio es otro «mago» en faltar a la palabra. El argentino Boyé ficha por un Club italiano, y nada más cobrar se vuelve tranquilamente a Buenos Aires. El inglés Franklin no resiste la tentación del dinero y se va del Stoke para irse a Colombia. En Inglaterra le descalifican, y cuando vuelve fracasado nadie le quiere. Pequeñas cosas del fútbol.

UN CHALET POR UN GOL

Además de la participación en los traspasos, los jugadores perciben estimables cantidades de dinero por otras dos vías: como sueldo mensual y como primas. En el caso de los entrenadores, cuyos ingresos rara vez se tocan al hablar del fútbol profesional, cuando son sin discusión los más favorecidos del reinante desbordamiento de precios, los sueldos y primas suelen ser dobles. Dicen que Benito Díaz cobrará 600.000 pesetas por estar una temporada escasa al frente del Atlético de Madrid, cifra que ha de orientar al lector en el importe global que puede percibir un entrenador famoso. En materia de primas, más o menos altas y mercedidas, hay que recordar la Pfändbene, acaso el mejor «forward» de América, al que regalaron una casa de campo por hacer un gol a Zamora. Tengo referencias de que esta oferta se ha «bisado» con la semimilitarizada selección húngara por vencer en Londres. Un buen precio para una mejor victoria.

EL PROFESIONAL EN EL EXTRANJERO

Es opinión unánime que España es el paraíso del futbolista profesional por sus muchos derechos y pocas obligaciones. Pero en Italia también se paga bien a la figura. Por Ricardo Carapellese y Moro, ambos internacionales, satisfizo el Torino cien millones de liras en su intento desesperado de rehacer lo que Superga se llevó. Y en la puja por el francés Bonifaci se cruzaron ofertas del orden de sesenta millones de liras. Otro Club italiano ha ofrecido recientemente y sin resultado cinco millones de pesos argentinos por Grillo y Wálter Gómez, las dos figuras máximas del profesionalismo eriollo.

LOS TRASPASOS EN INGLATERRA

En Inglaterra, el precio de las transferencias alcanzó también cifras exorbitantes, con la única diferencia de que en las Islas, al contrario de lo que aquí sucede,

Delineante
MECANICO Y CONSTRUCCION

CURSOS POR CORRESPONDENCIA

ASIGNATURAS
que se estudian en estos Cursos: Teoría y Técnica del Dibujo, Perspectiva, Rotulación, Elementos de Construcción y Máquinas, Cálculos de taller, Geometría, Arquitectura y Práctica de Dibujo.

MATERIAL QUE RECIBIRA GRATIS

Informes: CEAC. Dep. 66 - Apt. 1140 BARCELONA

OTROS CURSOS: APAREJADOR, TECNICO DE LA CONSTRUCCION, TOPOGRAFO, HORMIGON ARMADO, DECORACION, TECNICO MECANICO, REPARACION Y REFORMA DE OBRAS.

los grandes beneficios van a parar a las arcas de los Clubs. (Solo el 5 por 100 del total del traspaso es para el jugador). La progresión de precios es la siguiente:

1.000 libras, traspaso de Common del Middlesbrough al Sunderland.

5.000 libras, traspaso de Pudefoot del Falkirk al West Ham.

10.890 libras, traspaso de Jack del Bolton Vanderers al Arsenal.

15.500 libras, traspaso de Steel del Grenock Morton al Derby County.

20.000 libras, traspaso del Lawton del Chelsea al Notts County.

25.000 libras, traspaso de Don Revie del Leicester al Arsenal.

30.000 libras, traspaso de Ford del Sunderland al Cardiff.

EL INSOBORNABLE MANNION

Fué una anécdota curiosa para el fútbol inglés la actitud de Mannion, originadora de su famoso caso. Mannion era un interior formidable del Middlesbrough puesto en traspaso en la cantidad de 20.000 libras. El jugador se negó a cambiar de equipo alegando que no era justo que el Middlesbrough se lucrara a su costa. A los ruegos de los directivos, Mannion respondía siempre lo mismo.

—Si ustedes pagaron por mí 2.000 libras, traspásenme por ese mismo precio. Sólo así me marcharé.

Firme en su postura, Mannion fué retirado del equipo por indisciplina. Con el tiempo, el Club cedió y Wilf volvió a ser el maravilloso interior de antes.

LA PARABOLA DE TOMMY LAWTON

Mientras Charles Buchan firmó por el Arsenal por el precio de cien libras por gol marcado, y Matthews, el mejor extremo de todos los tiempos, fichaba por el Blackpool de «botones», la trayectoria profesional de Lawton hace de él uno de los jugadores más cotizados del mundo. El sucesor de Drake, Gallacher y Dixie Dean en el cuadro representativo inglés ostenta el récord siguiente:

1936, del Burnley al Everton, 6.500 libras.

1945, del Everton al Chelsea, 11.500 libras.

1947, del Chelsea al Notts County, 20.000 libras (y una casa para él).

1952, del Notts County al Bredford, 12.000 libras.

1953, del Bredford al Arsenal, 10.000 libras.

EL RECORD DE TREVOR FORD

Hace muy poco, Trevor Ford, jugador internacional por Gales, ha sido calificado como el jugador más caro del fútbol inglés, después de su traspaso del Sunderland al Cardiff City por



Matías Prats entre Di Stéfano y Ben Barek, futbolistas «importados» no sin peripecia

30.000 libras esterlinas. El Aston Villa pagó al Swansea 10.000 libras por su ficha en enero de 1947. El Sunderland obtuvo los servicios de Trevor Ford en octubre de 1950 entregando la cantidad de 29.000 libras. Con lo pagado por el Cardiff, el total acumulado en los fichajes del galés se eleva a 69.000 libras, superando el récord de Lawton.

EL DESCARO DEL AFICIONADO DE PEGA

En el momento actual, al extender su área el profesionalismo, impone su ley a las nueve décimas partes de los países inscritos en la F. I. F. A. Existe un profesionalismo irresoluto y camuflado en países como Suiza y Portugal, con Clubs de capacidad económica limitada, que impiden los grandes dispendios. Pero todavía conservan algunos países oficialmente su blanco armado, con su amateurismo teórico, encubridor de una organización

profesional de más o menos altura. Dos ejemplos europeos: Suecia y Hungría. Aun cuando es cierto que los 40 mejores «ases» suecos andan desperdigados por el Continente, también es verdad que los internacionales escandinavos de hoy son pequeños profesionales bajo la capa engañosa de su total desinterés. Y los húngaros, cuyos «ases» cobran el equivalente a 15.000 pesetas mensuales, sin contar con la percepción oficial—la mayoría de sus internacionales ostentan cargos políticos o militares—, caen dentro de un profesionalismo descarado, oficialmente sin reconocer. Se ha llegado en la insinceridad tan lejos como para crear una casta de profesionales marrón, de «stagieres», jugadores que, sin perder su condición amateur, están autorizados a cobrar 10.000 francos. ¿Qué pasaría si el barón de Coubertin levantara cabeza?

Rafael SANCHEZ-GIRON



Kubala, otro de los «casos» escandalosos del deporte profesional

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



Esta fotografía tiene como fondo el campo de Chamartín en 1927. El fútbol español entonces en período de erudición. En 1927 empezó a incubarse el germen del profesionalismo que llegaría a ser absorbido por grandes clubes y promotores festejos al libre. Pronto surgiría el Club Atlético de Madrid, fábrica de jugadores y sociedad anónima...

LOS TIEMPOS HEROICOS DEL FUTBOL VAN QUEDANDO ATRÁS

EL DEPORTE DEL BRAZO DEL NEGOCIO PEQUEÑA HISTORIA DEL PROFESIONALISMO



Y aquí tenemos como fondo el nuevo estadio Chamartín. Con sus noventa y seis plazas efectivas para radíocameras es el pequeño Chamartín de hoy a contemperarse con el mejor sintético de la evolución profesional del fútbol hay que buscarlo en la ampliación constante de sus instalaciones.

●
Lea esta interesante información, que encontrará en la página 60